

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 3, capítulo XVII**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**Juan Manuel Pérez Zevallos**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

## **Tomo 3, capítulo XVII**

**Anotado y revisado por  
Juan Manuel Pérez Zevallos  
(CIESAS, Distrito Federal)**

## **Capítulo XVII**

**Tratado de la Mesilla y la lucha por  
la vía en el Istmo de Tehuantepec**

**Año de 1853 a 1855**

## CAPÍTULO XVII

### TRATADO DE LA MESILLA Y LA LUCHA POR LA VÍA EN EL ISTMO DE TEHUANTEPEC

#### Años de 1853 a 1855

El nuevo gobierno de Estados Unidos (1853-1857), encabezado por Franklin Pierce, no ofrecía perspectivas favorables respecto a las relaciones México-estadounidenses. Ocupó la secretaría de Guerra Jefferson Davis, esclavista sureño, que más tarde fue Presidente de los Estados Unidos Confederados, durante la Guerra de Secesión; como secretario de Estado, William L. Marcy, imbuido del pensamiento expansionista del *Destino Manifiesto*.

El general James Gadsden, también sureño y ligado a Davis, recibió el 15 de julio de 1853, instrucciones generales, vagas y a la vez ingenuas, que el lector podrá consultar las páginas siguientes.

Sin embargo, la conducta de Gadsden en México hace suponer que recibió del Presidente Pierce instrucciones verbales, pues no bien había sacudido el polvo del camino, en septiembre inmediato pidió a su gobierno instrucciones concretas y, según J. W. Callahan “sugirió la adquisición de cinco ‘Estados fronterizos, mediante una oferta liberal generosa o amplia que había de presentar en el momento psicológico adecuado’”.<sup>1</sup>

Respondiendo a su excitativa o de *motu proprio*, el departamento de Estado había preparado unas amplias y detalladas instrucciones, en que se explicaba a Gadsden que para llevar un ferrocarril transcontinental de la boca del río Bravo al Pacífico, en una línea vecina a la frontera, era necesario mover ésta hacia el sur; pero que, además, parecía que existía

---

<sup>1</sup> *American Foreign Policy in Mexican Relations*. New York, 1932. Cap. VII, p. 218.

la oportunidad de plantear una amplia adquisición de territorio en perjuicio de México.

Lo singular del caso fue que en lugar de enviar tales instrucciones por escrito con un correo o portapliegos, se recurrió a un abogado de Pennsylvania, Mr. Christopher L. Ward, para que fuera el conducto verbal, pues debería memorizarlas y con toda reserva transmitir las a Gadsden. Afortunadamente esas instrucciones secretas se encuentran en el departamento de Estado y han sido publicadas. Se reproducen, ilustradas con un plano de la región fronteriza, señalando las diversas alternativas de cambio de límites que se le sugería podría negociar. Sorprende que en ese texto no se mencione la controversia sobre la concesión de Garay, para el paso del Istmo de Tehuantepec.

El Presidente, general Antonio López de Santa Anna, debería ser informado de manera reservada. Se preveía que el gobierno mexicano podría negarse a acceder a esas pretensiones y en tal caso e instruí a Gadsden insistiera en obtener el territorio necesario para el paso de la línea transcontinental mencionada y la liberación de las obligaciones que al artículo 11° del Tratado de Guadalupe Hidalgo imponía a Estados Unidos y no había cumplido.

El abogado Ward, que representaba los intereses del grupo Hargous, al repetir con fidelidad las instrucciones originales memorizadas en Washington, las adulteró al agregar un párrafo en que se le ordena a Gadsden reclame la protección de los titulares de la concesión de Garay. Ha sido posible constatar esto, porque el general Gadsden pidió a Ward firmara un texto de su relato en que se comprueba como tergiversó su relato y J. Fred Rippy afirma haber visto esa versión.<sup>2</sup>

Convencido el ministro Gadsden de que la concesión de Garay era objeto de repudio general y que su inclusión en un tratado para modificar límites era inconveniente, propuso a su gobierno no considerarlo; sin embargo, en contradicción a ella, en sus conversaciones con funcionarios mexicanos del 14 y 24 de diciembre, se incluyó el

---

<sup>2</sup> J. Fred Rippy. *The United States and Mexico*. New York, 1931.

examen de este problema, como podrá verse en los documentos que se reproducen en las páginas siguientes.

Con el propósito de convencer al presidente Santa Anna, Gadsden escribió el 29 de noviembre una amplia comunicación en que, con una terminología precursora de la moderna geopolítica, expone la fatal necesidad para México de aceptar la expansión territorial de los Estados Unidos, pregonada por el *Destino Manifiesto*.

Los documentos que se reproducen a continuación muestran que, en la conferencia del 14 de diciembre, Gadsden, presentó la propuesta de adoptar la línea 1 de sus instrucciones y que el ministro de Relaciones de México, Manuel Diez de Bonilla, auxiliado por José Salazar Ilarregui y Mariano Monterde, rechazaron la pretensión así como la rehabilitación de la concesión de Garay. Ante la presión de tan poderoso vecino, tuvieron que ceder, firmando, el 30 de diciembre, el Tratado de la Mesilla o Gadsden, como se le llama en Estados Unidos. Ese texto original que se reproduce en esta obra resolvió cuatro cuestiones importantes: las tres primeras en forma favorable a Estados Unidos y la cuarta en beneficio de México.

*Primero.*-Anulaba lo estipulado en el artículo 110 del Tratado de Guadalupe Hidalgo, en el sentido de que el gobierno de Estados Unidos estaba obligado a vigilar y contener las incursiones de los indios bárbaros sobre la frontera mexicana.

*Segundo.*-Cedía a los Estados Unidos el territorio llamado La Mesilla, afectando territorio de los estados de Sonora y Chihuahua en 109,574 km.<sup>2</sup> con el objeto de dar paso al ferrocarril transcontinental Nueva Orleáns-San Diego.

*Tercero.*-Eliminaba definitivamente las reclamaciones que México podía haber presentado contra Estados Unidos por incumplimiento del artículo 11° del Tratado de Guadalupe Hidalgo.

*Cuarto.*-Estados Unidos, en el artículo 3° del nuevo Tratado, se hacía cargo de las reclamaciones de sus conciudadanos contra México, hasta la fecha de la firma, incluyendo las derivadas de la concesión de Garay.

El Tratado llegó a Washington en enero de 1854 y el Presidente Pierce fue presionado por los grupos interesados en la concesión de la vía de Tehuantepec, quienes argüían que expresamente se protegían los intereses de uno con exclusión del otro.

Sin embargo, el gobierno estadounidense no titubeó y, al remitir el Tratado al Senado para su ratificación, modificó el Tratado firmado en México y eliminó toda referencia a los derechos de tránsito en Tehuantepec, derivados de la concesión de Garay y traspasados a Hargous.

La lucha se trasladó ahora al comité de Relaciones Exteriores del Senado, hasta que los intereses del grupo Sloo, apoyados por el senador Bell, lograron salir adelante. En el proyecto de resolución, haciendo nuevas modificaciones al Tratado, se mencionaba expresamente a “la Compañía Sloo” pero esa referencia se eliminó quedando el texto de nuevo artículo 8° en forma favorable a los intereses estadounidenses en general, creándole a México obligaciones respecto al tránsito de tropas y municiones a través del Istmo de Tehuantepec, también garantizando franquicias aduaneras a los objetos y mercancías al gobierno de Estados Unidos y sus ciudadanos en tránsito, quienes también quedaban exceptuados de pasaportes y cartas de seguridad. Por último, autorizaban a Estados Unidos a impartir protección a la obra que se construyera para cruzar el Istmo de Tehuantepec.

Al devolver el Tratado modificado para su ratificación por el gobierno de México, se advirtió a Gadsden precisara a Santa Anna que no había posibilidad de discusión alguna, debiendo aceptarse en la forma en que había sido ratificado por el Senado de Estados Unidos. Por ello Gadsden tuvo que hacer sordos a la vehemente nota del ministro de Relaciones, Díez de Bonilla. Apremiado por el ministro estadounidense,

Santa Anna, falto de entereza para buscar el apoyo popular, no tuvo más remedio que ceder y ratificó el modificado Tratado el 1° de julio de 1854.

El Gobierno de Santa Anna, deseoso de oponer algún obstáculo a la expansión estadounidense, buscó en Europa el apoyo para crear una monarquía. Pese al sigilo mantenido, Gadsden pudo percibir que algo se tramaba y lo informó a su gobierno. El ministro de Relaciones, Manuel Diez de Bonilla, con tacto y mesura solicitó el retiro de Gadsden, señalando su intromisión en la política interna del país.

Son interesantes los documentos localizados en la embajada de España y que se reproducen a continuación, cruzados entre el presidente Santa Anna y el Marqués de la Ribera, Juan Jiménez de Sandoval, por entonces ministro de España.

Mientras tanto, el Plan de Ayutla había sido proclamado el 1 de marzo de 1854 y el movimiento revolucionario que se había propagado con lentitud, a partir del inicio de 1855 se extendió por todo el país. Al considerar Gadsden que el gobierno de Su Alteza Serenísima estaba por caer, rompió sus relaciones con ese gobierno y esperó los acontecimientos.

En las páginas siguientes se encontrará el interesante diálogo del departamento de Estado con el general Gadsden desde sus instrucciones iniciales y las notas patrióticas de Diez de Bonilla intentando una débil defensa frente a la expansión estadounidense y finalmente como se consumó el despojo de La Mesilla.



# **DOCUMENTOS**

**Años de 1853 a 1855**

## SE DISCUTEN LOS LIMITES DE LA REGIÓN DE LA MESILLA

Washington, mayo 22 de 1853

(Excmo. Sr. Gral. Juan N. Almonte)

El infrascrito, secretario de Estado de los Estados Unidos, tiene la honra de acusar recibo de la nota del general Almonte, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República Mexicana, de 17 del corriente expresando su sentimiento por el fundamento asumido por el infrascrito con respecto a la llamada ocupación del Valle de La Mesilla, protestando solemnemente contra aquel acto como ilegal y en contravención de las estipulaciones del artículo 10 del Tratado de diciembre de 1853 y como que da derecho al Gobierno y ciudadanos de México a reclamar de los Estados Unidos una indemnización por todas las pérdidas y daños que resultan de dicha ocupación como el general Almonte ni niega los hechos ni contradice los argumentos expuestos por el infrascrito en su nota de 14 del corriente, sino que se contenta con la protesta que hace en nombre del gobierno mexicano, el infrascrito podía con entera propiedad limitarse en esta comunicación a un simple acuse de recibo de aquella protesta. Se le ha ocurrido, sin embargo, que la referencia del general Almonte al artículo 1 del Tratado de 1853, como que establece las bases en que se apoya esta protesta, las únicas bases en realidad que el general Almonte expone en su nota, proporcionan una oportunidad para decir algo en detalle sobre el sentido que dieran los Estados Unidos al artículo en cuestión.

Brevemente se dirá, pues:

Que el artículo 19 consta de cuatro párrafos distintos.

El primero traza los “verdaderos límites con los Estados Unidos para lo futuro”.

El segundo prescribe cómo y por quién, dichos límites han de marcarse.

El tercero asegura la permanencia de “la línea divisoria así establecida”

El cuarto anula y revoca la antigua línea divisoria.

El general Almonte, citando una parte del 2º párrafo del primer artículo tiene el siguiente lenguaje “Protesta en suma, de la manera más solemne, en nombre de su gobierno, contra la ilegal ocupación de La Mesilla, por cuyo acto, ha sido violado el artículo 1º del Tratado de Límites, firmado en México el 30 de diciembre de 1853, que estipula que la verdadera línea divisoria será establecida según la fijen los Comisionados; considerándose su consentimiento en este particular como decisivo y como parte integrante del Tratado”.

El infrascrito no puede omitir la expresión de su sorpresa, de que el general Almonte, hablando en favor de la República Mexicana, interpusiese una protesta oficial basada en una sola sentencia de un párrafo del Tratado, desatendiendo totalmente el contenido, por el cual sólo se puede interpretar el verdadero y real significado de la estipulación.

No sólo el tenor general, sino también la estricta letra del artículo 1º prueba que desde el momento de la consumación de las negociaciones del Tratado, es decir, desde el cambio de las ratificaciones y el pago de los siete millones de pesos por los Estados Unidos, México abandonó ciertos derechos suyos propios, y concedió ciertos privilegios para que gozasen de ellos en común los ciudadanos de las dos Repúblicas. Los derechos abandonados fueron: la jurisdicción territorial en una región hasta entonces suya, y los derechos que pudiera tener contra los Estados Unidos a consecuencia de las obligaciones asumidas por éstos en el artículo 11º del Tratado de Guadalupe Hidalgo. Las concesiones hechas fueron: la no interrumpida navegación de ciudadanos de los Estados Unidos por ciertas aguas exclusivamente mexicanas; el derecho de tránsito de las personas, mercancías y correos de los Estados Unidos a

través del Istmo de Tehuantepec. Para expresar estas estipulaciones se usó de las siguientes frases en el Tratado:

“La República Mexicana conviene en designar los siguientes como sus verdaderos límites con los Estados Unidos, para lo futuro”. (Artículo 1º, sección 1ª).

“En consecuencia la estipulación del artículo 5º, del Tratado de Guadalupe sobre la línea divisoria en él descrita, no es ya de ningún valor, etc., etc., considerándose dicha línea como anulada y abolida”. (Artículo 1º, sección 4ª).

“El gobierno de México, por el presente, exime a los Estados Unidos de toda responsabilidad, etc., etc. y dicho artículo, como también el 33º quedan por éste revocados”. (Artículo 2º).

“Las estipulaciones de los artículos 6º y 7º del Tratado de Guadalupe Hidalgo, habiéndose hecho nugatorios en su mayor parte por la cesión de territorio concedido en el artículo 1º de este Tratado, dichos artículos quedan, por el presente, anulados y revocados y las prevenciones expresadas aquí, sustituirán a aquéllas. Los buques y ciudadanos de los Estados Unidos, tendrán en todo tiempo, libre y no interrumpido el paso”. (Artículo 4º). Tal lenguaje, tales expresiones como las precedentes, podrían multiplicarse en casi cada artículo del Tratado; sin embargo, bastantes se han citado ya, con el fin de dilucidarlos y argüirlos.

El más cuidadoso estudio del Tratado de 1853, revela al infrascrito dos y solamente dos prevenciones que son incompletas y que, en consecuencia, quedan para desarrollarse en lo futuro. Estas son la demarcación de la línea divisoria, –a que es anexo el pago de los tres millones restantes– y los arreglos que se han de hacer entre los dos Gobiernos para el tránsito de tropas y municiones de los Estados Unidos, de sus costas del Atlántico a las del Pacífico. Por lo demás, todo está referido en tiempo presente y todas las estipulaciones de ese modo referidas, deben ser co-instantáneas en sus efectos. En cualquiera otra hipótesis, cada gobierno queda en libertad para interpretar a su modo el momento en que las estipulaciones de los varios artículos deberán considerarse como obligatorias. Partiendo de cualquiera otra teoría, el

artículo 11° del Tratado de Guadalupe, y el 33° del de 1831, son todavía obligatorios a los Estados Unidos; los buques y ciudadanos de los mismos Estados no tienen aún el privilegio de navegar por el Golfo de México, ni de transitar por el Istmo de Tehuantepec y, finalmente, los principales fines que se habían de llevar a cabo por el Tratado, quedan frustrados, así como sus estipulaciones sujetas a hacerse nugatorias, por las interpretaciones contradictorias de los dos gobiernos.

El derecho de poseer y ocupar el territorio concedido por el artículo 1°. del Tratado, es en la opinión del gobierno de los Estados Unidos, tan claro, explícito e inmediato, como cualquiera otro derecho de los adquiridos por una u otra de las partes contratantes del Tratado. Es solamente cuestión de conveniencia y no de tiempo. Para evitar ocasiones de disgusto por los excesos que probablemente se cometerían por hombres descuidados de ambos lados de la frontera; para reprimir el espíritu de ilegales expediciones e indebidas especulaciones en las tierras que puedan o no encontrarse dentro de la verdadera línea de división, cuando aquella línea estuviese finalmente establecida; para limitar a sus empleados y ciudadanos al ejercicio de sus derechos y deberes, que la experiencia de siete u ocho años distintamente les había enseñado, más bien que aventurarse en usurpaciones de los derechos y deberes de otros. Todas estas y otras consideraciones deben haber sido y fueron suficientes para inducir al gobierno de los Estados Unidos a permitir a México que continuase una jurisdicción que había claramente transferido, hasta que, por las relaciones graduales y bien vigiladas, el pueblo de ambos lados de la antigua línea divisoria se encontrare en estado de asumir las nuevas relaciones.

En conclusión, el infrascrito expondrá que los informes que tiene respecto de la actual ocupación del valle de La Mesilla, parece ser de muy diferente carácter al que el general Almonte se refiere en sus comunicaciones, como fundamento de sus quejas. Según los datos recibidos de origen auténtico, el general Garland enarboló por primera vez el pabellón americano en La Mesilla el día 15 de noviembre próximo pasado. Se hizo esta ceremonia a las 12 de aquel día por un destacamento del fuerte Fillmore, de donde se dio la orden para la ceremonia, en la

misma mañana. Por tanto, la distancia a que penetró el destacamento, después de pasar la antigua línea divisoria, no fue probablemente más que a una hora o dos de marcha y, ciertamente, no excedió de 20 millas, como el infrascrito está oficialmente informado. Era imposible, por lo mismo, que el territorio mexicano hubiese sido invadido; que sus derechos se hubiesen infringido; ni que el erario nacional de México hubiese sufrido pérdidas y daños a menos que, durante su permanencia en La Mesilla, o cerca de ella —la cual fue finalmente abandonada el día 8 de febrero— las tropas de los Estados Unidos hayan cometido pillajes o impuesto contribuciones, de lo que no ha tenido ninguna queja el infrascrito, quien se aprovecha de esta oportunidad para renovar al general Almonte las seguridades de su muy distinguida consideración.

William L. Mary

MEMORÁNDUM INTERNO PARA EL SECRETARIO DE  
ESTADO SOBRE EL TRÁNSITO EN TEHUANTEPEC, A  
MEDIADOS DE 1853

Departamento de Estado, junio 20 de 1853

La necesidad de una ruta más adecuada a California que la de Cabo de Hornos y aun el Istmo de Panamá, probablemente sugirieron el parágrafo de las instrucciones impartidas al señor Trist, por el que quedaba autorizado a ofrecer al gobierno mexicano una elevada suma de dinero sólo por el derecho de vía a través del Istmo de Tehuantepec. El proyecto de Tratado de Paz que el señor Trist comunicó, después de la batalla de Churubusco a los comisionados mexicanos, incluía un artículo sobre este asunto. Este proyecto fue meditado concienzudamente en el consejo de ministros mexicano, por lo que la respuesta de dichos comisionados debe ser considerada como la opinión del gobierno. Se entiende que el señor Trist renovó la proposición en las conferencias que tuvieron por resultado la conclusión del Tratado de Guadalupe Hidalgo. Los documentos relativos a sus procedimientos en relación con la proposición, nunca han estado archivados en este departamento.

En el transcurso del período de sesiones 1848-49 del Congreso, cuando estuvieron a consideración los transportes postales a California, el señor P. A. Hargous presentó al cuerpo una petición que, según el diario de sesiones, fue planteada al Senado por el señor Foote, de Mississippi, exponiendo que él —Hargous— estaba interesado en la concesión de Tehuantepec y sugiriendo que no sería aconsejable para el Congreso se comprometiese en la ruta de Panamá o cualquier otra. Es probable que el señor La Rosa, entonces ministro de México en ésta, informase a su gobierno sobre la referida petición y que éste, alarmado de inmediato ante la idea de que la concesión de Tehuantepec cayese en



manos de ciudadanos estadounidenses, resolviera anular el convenio Garay. El concesionario estadounidense fue informado por sus amigos mexicanos sobre las supuestas intenciones del gobierno de esa República y solicitó al departamento de Estado que enviase instrucciones al señor Clifford. De acuerdo a esto, el señor Clayton redactó las referidas instrucciones. Cuando el señor Letcher se dirigió a México, fue instruido en forma particular por el señor Clayton en relación con la comunicación de Tehuantepec. Las instrucciones se referían primordialmente a que dicha comunicación sólo sería abierta por inversores extranjeros y que éstos no se arriesgarían a llevar a cabo la empresa sin un previo Tratado por el que México garantizase su protección. Aunque el Tratado sobre este asunto, que el Sr. Letcher concluyó en enero de 1850<sup>3</sup>, no contenía expresas referencias a la concesión Garay, se desprende, por los términos en que está escrito, que intentaba proteger a los poseedores de esa concesión. Esto se deduce claramente del artículo 12, que estipulaba que el actual poseedor del privilegio debería dar su consentimiento por escrito antes de que el Tratado se sometiera a la consideración del Senado de los Estados Unidos o del Congreso mexicano.

Varios artículos del Tratado eran tan ambiguos que se resolvió regresarlo a México para darle su forma conveniente. No obstante, se obtuvieron escasas reformas favorables y una enorme oposición se suscitó en México en contra de cualquier Tratado con los Estados Unidos en torno del asunto mencionado. Sin embargo, el señor Letcher consiguió concluir un nuevo Tratado que fue ratificado por nosotros.<sup>4</sup> Inmediatamente después, regresó a los Estados Unidos bajo licencia. Aún no había llegado a este país cuando se recibió la noticia de la anulación de la concesión Garay por el gobierno mexicano, que, se creía, era obra principalmente de los ministros francés y español. La anulación fue precedida por informes completos de dos comisiones encargadas por ambas cámaras del cuerpo Legislativo que revisaron la historia de la concesión e intentaron justificar su revocación. Mientras que estos

---

<sup>3</sup> Por error dice enero, fue junio 24 de 1850.

<sup>4</sup> Éste se firmó el 21 de enero de 1851.

informes suprimían hechos importantes, deformaban otros que podría considerarse favorecían la concesión. El autor del informe de la comisión del Senado fue el señor Larrainzar, ministro mexicano en este país, quien en un párrafo afirma, en esencia, que en las conferencias que tuvieron lugar entre el comisionado mexicano y el señor Trist, después de la batalla de Churubusco, los Estados Unidos pretendían apoderarse del Istmo de Tehuantepec. El infrascrito consideró que esta afirmación era una deformación tan grosera y ofensiva que, actuando como secretario de Estado, objetó enérgicamente se le aceptaran sus credenciales al señor Larrainzar como representante de México en Estados Unidos, pero sus objeciones fueron rechazadas.

La oposición del ministro inglés y especialmente la del agente de los inversores ingleses a la política de la administración anterior en relación con Tehuantepec, podría quizás atribuirse a la esperanza de que este gobierno, finalmente, sería inducido a hacer otra oferta de una gran suma de dinero a México, a cambio del privilegio de cruzar ese Istmo. En el caso de que el pago se hiciese de acuerdo con dicha oferta, no había duda de que los acreedores ingleses obtendrían una parte tan importante de ellos como la que obtuvieron de los pagos realizados a consecuencia del Tratado de Guadalupe Hidalgo.

La ratificación que el presidente Fillmore hizo del Tratado, sobre el asunto de Tehuantepec, fue enviada al señor Buckingham Smith, secretario de la legación y encargado *ad interim* de los negocios, para que se canjeara por la de México. Eran necesarias mucha astucia y sincera buena voluntad, virtudes de que carecía el señor Smith, para lograr éxito ante el Congreso mexicano. Más aún, el presidente Fillmore tuvo que retirarlo de su puesto cuando recibió información fidedigna acerca de que ese ministro estaba haciendo todo lo posible para que fracasara el Tratado. Otra de las causas de su fracaso final fueron la rivalidad y la intervención de ciudadanos estadounidenses interesados no sólo en rutas de Panamá y Nicaragua sino también en otras rutas a través de México. El Sr. Letcher envió al departamento de Estado la copia de una carta dirigida al presidente Arista por un señor llamado Jonas P. Levy, uno de dichos interesados. En opinión del señor Webster esta carta pone a su

autor a merced de la legislación de los Estados Unidos, la que castiga a personas que sin autorización intervienen en asuntos de otros países. Se utilizó la copia del señor Letcher para arrestar a Levy bajo la acusación mencionada y fue procesado por el Gran jurado de este Distrito. No obstante, el Presidente Arista se negó a entregar el original de la carta de Levy y el fiscal tuvo, finalmente, que cerrar el caso.

El arreglo de la cuestión Tehuantepec puede considerarse que ha sido el objetivo diplomático más importante de la pasada administración. Habiendo fracasado el Gobierno del Presidente Polk en su intento de incorporar en el Tratado de Paz privilegios muy limitados en relación a esa ruta, a pesar de su oferta de una crecida suma de dinero, consideró justo patrocinar la concesión Garay cuando llegase a estar en poder de nuestros ciudadanos. Esta concesión otorgaba privilegios mucho mayores que aquellos que procuró obtener el señor Trist y, si México hubiera ratificado el Tratado, se habrían obtenido dichos privilegios sin ningún costo para el gobierno. Algunas de las causas por las que se rechazó el Tratado están expuestas en las líneas precedentes, pero ninguna de ellas ni todas juntas habrían conducido a ese resultado si los estadistas mexicanos tuvieran una mediana honestidad o alguna consideración al honor nacional.

Una de las objeciones principales que México hizo contra la concesión Garay es que el plazo que se daba para el comienzo de las obras en que ella se amparaba, había expirado en varias ocasiones.

Los poseedores de los privilegios replicaron que tan pronto como se completó el primer examen del terreno, Garay salió para Europa con el propósito de conseguir capital para la obra pero que, mientras estaba allá, se produjo la revolución que derrocó a Santa Anna y colocó a Herrera en la presidencia, lo que alarmó a tal grado a los capitalistas que decidieron rehusar su intervención en la empresa. Los tenedores de la concesión agregan también que estas circunstancias fueron conocidas por el mismo gobierno mexicano; que mientras un proyecto de ley se sometió al Congreso en diciembre de 1848 con el objeto de renovar la concesión, ese cuerpo Legislativo fue disuelto y dispersado por la revolución que puso a Paredes a la cabeza del gobierno; que el decreto de Salas, por el

cual se volvió a plantear la concesión, confirmándola y ampliándola; era, de hecho, una copia del proyecto de ley que estaba pendiente en el Congreso mexicano, proyecto que había ya sido sometido a la Cámara de Representantes, una de cuyas comisiones ya se había expedido favorablemente. Los poseedores de la concesión añadían que los trabajos en el Istmo se reanudaron el 10 de octubre de 1848, un mes antes de la expiración del plazo que se fijó para el cumplimiento de los privilegios concedidos por el decreto de Salas y que el gobierno mexicano había sido oficialmente informado por el prefecto de Acayucan, en el Istmo.<sup>5</sup>

Por un decreto del Gobierno mexicano de 22 de mayo de 1851, fue anulada la concesión de Garay.

El señor Webster sostuvo que la causa alegada en apoyo de la anulación era incorrecta, pues Salas, por cuyo decreto de noviembre 1846, se había vuelto a poner en vigor la concesión Garay, no tenía autoridad para expedir tal decreto. Por lo tanto, cuando en febrero de 1853 se otorgó la concesión Sloo, aunque formalmente se había cancelado la concesión Garay, los interesados alegaron que las razones aducidas para su anulación invalidaban el acto.<sup>6</sup>

(William Hunter)

---

<sup>5</sup> Los párrafos siguientes según el Dr. Manning aparentemente fueron agregados más tarde.

<sup>6</sup> Este memorándum según el Dr. Manning, fue preparado por William Hunter, oficial mayor del departamento de Estado, probablemente para uso del secretario, en conexión con las instrucciones siguientes.

INSTRUCCIONES A GADSDEN PARA QUE PIDA CESIÓN  
DE TERRITORIO Y DERECHOS EN EL ISTMO  
DE TEHUANTEPEC

Washington, julio 15 de 1853

Sr. James Gadsden<sup>7</sup>  
Ministro de Estados Unidos en México

Señor:

Las relaciones entre Estados Unidos y México no están bien definidas. En la actualidad existen varias cuestiones pendientes de gran importancia y serias dificultades y es de suponer que usted no encontrará gobierno y al pueblo de México dispuestos favorablemente para llegar a un justo acuerdo sobre ellas. Los sentimientos hostiles engendrados por la última guerra y agravados por las profundas heridas infligidas en su orgullo nacional, no han desaparecido totalmente y es de temer que los resentimientos que persisten aún, obstaculizarán nuestras negociaciones con él.

Nuestro gobierno tiene el vehemente deseo de sostener amistosas relaciones con esa República y esperamos que usted lo demuestre por los medios más efectivos al gobierno y al pueblo de dicho país y, si es posible, le inspire idénticos sentimientos hacia Estados Unidos. El Presidente está dispuesto a adoptar una conducta liberal (criterio amplio) para tratar las diferencias con México, y, aunque insisten siempre en hacer respetar nuestros derechos, pondrá mucho cuidado en respetar los

---

<sup>7</sup> James Gadsden, de Carolina del Sur, fue comisionado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario el 24 de mayo de 1853; llegó a Veracruz el 4 de agosto, presentando sus credenciales el 17 del mismo mes y se retiró del país el 23 de octubre de 1856.

derechos de México. Cuando se manifiesten nuestras justas intenciones y nuestros sinceros deseos para mantener relaciones amistosas y un libre intercambio comercial con México, confiarnos en que desaparecerán los prejuicios que éste aún abriga y usted tendrá posibilidades de cumplir los objetivos de su misión en forma por igual benéfica para ambos países.

En el transcurso de la anterior administración, nuestro gobierno intervino en favor de los concesionarios que disfrutaban de un privilegio otorgado por México para un derecho de vía entre el Atlántico y el Pacífico a través del Istmo de Tehuantepec. La concesión original había sido traspasada a ciudadanos estadounidenses. Nuestro pueblo manifestó un profundo interés por la concesión de Garay y el gobierno intervino para llevarla a efecto, presionando a México para que respete a los actuales propietarios de ella, pero México negó su validez y la declaró nula y vacante mediante un decreto formal de su Legislatura.

En los archivos de la legación existe una extensa correspondencia sobre el asunto que, en caso de su consideración, capacitará a usted para la comprensión de este problema. No nos proponemos en este momento impartir a usted instrucciones para reanudar esta negociación; en el caso de que el Presidente decida hacerlo en un futuro, se le harán llegar en forma amplia sus puntos de vista.

El gobierno mexicano, hace pocos meses, otorgó otra concesión a través de la misma ruta, la que está en conflicto con la primera conferida a Garay. Nuestro ministro en México, su predecesor inmediato, sin instrucciones del gobierno, concluyó un acuerdo garantizando protección a la última concesión, enviándola a Washington para su ratificación. Si nuestro Presidente emprende una acción favorable a esta convención parecerá implicar el abandono, por su parte, de cualquier tentativa posterior, para inducir a México a respetar los derechos de los actuales poseedores del contrato Garay. Por lo tanto, usted no queda autorizado a dar a México ninguna seguridad de que la convención será aprobada por este gobierno. Nuestro Presidente no está aún en condiciones de dar a conocer la norma de conducta que su deber le obligue a adoptar en relación al contrato Garay o a la propuesta convención que garantiza la otorgada posteriormente.

Paso a llamar su atención sobre una seria dificultad presentada en relación con los límites de Estados Unidos y México. La parte de la frontera respecto a la cual se ha suscitado el conflicto es la que corre a lo largo del límite sur de Nuevo México. La primera cuestión a aclararse es si esta línea fue establecida por la Comisión de Límites, de acuerdo a las disposiciones del Tratado de Guadalupe Hidalgo, del 2 de febrero de 1848. La forma de trazar los límites fronterizos está perfectamente establecida en el artículo 5° de ese Tratado, en el cual se previene la designación de una comisión con ese propósito; establece que cada gobierno “nombrará un comisario y un agrimensor que se juntarán antes del término de un año contado desde la fecha del canje de las ratificaciones de este Tratado en el puerto de San Diego y procederán a señalar y de marear la expresada línea divisoria en todo su curso hasta la desembocadura del río Bravo del Norte. Llevarán diarios y levantarán planos de sus operaciones y el resultado convertido por ellos se tendrá por parte de este Tratado.

El párrafo aquí transcrito establece que no sólo los comisionados designados por los dos gobiernos, sino también los agrimensores, deben intervenir en la demarcación de la frontera, la que integrará el Tratado fijando los límites entre ambos países. Los integrantes de la comisión deben llegar a un acuerdo en el resultado. El comisario y el agrimensor, nombrados por cada gobierno, son sus representantes y actuarán en el asunto conjuntamente con el comisionado y el agrimensor del otro gobierno y, ya de acuerdo en sus determinaciones, éstas serán indispensables para establecer el límite fronterizo, siendo ellos los únicos autorizados a determinarlo. No se trataba de un tribunal que pudiese decidir una cuestión por mayoría de votos: nada podrían acordar dos de los nombrados cuando tres estuviese presentes, ni habiéndose puesto de acuerdo tres podrían realizar un acto válido en ausencia del cuarto. Evidentemente éste era el punto de vista del comisionado estadounidense y el comisionado y el agrimensor mexicanos, en momentos en que esta parte de la frontera estaba en consideración. De ahí la preocupación por lograr que el agrimensor estadounidense diese su acuerdo al punto inicial que se trataba de fijar y, tan pronto como quedó informado de la

proposición, éste manifestó su desacuerdo exponiendo claramente el error. El teniente Whipple, quien actuó como agrimensor por una designación no válida del comisionado americano, también sostuvo que era errado fijar ese punto a los 32° 22', pero su intervención, aunque la hubiese hecho de manera formal, no podía ser tomada en consideración por no ser agrimensor. El comisionado estadounidense, señor Bartlett, no tenía ninguna autoridad para nombrar al agrimensor y esto era bien entendido por el comisionado y el agrimensor mexicanos, pues en lo relativo a nombramientos de estos agentes para trazar y demarcar la línea fronteriza, el Tratado es claro y explícito: "... nombrará cada uno de los dos gobiernos un comisario y un agrimensor...". El gobierno de Estados Unidos no intervino en la designación del teniente Whipple. El señor Gray, primer agrimensor nombrado por Estados Unidos por el señor Bartlett, era quien llevaba ese cargo cuando el teniente Whipple fue designado para actuar como tal, no teniendo dicho señor Bartlett autorización para hacer tal nombramiento, aun en el caso de que el puesto hubiera estado vacante. El señor Gray había sido suspendido por el coronel Graham, quien tan pronto como estudió el asunto, vio el error en fijar los 32° 22', como punto inicial sobre el Río Bravo del Norte y no sólo rehusó sancionarlo sino que demostró palpablemente que sería un error fijarlo ahí. Posteriormente fue removido y el mayor Emory lo reemplazó en carácter de agrimensor estadounidense, pero este jamás intervino para fijar el punto inicial en el lugar establecido por los dos comisionados y el agrimensor mexicano. Más tarde se limitó a certificar el hecho de que los comisionados habían fijado el punto inicial a los 32° 22'. Se trató de desnaturalizar dicho certificado y quizá vuelva a repetirse la tentativa, convirtiéndolo en un acto de aprobación, pero el mayor Emory no lo consideró así y nadie puede, con certeza, considerarlo como tal.

He detallado con minuciosidad los procedimientos utilizados respecto a la fijación del punto inicial para demostrar que, de acuerdo con los requerimientos del Tratado, aún no ha sido establecido, y que, a pesar de todo lo hecho al respecto, Estados Unidos puede considerar que aún no está demarcado el límite sur del territorio de Nuevo México. Espero



que usted encontrará al gobierno de México dispuesto a opinar en la misma forma sobre el asunto.

Según las manifestaciones de los últimos secretarios del Interior y del ministro de Relaciones, se desprende que México será quien con mayor tenacidad sostendrá la fijación de la falsa frontera. Parecería que hubieran aprobado la conducta de nuestro comisionado o, por lo menos, estar dispuestos a aceptar su decisión y considerarla obligatoria para Estados Unidos. Es natural que México conceda mayor importancia, de la que realmente se les puede atribuir en asuntos de esta índole, a los actos y opiniones de los miembros de la anterior administración.

Recurriendo al Tratado, es de advertir que el Poder Ejecutivo de los respectivos gobiernos no controlaba la conducta del comisionado y el agrimensor designado por él ni se había reservado el deber y derecho de aprobar sus procedimientos y no se requería su asentimiento o sanción para darles validez. La Comisión de Límites estaba por encima del poder, tanto de Estados Unidos como de México, en tanto actuase de buena fe para la conclusión del asunto encomendado a ella. Cuando sus decisiones se hicieran conforme al Tratado se considerarían válidas y tendrían efectividad para obligar a ambos gobiernos sin la aprobación de los respectivos poderes ejecutivos y, de no estar en conformidad con el Tratado, el asentimiento de éstos no les daba validez. Cualesquiera sean las oposiciones del secretario del Interior u otro secretario y aun del Presidente sobre los actos del comisionado estadounidense, estos actos son tan definitivos como obligatorios para Estados Unidos. La aprobación no corrige el error, Si lo hubiere, así como tampoco una posible aprobación del Ejecutivo corregiría un error cometido por cualquier tribunal judicial de Estados Unidos. De haber existido una explícita sanción de los mencionados ministros sobre la decisión del comisionado estadounidense en el punto inicial, al no haber sido tomada por una autoridad competente y por no tratarse de ninguna manera de un asunto sujeto a la sanción gubernamental, el Presidente no está liberado del deber de investigar si el límite fronterizo había sido demarcado por aquellos que fueron designados a tal propósito y no puede, sin faltar a ese deber, aprobar una frontera que no se ha establecido en la forma

reglamentaria.

Sin tener en cuenta lo importante que sea para México conservar la frontera que reclama, creo que ese país no sostendrá que una frontera que de hecho no ha sido trazada por los comisionados y agrimensores de cada gobierno, se considere como establecida según las disposiciones del Tratado. Por lo tanto, usted demostrará nuestro punto de vista para lograr que el gobierno mexicano acepte que la línea sur no ha sido establecida en la forma que lo requiere el Tratado y obtener su consentimiento para trazarla correctamente.

Es muy claro que la frontera que reclama México no ha sido trazada en la única forma establecida en el Tratado y es muy claro también que, al trazarla, han sido descuidadas, en forma sospechosa, las disposiciones previstas en el mismo. En lugar de ceder la totalidad de Nuevo México a Estados Unidos, como se desprendía de las intenciones de quienes negociaron el Tratado y como claramente lo expresa el lenguaje utilizado, una amplia región de ese territorio resulta cercenada por los límites trazados por los comisionados. Dicha frontera está 51 Km demasiado al norte y, al considerarla la auténtica, Estados Unidos perdería una parte del país de ese ancho a lo largo de la extensión sur de Nuevo México. Si la Comisión de Límites hubiese establecido una frontera en la forma legal prescrita por el Tratado, diferente a la que las partes deseaban trazar, difícilmente cabe suponer que la parte que así obtuviese las ventajas, aunque en forma accidental, insistiera en conservarlas. Pero no se trata de esto, pues la frontera en cuestión, como ya lo he demostrado, no fue demarcada en la forma establecida en el Tratado.

Examinando el artículo 59 se desprende que el verdadero punto inicial se encuentra a escasos kilómetros —probablemente alrededor de 12— al norte de El Paso y que se ha caído en el error, de ningún modo justificado, por no recurrir al mapa al que hace mención el Tratado y del que es parte integrante, y utilizar el que figura al margen que ha sido colocado para señalar los paralelos de latitud.

No me propongo reproducir en esta comunicación los argumentos alegados por los agrimensores en el Senado de Estados Unidos,

demostrando concluyentemente, tal como creo que lo hacen, el error incurrido por los comisionados, ni tampoco discutiré los que se han aducido para apoyar la frontera que reclama México. Todo ello se le proporcionará a usted y, en caso de ser necesario que presente a México los puntos de vista de nuestro gobierno sobre esta cuestión, obrarán en su poder todas las documentaciones para poder sostenerlos. El Tratado proporciona las bases para una argumentación, más aún, constituye, en sí mismo, un irrefutable argumento en favor de los límites que reclama Estados Unidos. México debería desear, tanto como Estados Unidos, delimitar sus fronteras en la forma requerida por el Tratado y aceptar los resultados. Hasta que no quede delimitado de este modo, México no deberá esperar que nuestro gobierno conceda lo que reclama ahora, reclamación basada en un error y que de aprobarse privaría a Nuevo México de una gran región que siempre le ha pertenecido y que formaba parte de él al firmarse el Tratado de Paz y Límites.

Mientras subsista esta discusión sobre la frontera sur de Nuevo México, es de esperar que cada parte se abstendrá de tomar posesión de la región en cuestión o de realizar acto alguno que implique su exclusiva apropiación. Parecería que el último gobernador de Nuevo México tuvo la intención de tomar su efectiva posesión y así lo anunció en una proclama, pero declarando que actuaba sin instrucciones de su gobierno. Sus intentos no se llevaron a cabo; su propósito fue desaprobado y se ha informado a México, con toda claridad, que Estados Unidos se abstendrá de tomar posesión del territorio en disputa, deseando que la dificultad sea zanjada por medio de negociaciones y nuestro gobierno espera que México adopte la misma conducta. No obstante, si ese país actuase en forma diferente a nuestra justa idea, usted demostrará lo razonable de la proposición de este gobierno e insistirá en que actúe de conformidad con ella. Nuestra proposición consiste en dejar la región en cuestión en la situación precisa en que estaba al suscitarse la discusión, hasta que queden agotados todos los esfuerzos para llegar a un acuerdo. No dudo que México se ajustará a esta sugerencia.

Llamo ahora su atención sobre el 2º párrafo del artículo 6º del Tratado de Guadalupe Hidalgo, en el que se aborda un tema de gran

importancia para ambos países. Usted advertirá en dicha cláusula que cualquiera de las dos partes que deseara construir un canal o una vía férrea a través o a lo largo del río Gila, puede, mediante un acuerdo, utilizar sus riberas a una extensión de una legua marina. Se consideraba útil la construcción de un canal o una vía férrea en las proximidades de la frontera y ninguno de los gobiernos dejaba de advertir la importancia que para ambos tendría tal obra. En la actualidad se considera impracticable un canal del río Bravo al Pacífico. Estudiando mejor las cercanías del Gila se demostró la dificultad, por no decir imposibilidad, de construir una vía férrea a lo largo de sus riberas dentro del espacio mencionado en el Tratado; pero, se encontró una ruta muy adecuada, a una distancia mayor de una legua marina en el lado mexicano de la frontera, pero no en el estadounidense.

Vistas las numerosas ventajas que obtendría México con tal ruta, es de presumir que sin dificultad aceptará una propuesta para alterar los límites en esa parte de la frontera, cediendo a Estados Unidos la faja de terreno necesaria a nuestro territorio para construir dentro de él la ruta adecuada para dicha vía férrea. Sin una inspección efectiva, es difícil precisar la extensión de territorio requerida para ese propósito. Sería de particular importancia para los intereses de México que esta vía férrea se conectara con las aguas navegables del Golfo de California. Con este propósito es de desear que el verdadero límite, el que sostenemos nosotros, es decir aquel que comienza en el río Bravo a pocos kilómetros al norte de El Paso, continuase hasta una considerable distancia hacia el oeste, más allá de la fronteras establecida en el Tratado, siguiendo hacia el sur, aproximadamente a 300 y de nuevo al oeste hacia el Golfo, si México se resistiese a ceder una región tan amplia de territorio como esta línea lo requiere, podría acceder a situar los límites en la frontera sur de Nuevo México, continuando hasta topar con el río de San Pedro y de ahí por ese río hasta su confluencia con el Gila. Creemos que si Estados Unidos pudiese adquirir ese terreno, tendríamos una adecuada extensión para la vía férrea. Si usted encontrara bien dispuesto a México para llegar a un arreglo sobre la alteración de estos límites o de cualesquiera otros con la finalidad de proporcionar a Estados Unidos una ruta adecuada para

la construcción de una vía férrea, no se perdería ningún tiempo en conseguir la información necesaria sobre la región para poder asegurar que Estados Unidos pondrá en práctica el único objetivo que lo mueve a desear una rectificación en la frontera estipulada en el Tratado: una ruta adecuada para la construcción de una vía férrea. No estando en condiciones de conocer la extensión de terreno necesario, no podemos precisar, por ahora, la suma que ofrecería este gobierno por dicha cesión. La parte de territorio que con este cambio quedaría dentro de nuestros límites, entiendo que no está muy colonizada ni es muy tentadora para nuevos colonos, por tanto, es de presumir que podrá adquirirse por una suma moderada. Tan pronto usted encuentre la ocasión favorable, presentará este asunto a la consideración del gobierno mexicano y, si halla disposición para tratarlo, lo notificará de inmediato a esta secretaría. Adjuntamos copia de un mapa diseñado por el señor A. B. Gray, agrimensor estadounidense de la Comisión de Límites, tal como originalmente estaba trazada la frontera. Con este mapa estará usted capacitado para determinar con bastante exactitud la extensión de terreno necesario para facilitar la construcción del ferrocarril al Pacífico.

Espero que la sugestión para lograr la expansión de nuestro territorio en la forma propuesta, con una definida finalidad en la que México está profundamente interesado tal como lo consideró en el Tratado de Paz y Límites, no será mal interpretada y no puede herir su orgullo nacional. Esa nación no debe temer designios siniestros por nuestra parte, pues debe comprender que esa vía sería una obra de tan elevado costo como para que nuestro gobierno la patrocine o nuestros ciudadanos arriesguen su capital si cualquier parte del camino atravesase territorio ajeno.

Si usted encontrase a México dispuesto a tratar una nueva línea fronteriza, no deberá presionar para discutir nuestra reclamación del territorio en disputa, pero sí dejarla claramente expresada. Probablemente la mejor forma de obviar esa cuestión sea incluirla en las negociaciones sobre la alteración de los límites.

A la presente negociación para un cambio de límites, resultaría conveniente incluir la satisfacción de los reclamos de nuestros

conciudadanos contra México y los pretendidos reclamos de sus ciudadanos contra Estados Unidos que se suscitaron a raíz del artículo 11° del Tratado de Guadalupe Hidalgo. No me propongo exponer en estas instrucciones generales los puntos de vista del gobierno de Estados Unidos sobre estos reclamos. En los archivos de la legación encontrará todo lo relativo a ellos. En las instrucciones impartidas a su inmediato predecesor, usted hallará la posición sostenida —y creo que muy correctamente sostenida— por nuestro gobierno, por la cual se hacía constar que ni México ni sus ciudadanos tienen reclamo alguno que hacer a este gobierno, de no haber cumplido con las obligaciones impuestas en el artículo 11° de ese Tratado y, a pesar de ello, nuestro ministro, antes de esa época y por las mismas instrucciones, estaba autorizado a ofrecer varios millones por la liberación de las obligaciones impuestas en dicho artículo a nuestro gobierno y satisfacer con ellas los reclamos que suscitó.

El gobierno de México parece considerar las estipulaciones establecidas por Estados Unidos como un compromiso absoluto por parte nuestra para reprimir todas las incursiones indígenas dentro de su territorio y, en caso de rechazarse, se pagarían todos los daños ocasionados, pero, como usted advertirá en el citado artículo, existe tan importante requisito para el cumplimiento de esta cláusula los Estados Unidos reprimirían solamente estas incursiones “del mismo modo y con la misma diligencia y energía con que obraría si las incursiones se hubiesen meditado o ejecutado sobre territorios suyos o contra sus propios ciudadanos”.

Como puede demostrarse, nuestro gobierno ha actuado con la energía y diligencia prometidas para la realización de las finalidades especificadas, cumpliendo de este modo con sus obligaciones con México en lo que a esto respecta. Desde la firma del Tratado con México, de febrero 2 de 1848, una considerable fuerza militar está acampada a lo largo de la frontera de ese país con el objeto casi exclusivo de hacer observar el orden entre los indios y reprimir sus incursiones dentro del territorio mexicano. El hecho de que nuestros esfuerzos no hayan sido coronados por un completo éxito, en gran parte es debido a que México

ha dejado por completo indefensa toda su frontera. Según creemos, este país ha utilizado poca o ninguna fuerza militar en protegerla y las escasas colonias existentes a lo largo de su frontera no están en condiciones de defenderse por sí mismas. La debilidad de la frontera mexicana, a consecuencia de la negligencia en protegerla, ha estimulado las incursiones y no ha opuesto obstáculos a las depredaciones realizadas en amplias extensiones. Sería absurdo exigir a Estados Unidos la indemnización de daños que aquel país provocó o que, al menos, pudo prevenir en virtud de tratarse de un gobierno que estaba obligado a defender a sus ciudadanos. El Presidente aprueba las instrucciones impartidas a su inmediato predecesor relativas a las obligaciones establecidas en el artículo 11° del Tratado de Guadalupe Hidalgo, ya totalmente cumplidas. Si se presionara a usted sobre este punto, sería de desear que se remitiese a presentar las precedentes opiniones al gobierno de México. Al negar la justicia de los reclamos, como consecuencia de infracciones a dicho artículo, admitimos que impone serias obligaciones a nuestro gobierno, de las que con satisfacción se vería liberado.

Por lo tanto, usted debe investigar si existe en el gobierno mexicano disposición para entrar en negociaciones con el fin de lograr un total ajuste de todos los puntos de que he hecho mención, a saber: el trazado de una nueva frontera, cediendo a este gobierno un territorio adicional para una adecuada ruta para la construcción de un ferrocarril; la liberación de las obligaciones que impone el artículo 11° del Tratado de Paz y Límites y el arreglo de los reclamos de los ciudadanos de ambos países. Por tal convenio Estados Unidos estaría dispuesto a pagar liberalmente, y la suma ya ofrecida por los dos últimos puntos debía ser satisfactoria para todos; sin embargo, podría aumentarse considerablemente si se incluye la nueva frontera propuesta; pero la cantidad que reclama México por daños provocados por infracciones al artículo 11° del Tratado es tan exorbitante que no es de presumir que ese país espera se acceda a esa pretensión. Desde ahora se harán llegar a usted con toda amplitud las reclamaciones de nuestros ciudadanos contra México, adjuntándole las instrucciones para sus negociaciones. Tan pronto como usted conozca los puntos de vista generales y lo que México

opina sobre estos temas, lo comunicará a este Departamento y, de existir una posibilidad de llegar a una conclusión, se le proporcionarán instrucciones más definidas.

Uno de los objetivos primordiales de su misión es fijar el intercambio comercial de ambos países sobre bases más firmes. Nuestro país ha disminuido considerablemente su comercio con ese país por su inestable situación, las constantes revoluciones han hecho que el intercambio comercial resultase inseguro; las presentes modificaciones de tarifas y las severas multas por su incumplimiento, aun en el caso de no ser debidamente promulgadas, eran ultrajantes y, en ocasiones, ruinosas para nuestros comerciantes. Este departamento no está informado con detalle sobre los recientes cambios de las leyes que regulan su comercio exterior, ni es todavía el momento de conocer cómo su comercio exterior se verá afectado por el sistema actual. Usted está obligado a proporcionarnos una rápida información no sólo en relación con el sistema, sino también con sus operaciones. Expresará al gobierno mexicano el deseo de Estados Unidos de establecer íntimas relaciones comerciales con él sobre amplios términos liberales, que por todas razones resultarían ventajosas para ambos países.

Quedo de usted...

William L. Marcy



GADSDEN INFORMA QUE NO ENCUENTRA AMBIENTE A  
LA CESIÓN DE TERRITORIO

México, octubre 3 de 1853

Sr. William L. Marcy  
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Señor:

—Extracto—

Tengo poco que informar desde mi comunicación número cinco del 18 de septiembre, a la cual se incluyó una copia de una replica marcada al ministro de Relaciones Exteriores, sobre una demanda de indemnización al amparo del artículo 119 del Tratado de Guadalupe.

No he recibido respuesta a esa comunicación y probablemente no la recibiré; sin embargo, dicha réplica tuvo por consecuencia que se me transmitiera la insinuación del Presidente de México en que afirmaba le sería muy grato celebrar una entrevista personal conmigo. De esa entrevista, que tuvo lugar el 25 último, resultó:

Primero. —El acuerdo de que el territorio en disputa permanecería en *statu quo*. Ningún país lo ocupará con sus tropas durante nuestras negociaciones y la información y órdenes correspondientes serían transmitidas a los oficiales en jefe de las fronteras.

Segundo. —Que el gobierno de México estaba dispuesto a negociar una nueva frontera incluyendo la extensión de territorio necesario para resolver las opuestas interpretaciones sobre los artículos 5°, 6° y 11° del Tratado de Guadalupe Hidalgo. Como ninguna de las partes estaba preparada para presentar o discutir proposiciones sobre esas

bases de ajuste, el asunto fue diferido para otra entrevista. Esta tuvo lugar el 2 del corriente y en ella no se dieron mayores alcances que los muy limitados de la primera entrevista para la armonización de las relaciones entre las dos repúblicas vecinas; sobre lo tratado redacté un memorándum que ahora incluyo.

Al leer los puntos de vista que me han inducido a presentar a la consideración del Presidente de México, nuestra política tan enérgicamente justificada por la visión que tenemos del presente tanto como del futuro, sobre negociaciones que intentan fortalecer y perpetuar las relaciones amistosas entre las dos potencias vecinas, el Presidente pareció dispuesto, al principio, a reflexionar y estudiarlos. Sin embargo, en el curso de la conversación observó que estaba persuadido de que la Nación se opondría con toda energía a cualquier otro desmembramiento de su territorio, diferente al que fuera incluido en la primera proposición o cualesquiera otros proyectos que los ahí establecidos; que no podía por el momento conversar o discutir las consideraciones políticas que yo había presentado y que recomendaban la anticipación de lo que posiblemente en el futuro sería ventajoso para ambos países. Que por el momento no se sentía justificado ni apoyado para realizar otras negociaciones que aquellas que se refieren al arreglo de los desacuerdos existentes. Al terminar la conferencia quedó entendido que el Presidente desearía continuar las discusiones sobre la primera proposición que se sometió y aprobó en la conferencia previa del 25 de septiembre. Con la esperanza de que el 8 del presente esté aquí el correo de Texas, trayéndome instrucciones o sugerencias de Washington que puedan influir favorablemente sobre algunos acuerdos que Estados Unidos está deseoso de efectuar con México, diferiré hasta esa fecha las proposiciones que yo pueda hacer...<sup>8</sup>

James Gadsden

---

<sup>8</sup> La parte omitida se refiere a la liberación de los barcos detenidos y al proyecto de una posible visita de Gadsden a la frontera en las inmediaciones de El Paso (Nota del Dr. Manning).

MEMORÁNDUM DE GADSDEN SOBRE SU ENTREVISTA CON  
EL PRESIDENTE SANTA ANNA EL 2 DE OCTUBRE DE 1853

Queda entendido que los dos gobiernos han consentido en resolver todos los desacuerdos existentes sobre las bases de un nuevo Tratado, el cual puede especificar la adquisición de territorio adicional con el propósito de asegurar una frontera más ventajosa para ambas repúblicas por su mayor capacidad defensiva y de garantizar el derecho de paso y tránsito para ciudadanos estadounidenses hacia el Pacífico.

Sobre estas bases estaré preparado para conversar o hacer una proposición que lleve a un satisfactorio ajuste y acuerdo.

Existen consideraciones de peso que podían ser ventajosas para ambas partes.

Una, ceder un dominio territorial más extenso que el mencionado anteriormente y, la otra, aceptar por el mismo el pago de una adecuada y justa compensación. Estas consideraciones se hacen a influencia de la población de ambas repúblicas residentes en la frontera y en los estados fronterizos, quienes, impacientes, están constantemente comprometiendo las relaciones amistosas de las dos repúblicas vecinas con medidas precipitadas, que más tarde podrían culminar en una hostilidad, en disposiciones militares y en la ubicación en ambos lados de fuerzas armadas que envolvesen en una guerra a los dos países a costa de pesados y gravosos gastos, a menos que pudiera evitarse comunicando dichos pueblos.

El gobierno de Estados Unidos no desea ni ambiciona adquirir ninguna extensión adicional de la frontera mexicana, más que la mencionada en la primera proposición y la cual está basada solamente en el deseo de reconciliar las enfadosas cuestiones y adversas interpretaciones de los artículos 5°, 6° y 11° del Tratado de Guadalupe. Si los gobiernos de México y los Estados Unidos ven que podía ser

ventajoso para ambos países solucionar, antes que resulten críticas, la creciente animosidad y las tendencias amenazadoras que van tomando las dificultades fronterizas en las que se ven envueltos diariamente los ciudadanos de los dos países y que son provocadas por causas que pueden ser obviadas extendiendo los límites de uno hasta hacerlos coincidir con los macizos de montañas que representan una permanente y respetable barrera entre ambas naciones; en tal caso si las proposiciones fueran aceptables se harán sobre la base de una frontera natural constituida por una cadena de montañas y un desierto, para lo cual se adquirirían, a cambio de una justa compensación, uno o dos estados limítrofes. Dice una vieja sentencia popular, que la historia ha confirmado, que los ríos y los valles unen a los pueblos, mientras que las montañas y las barreras insalvables los separan.

Ningún poder puede evitar que en un futuro todo el valle del río Grande llegue a estar bajo la tutela de un solo gobierno. Toda la simpatía de los estados mexicanos al oeste de ese río deben estar y estarán con el estado o estados del este y, o Texas occidental debe regresar al gobierno mexicano o los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Chihuahua, por sucesivas revoluciones o adquisiciones, deben anexarse a Texas.

Estas son solemnes verdades políticas, que nadie puede ignorar. Por lo tanto queda a consideración de las dos potencias que reclaman opuestas jurisdicciones, determinar, donde ya el destino lo ha determinado, la conveniencia, para la armonía de la buena vecindad, de vender y comprar anticipando de esta manera una anexión de estados que naturalmente están unidos entre sí, y no tenerlos forzados en el futuro a negociaciones que se harán necesarias para el ajuste de desacuerdos que, como aquellos que ahora existen, invitan a su arreglo sobre las mismas bases armoniosas.

El Tratado de Guadalupe Hidalgo nos ofrece una instructiva lección Es sabia la política que inculca una armoniosa cooperación y acuerdo, en lugar de una violenta e ineficaz oposición, cuando los hechos ya son considerados inevitables.

AMBICIOSAS INSTRUCCIONES A GADSDEN PARA QUE  
PIDA AMPLIAR CESIONES TERRITORIALES<sup>9</sup>

Washington, octubre 22 de 1853.

En primer término el señor Ward le entregará la carta cifrada de presentación del secretario de Estado y explicará las circunstancias que, según el Presidente, demuestran la conveniencia de utilizar un correo especial en lugar de la forma habitual para comunicar sus opiniones sobre un tratado para el trazo de una nueva frontera. En el caso de que un despacho sobre el asunto llegara a ser conocido por otras personas que no fuesen el Presidente Santa Anna o sus amigos más íntimos, no se podrían tener esperanzas de que se realizara un acuerdo favorable.

El señor Ward presentará al señor Gadsden los diferentes límites considerados por el Presidente. La suma a pagarse por cualquiera de esas fronteras será una amplia compensación por el territorio adicional, adquirido por Estados Unidos por el cambio de límites y por los daños y perjuicios que, en cualquier forma, puedan ser reclamados por México, en su nombre o en el de sus ciudadanos, bajo el amparo del Tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado el 2 de febrero de 1848.

Puede incluirse también un artículo por el cual se libere a México de todos los daños y perjuicios que Estados Unidos reclame, en su nombre o en el de sus ciudadanos, originados por cualquier cláusula del Tratado de Guadalupe Hidalgo.

Del límite número uno se ha proporcionado al señor Ward una descripción general que transmitirá al señor Gadsden. Por dicha frontera queda autorizado a ofrecer cualquier suma hasta 50'000,000 de dólares, pagaderos en plazos anuales de 10'000,000 de dólares. El señor Ward podrá trazar esta frontera en su mapa, pero es probable que pueda dar a

---

<sup>9</sup> Fueron transmitidas verbalmente al ministro Gadsden por el correo especial Christopher L. Ward.

conocer al señor Gadsden el mapa en que fue trazado por el Presidente. Se prefiere este límite a cualquier otro y es el mejor para ambas partes porque constituiría una frontera permanente, conservada y defendida con gastos mucho menores que los que se emplearían en cualquier otra y termina definitivamente con cualquier serio peligro de que se susciten dificultades fronterizas.

Sería conveniente que con este límite se consiguiera una estipulación que liberara a Estados Unidos de las obligaciones que le impone el artículo 11° del Tratado de 2 de febrero de 1848. Esta estipulación es aún más importante Si en vez de firmarse el acuerdo sobre el límite mencionado, se acordase cualquiera de los subsiguientes.

Por el límite número dos, que no incluye la Península de la Baja California, se autoriza al señor Gadsden a ofrecer la cantidad de 35'000,000 de dólares, Si no pudiera obtenerse por menos, pagaderos en la misma forma que se propone para el límite número uno.

Por el límite número tres, queda autorizado a ofrecer 30'000,000 de dólares, si no puede obtenerlo por menos, pagaderos en forma similar. Esta división incluye la Península de la Baja California.

Por el límite número cuatro se puede ofrecer, si no se puede obtener por menos, la suma de 20'000,000 de dólares pagaderos en dos años, la mitad en cada uno.

En caso de que fuera imposible conseguir llegar a un acuerdo sobre cualquiera de las fronteras antes mencionadas, el objetivo de la negociación será obtener una ruta conveniente para ferrocarril, desde el río Grande (Bravo) a California. La frontera sobre el río Grande (Bravo), está establecida precisamente, en los 31°, 38' y algunos segundos, de latitud; un límite que partiera de ese punto directamente al oeste, hasta el Golfo de California, dejaría dentro de los límites de los Estados Unidos una ruta que quizás sea la mejor para el mencionado ferrocarril.

Aunque aquí sólo se ha hecho un parcial reconocimiento del terreno, no hay duda de que una frontera sobre el paralelo de latitud 32° daría a Estados Unidos una buena ruta para un ferrocarril del río Grande (Bravo) al Golfo; pero ni el límite que partiera de la frontera (actual) del paralelo 32° constituiría una buena línea de demarcación entre ambos

países y, en caso de que no pudiera obtenerse ninguna mejor, es indispensable que en las negociaciones se libere a Estados Unidos de las estipulaciones del artículo 11° del actual Tratado de Límites.

El ministro de Estados Unidos queda autorizado a ofrecer hasta 15'000,000 de dólares a cambio de la liberación de todas las reclamaciones por daños y perjuicios que se suscitaron por ese Tratado, de las que se presentaron por el artículo 11°, junto con un límite que parta de la frontera (actual) o del paralelo 32° de latitud.

La cantidad máxima que el ministro de los Estados Unidos está autorizado a ofrecer es la mencionada para cada límite. Si pudiera, deberá obtener cualquiera de esos límites por una cantidad menor.

Queda investido de facultades discrecionales para modificar cualquiera de estos límites en alguna extensión, sin perder de vista para ello el propósito que Estados Unidos tiene de negociar una nueva frontera. Una de las posibles modificaciones es la desviación de la frontera de su localización en el meridiano 111° de longitud, de tal manera que pase por la desembocadura del Gila, recorriendo la menor extensión posible. Esta, al igual que la frontera propuesta, cumpliría el propósito de fijar límites en un territorio deshabitado pero nos daría un contorno agreste y nos privaría de un puerto sobre el Golfo de California. Cualquiera alteración considerable implicaría un camino en la suma a pagar. Confiamos esto a su discreción, la que, sin embargo, tomará en cuenta las propuestas antes presentadas.

Se cree que la actual situación de México no permitiría una negociación si ésta se dilatase más, por eso no se ha creído conveniente complicarla con otros asuntos fuera del cambio de frontera y las reclamaciones recíprocas que se han suscitado por el Tratado de Paz y Límites.

En caso de que haya la perspectiva de concluir un tratado a corto plazo, el señor Ward permanecerá en ese país el tiempo necesario para traerlo a Estados Unidos.

William L. Marcy

ANEXOS AL MEMORÁNDUM QUE EL SEÑOR CHRISTOPHER L.  
WARD, CORREO ESPECIAL, DEBE COMUNICAR A JAMES  
GADSDEN, MINISTRO DE ESTADOS UNIDOS

Número 1. —De un punto sobre el Golfo de México a la mitad del camino entre Boquillas Cerradas y la Barra de Santander hacia el oeste, a través de la sierra que separa las aguas que van a dar al río San Fernando de aquellas que desembocan en el río Santander hasta la cordillera de la costa; de ahí torciendo a través de esa cordillera sobre la parte sur del Paso de Linares y a lo largo de las cumbres que rodean las llanuras desérticas de Durango a un punto al sur de los lagos de Álamo y Sarras. De ahí por la zona montañosa de la parte sur de los mencionados lagos siguiendo la sierra principal que divide las aguas que desembocan en el río Conchos y el río Salinas hacia la sierra contigua al río Bravo. De ahí siguiendo dicha sierra y a través del río Conchos hasta el paralelo de San Elisario y de ese lugar occidentalmente, pasando sobre la parte sur de la laguna de Guzmán, a lo largo de la cordillera o de la parte media de las llanuras que separan las aguas que desembocan en el Golfo de California de aquellas que desembocan en los ríos Bravo y Gila hasta que la frontera así trazada alcance el meridiano de 111° de longitud de Greenwich y, de ahí, directamente, hasta el Golfo de California a 31° de latitud norte. De ese punto, hacia abajo, a la mitad del mencionado Golfo hasta su extremo sur y, rodeando la parte más meridional del Cabo de la Baja California, sigue por su costa occidental, incluyendo todas las islas adyacentes hasta el punto de la actual frontera con Estados Unidos.

Esta frontera incluye un área de unas 125,000 millas cuadradas (200,000 Km.<sup>2</sup>).

Número 2. —De un punto sobre el Golfo de México hasta un punto equidistante de los ríos Grande (Bravo) y el San Fernando, hacia el



occidente partiendo por la mitad la llanura que separa las aguas que desembocan en el río Bravo y el río San Fernando hasta que la frontera alcance la cordillera y, de ahí, siguiendo ésta, de tal manera que queden incluidas las aguas que desembocan en el río Bravo, hasta el paso de Los Muertos; de ese punto, siguiendo septentrionalmente la zona montañosa, incluyendo al río Grande (Bravo) hasta un punto sobre dicho río, entre la desembocadura de los ríos Pecos y Presidio del Norte, donde las montañas mencionadas se encuentran con el río Bravo, De ahí, siguiendo dicho río hasta el 31° de latitud norte; desde ese lugar, del cañón del río Grande (Bravo) baja San Elisario siguiendo la sierra contigua al río Bravo hasta el paralelo del presidio San Elisario. De ahí hacia el occidente, pasando por el lado sur del lago Guzmán, siguiendo las montañas y cortando por la mitad a las llanuras que separan a las aguas que desembocan en el Golfo de California de aquellas que desembocan en los ríos Grande (Bravo) y Gila, hasta que la frontera trazada de dicha manera alcance el 111° de longitud oeste de Greenwich. De aquí, directamente al Golfo de California, a 31° de latitud norte. De ese punto sigue hacia el occidente hasta la mitad del Golfo de California. De ahí, subiendo por el centro de ese Golfo y el canal del río Colorado hasta la actual frontera con los Estados Unidos.

Este límite incluye un área de unas 50,000 millas cuadradas (80,000 Km.<sup>2</sup>).

Número 3. —Del cañón del río Grande (Bravo) bajo de Elisario a 31° de latitud norte, siguiendo la sierra contigua hasta el paralelo del presidio San Elisario. De ese punto pasando occidentalmente para el lado sur del Lago Guzmán a lo largo de la zona montañosa o pasando por la mitad de las llanuras que separan a las aguas que desembocan en el Golfo de California de aquellas que desembocan en los ríos Bravo y Gila, hasta que la frontera trazada de esta manera alcance el meridiano 111° de longitud oeste de Greenwich. De ese lugar, directamente al Golfo de California en el 31° de latitud norte. De ese punto, bajando por la mitad de dicho Golfo y rodeando la región más meridional del Cabo de Baja California, siguiendo su costa occidental, incluyendo todas las islas

adyacentes hasta alcanzar el límite actual con los Estados Unidos.

Esta frontera incluye un área de unas 68,000 millas cuadradas (108,800 Km.<sup>2</sup>).

(Número 4). —Del cañón del río Bravo, límite propuesto abajo de San Elisario, a los 31° latitud norte, siguiendo la sierra contigua al río Bravo, hacia el paralelo del presidio San Elisario. De ahí hacia el occidente, atravesando el lado sur de la Laguna de Guzmán, siguiendo las montañas y cortando por la mitad las llanuras que separan las aguas que desembocan en el Golfo de California de las que desembocan en los ríos Grande (Bravo) y Gila, hasta que la frontera así trazada alcance el meridiano 111° de longitud oeste de Greenwich. De ahí, directamente al Golfo de California en 31° de latitud norte. De ese punto, hacia el occidente, a la mitad del Golfo de California; de ahí por el centro de dicho Golfo y el cauce del Colorado a la actual frontera con Estados Unidos.

Este límite incluye un área de unas 18,000 millas cuadradas (30,800 Km.<sup>2</sup>).

DOCUMENTADO ALEGATO MEXICANO SOBRE LOS  
VERDADEROS LÍMITES DE LA MESILLA

México, noviembre 15 de 1853

(Sr. James Gadsden)  
Ministro de Estados Unidos.

México

Después de las diversas notas que el infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores, ha tenido la honra de dirigir a su excelencia el señor Santiago (James) Gadsden, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América, con relación a aquella parte del territorio mexicano conocida con el nombre de La Mesilla, cuando nunca se ha intentado fundar, ni puede fundarse derecho ninguno a él por parte de los Estados Unidos; y cuando aun la simple hipótesis de duda alguna en el particular ha sido a la vez resuelta y repelida por parte de este gobierno, el infrascrito no ha podido ver, sin penosa sorpresa, que al propio tiempo que su excelencia reconoce por extemporáneo, como realmente lo es, el suscitar una discusión controvertiendo los derechos de México a la referida parte de su territorio, vierta en su nota del 30 último, especies que, aunque desnudas de todo fundamento, obligan al infrascrito a rechazarlas, juntamente con la conclusión que de ellas pretende deducirse, para que no se entiendan en caso alguno comprometidos esos mismos derechos.

Aquellas especies son: 1° —Que por poderosas que sean las autoridades en que se apoya México, el hecho del cual se dio temprano aviso, es que los Estados Unidos nunca han reconocido el límite, cual se dio parte de haber sido fijado; y eso por razones bien sostenidas por la

letra y el espíritu del instrumento que exigió que una comisión mixta lo fijara y definiese. 2° —Que el infrascrito ha dado la seguridad oficial de que no se meditará ni intentará una ocupación militar por México en aquella parte de su territorio.

El infrascrito debe respetuosamente decir, que sólo porque ve escritas esas proposiciones, ha podido persuadirse de que pudieran asentarse, puesto que no sólo no se hallan sostenidas por los hechos, sino que son diametralmente contrarias a ellos; y así, cumpliendo con la obligación que se le impone de rectificarlas, tiene la honra de hacerlo, manifestando respecto de la primera: que los límites divisorios de ambas repúblicas, demarcados por las personas encargadas de hacerlo, fueron reconocidos y sancionados por los Estados Unidos lo mismo que por México, cuando firmaron y ratificaron el Tratado de Guadalupe, que los estableció; que una vez así reconocidos y fijados por él, no necesitan ninguna sanción posterior de una ni otra parte, puesto que según el mismo pacto, el resultado convenido por ellas se tendría por parte de dicho Tratado y tendría la misma fuerza que si estuviera inserto en él; por cuyo motivo se excluyó no sólo la revisión, sino aun la sanción posterior, que de antemano quedaba de ese modo concedida; en lo cual los Estados Unidos como México, no hicieron más que ceñirse a lo que acostumbran y han practicado, por razones muy obvias, todas las demás naciones en todos los tratados de límites de que el infrascrito tiene conocimiento.

Consiguientemente, no sólo no se requiere, sino que está expresamente excluido tal posterior reconocimiento o aprobación por una ni otra parte, bastando para la perfecta y legal consumación de esa cláusula del tratado, el acto de haberse demarcado los límites, como ya se ha hecho, por los encargados de ambos países. Y es de tal modo claro y evidente el tenor del Tratado en esta parte, que esos encargados, de mutuo acuerdo, han procedido en sus operaciones, y que ha sido una sola y una misma inteligencia dada a él por los gobiernos de ambos países, de conformidad con el uso de las naciones cultas. No es, por tanto, permitido ni a una ni a otra calificar actos consumados a cuyo conocimiento renuncian; pero, si lo fuese, el infrascrito podría comprobar hechos enlazados con este mismo asunto, que harían un singular

contraste con las insinuaciones del excelentísimo señor Gadsden y que, pondrían de manifiesto hasta donde se ha extendido el desprendimiento de México con nuevos sacrificios, en homenaje a la fe, los tratados y al respeto que merece la paz entre dos pueblos.

Pero accidentalmente ha sucedido, que para mayor abundamiento, la validez y fuerza obligatoria de los trabajos de límites ya practicados, han sido reconocidas y declaradas oficialmente a este gobierno por el Ejecutivo de los Estados Unidos en notas de los honorables señores Webster y Stuart, secretarios de Estado y del Interior, de 16 y 11 de febrero del año próximo pasado. No habiendo concurrido durante cinco meses el agrimensor titulado de la comisión norteamericana, hacía sus veces el teniente Whipple; y aunque para México era bastante que con tal carácter le hubiese sido dado a reconocer, para evitar hasta la posibilidad de que en tiempo alguno en lo futuro pudiera pretenderse siquiera el suscitar cuestión alguna con el motivo dicho, dirigió, por medio de su legación, la nota correspondiente sobre ese y otros puntos al departamento de Estado de los Estados Unidos, fijado ya el punto inicial del límite meridional de Nuevo México, como solemnemente lo fue el día 24 de abril de 1851, según el acta firmada por los miembros de ambas comisiones, o sea de la comisión mixta, comunicada por el señor comisario de la de los Estados Unidos a su gobierno en mayo del propio año. Dicho departamento contestó aquella nota con la suya antes citada, acompañando copia de la del señor secretario del Interior, concebida en los términos siguientes en la parte relativa: “Con referencia al nombramiento del teniente Whipple de agrimensor *ad interim* a que alude el señor de la Vega, advertiré que este nombramiento fue necesario a consecuencia de la grave y penosa enfermedad del agrimensor señor A. B. Gray. El teniente Whipple fue reconocido por este gobierno como agrimensor *ad interim* y sus actos oficiales con tal carácter, según las órdenes de este departamento al señor Gray, han de considerarse como obligatorias respecto del último funcionario, a quien se le previno que autorizara con su firma todos los documentos que necesitaran ese requisito”.

No puede darse una declaración mas explícita, ni más terminante

de la validez y fuerza obligatoria de los trabajos practicados por la Comisión de Límites, ni comunicarse de una manera más solemne y más formal por el gobierno de una nación al de otra y, sin embargo, ella fue ratificada con nuevos actos y nuevas declaraciones oficiales, como aparecerá siguiendo la cadena de los incidentes ocurridos en este grave negocio.

Por razones verdaderamente incomprensibles en los usos y buenas relaciones de dos pueblos, al decretar el Congreso General de los Estados Unidos los fondos necesarios para la lista civil y diplomática de los mismos para el año económico que terminó en fin de junio del presente, lo hizo en lo relativo a los de la Comisión de Límites en los términos siguientes: “Para recorrer y demarcar la línea divisoria entre los Estados Unidos y México, con arreglo al Tratado de Guadalupe Hidalgo, \$ 120,000 con la condición de que no se empleen ni se invierta parte alguna de esta suma, hasta que satisfactoriamente se acredite al Presidente de los Estados Unidos que el límite meridional de Nuevo México no se ha establecido por el comisario y agrimensor de los mismos Estados más al norte del pueblo llamado Paso, de lo que está en el mapa de Disturnell, agregado al Tratado”.

Tan inesperada disposición, que anula ese Tratado arrogándose el derecho a que ambas partes renunciaron, de revisar el resultado convenido por las personas encargadas de demarcar los límites, cuyo resultado se tendría por parte de dicho Tratado y tendría la misma fuerza que si estuviera inserto en él; esa disposición que lo infringía también anulando el mismo resultado convenido 16 meses antes por esa Comisión de Límites; y que anulaba, por último, la declaración oficial nuevamente dada a México sobre su validez por el Poder Ejecutivo de los Estados Unidos, dio lugar al acuerdo del excelentísimo señor presidente de los mismos Estados, de 13 de octubre del año pasado, mandando suspender los trabajos de aquella Comisión.

En los archivos de la legación que es hoy a cargo del excelentísimo señor Gadsden, encontrará su excelencia la nota que en 12 de noviembre del año anterior se dirigió por ella a este ministerio, “comunicándole por orden de su gobierno una dificultad que

inesperadamente se había suscitado en la ejecución del artículo de que se trata, con motivo de la condición que se creyó oportuno agregar a la ley de presupuestos y que, según la interpretación que el Presidente de los Estados Unidos se había visto obligado a darle, le forzaba a suspender, por el presente, los trabajos. Que el gobierno de los Estados Unidos consideraba que aquella explicación era debida al de México y, de conformidad, previno a su ministro le expresara su sentimiento por la suspensión temporal del repetido reconocimiento y por cualquiera inconveniente que pudiera resultarle y que, al propio tiempo, le asegurase que se continuarían los trabajos tan pronto como fuese posible”.

No comentará el infrascrito esa nota, porque creería desvirtuarla cuando habla por sí misma; pero ella, como se ve, es el segundo reconocimiento oficial que se hace de la validez y fuerza obligatoria de los trabajos practicados y consumados por la Comisión de Límites que, como resultado convenido por ella, forma parte del Tratado y tiene la misma fuerza que si estuviera inserto en él; y esa nota es, en suma, la satisfacción y la seguridad que la equidad del gobierno de los Estados Unidos daba a un gobierno amigo, por un agravio que no habla merecido.

Dicha nota fue dirigida a este ministerio en cumplimiento del precitado acuerdo de 13 de octubre del año último del señor Presidente de los Estados Unidos, oído el informe del departamento del Interior. Por él reconoció el gobierno de los Estados Unidos que el límite meridional de Nuevo México se había establecido ya; que lo fue más al norte del pueblo llamado Paso, de lo que está en el mapa de Disturnell; y que lo fue por el comisario y el agrimensor de los Estados Unidos.

Examinar las causales que se alegaron con motivo de este asunto, contrarias no sólo al derecho de gentes y al convencional, sino a la justicia, a la equidad y aun a la simple razón, no toca al infrascrito, porque ellas no son el punto que se debate ni puede debatirse y porque, con un acierto que no podría superar, se le ha dispensado del trabajo de hacerlo. Pero, suponiendo a esas causales toda la solidez y fuerza de que totalmente carecen, el infrascrito dirá que, con presencia de todas ellas, se han dado a México por el Ejecutivo de los Estados Unidos las seguridades que quedan expresadas; que con presencia de esas causales y

del mensaje de diciembre último del Ejecutivo de los Estados Unidos, que en el documento anexo relativo manifiesta la identidad de sus principios con los del gobierno de México en el punto de que se trata, y con presencia de su acuerdo de 13 de octubre el Congreso General de los Estados Unidos ha calificado ya lo que son y lo que valen esas causales, derogando la condición impuesta a la ley de presupuestos y proveyendo los fondos necesarios para la continuación de los trabajos; haciendo así honor a los pactos celebrados por dichos Estados y a las declaraciones oficiales hechas a su nombre, como no podía menos de hacerlo la justicia y dignidad de aquel respetable cuerpo.

Resumiendo el infrascrito, por orden de fechas los hechos que deja consignados, resulta:

Que el punto inicial del límite meridional de Nuevo México fue fijado por las comisiones de ambos países el día 24 de abril de 1851;

Que fue notificado al gobierno de los Estados Unidos por su comisario en mayo del propio año;

Que en enero de 1852, después de aquella notificación, fue pedida por México la ratificación de los actos de los funcionarios norteamericanos;

Que en febrero del mismo año se declaró por el Ejecutivo de los Estados Unidos la fuerza obligatoria de ellos;

Que en 31 de agosto se dictó la ley que contenía la condición que obligó en 13 de octubre a mandar suspender esos trabajos;

Que en 12 de noviembre se hizo una explicación a México por esa suspensión a nombre del gobierno de los Estados Unidos, expresándole su sentimiento por ella; y dándole la seguridad de que se continuarían aquéllos.

Y, finalmente, que de conformidad con esa seguridad, se derogó aquella condición y continuaron desde entonces sin notificación ninguna hecha a México que pudiera afectarlos, como no podía hacérsele, sin contravenir a las anteriores ya citadas y al Tratado; quedando así, por tercera vez, reconocidos.

Tales son, pues, en resumen, los actos y documentos oficiales referentes a esos trabajos; y si bien se deja comprender que México no



está ligado por las disposiciones económico-interiores de los Estados Unidos, que cualesquiera que ellas sean, no pueden en derecho alterar los que le aseguran sus tratados con aquella República; si bien se deja igualmente entender, que no reconoce otra ley que esos mismos tratados, según los cuales el resultado de los trabajos practicados por la Comisión de Límites es parte de dicho Tratado con la misma fuerza que si estuviera inserto en él; el infrascrito ha querido consignar de este modo todo lo ocurrido en el asunto; de que resulta que los Estados Unidos han dado a esa cláusula de aquel convenio, la misma inteligencia que tiene y que le ha dado México; que la validez y fuerza obligatoria de los actos practicados en virtud de ella, han sido reconocidas y declaradas oficialmente a México por aquel gobierno y, consiguientemente, que ha sido reconocida y declarada por ellos la validez y fuerza obligatoria del límite cual se dio parte de haber sido fijado por la Comisión mixta encargada de hacerlo.

Esto supuesto, cuando en 11 de junio último, es decir, dos años y dos meses después de demarcado el límite de que se trata, y un año y cuatro meses después de declararse oficialmente a este gobierno por los Estados Unidos que se reconocía la validez y fuerza obligatoria de esos actos, se alegaron no derechos, sino una simple duda sobre si el Valle de La Mesilla pertenecía a Nuevo México a la fecha del Tratado de Guadalupe, además de haberse satisfecho esa duda con referencia al irrefragable testimonio que ministran documentos auténticos y la pública notoriedad del hecho contrario, se repelió por México, como infundada y porque, aun cuando no la hubiera sido, no podía surtir efecto alguno retroactivo, según las estipulaciones pactadas entre ambos países, sin que haya intentado probarse lo contrario. En consecuencia, el excelentísimo señor Gadsden convendrá en que, sin violar el Tratado, sin desconocer la fe tan solemne como reiteradamente empeñada por su gobierno y sin destruir hechos que materialmente se han consumado ya, no pueden ponerse en duda los derechos de México a la repetida parte de su territorio.

Por las mismas causas que el infrascrito respeta y sostiene, nunca tampoco ha dado ni podido dar la seguridad de que no se meditará ni

intentará la ocupación militar de ella por México; cuya proposición constituye la segunda que su excelencia asienta, y que no es menos infundada que la primera. El infrascrito se debe, a sí mismo, decir que no comprende cómo a cláusula alguna de sus dichas notas sobre este importante asunto ha podido darse una inteligencia tan absolutamente contraria al contenido de todas ellas y, por lo mismo, atribuyéndola como debe, a una mala traducción, pide que debidamente se rectifique. El Valle de La Mesilla está y ha estado sin interrupción alguna bajo la potestad civil y militar de México, de hecho y de derecho y el que suscribe ha dicho, en resumen, y de nuevo se ve obligado a repetirlo, que en la confianza que inspira el buen derecho y en la que merecen la lealtad de los Estados Unidos y las seguridades que han dado a México, este gobierno lejos de cubrir su frontera, ha mandado retirar las fuerzas que se dirigían a La Mesilla, para no dar ocasión a diferencia alguna entre las tropas de ambos países y para que ni remotamente se interpretaran esos movimientos en un sentido desfavorable; pero que a la vez repele y no reconoce otros derechos sobre su expresado territorio, que los suyos propios y, consiguientemente, que usa y usará de ellos en toda su plenitud y extensión, de la misma manera que hasta hoy lo ha hecho, fundado en las razones y principios tantas veces repetidos.

Sentados, pues, de ese modo, si al decir el excelentísimo señor Gadsden que los Estados Unidos procederán como la necesidad o la política les obligue, la mente de su excelencia ha sido la de significar el derecho que tienen para observar con México la política que tengan a bien, como pudieran hacerlo respecto de otra cualquiera Nación, abstracción hecha del asunto que motiva esta nota, nada replicará el infrascrito, por ser ajeno de ella; pero, de lo contrario, es de su deber decir que México se vería forzado a considerarla como a una infracción del Tratado, como una violación de sus compromisos y como un acto de violencia no autorizado.

Muy distante, sin embargo, de suponer que llegue semejante caso, este gobierno se lisonjea, por las palabras mismas de la última nota del excelentísimo señor Gadsden y de sus anteriores y por la justificación del gobierno que dignamente representa, que nunca tendrá lugar diferencia

alguna que pueda turbar las buenas relaciones que unen a ambos países, y que México desea se hagan cada día más íntimas y fructuosas.

El infrascrito se vale de la oportunidad para ofrecer a su excelencia las nuevas seguridades de su muy distinguida consideración.

Manuel Díez de Bonilla

## GADSDEN RECTIFICA OPINIONES DE SANTA ANNA

México, noviembre 21 de 1858

Al Excmo. señor Presidente de México  
(Gral. Antonio López de Santa Anna)

El infrascrito, con profunda consideración y respeto a su excelencia el señor Presidente, se siente muy embarazado de la conversación que hace pocos días sobrevino respecto al asunto anejo y enfadado del derecho de vía en el Istmo de Tehuantepec y las impresiones falsas que tenía su excelencia sobre el dicho “que la concesión a Sloo, y la convención hecha por el señor Conkling fue de la instancia y aprobación de los Estados Unidos”. No se les habían dado ni a los empresarios ni al ministro de los Estados citados, facultades para reconocerlo o legalizarlo por una concesión grata o por una sustitución de la de Garay, la cual el gobierno de Washington anteriormente acogió y de reiterados esfuerzos usó para que se corroborase a los pretendientes americanos.

Decir que el partido whig lo principió y el democrático de nuevo lo resucita, es dar (a) entender el empeño de los Estados Unidos en esta empresa.

Por cuanto, las vicisitudes del gobierno de México y aplicaciones sin autorización al del señor Cevallos les engañaron cortésmente ofrecer un arreglo de esa cuestión a los Estados Unidos; y por cuanto ni aprueban ni admiten ellos la sustitución por la concesión original, de que salió la disputa; sumamente afortunado es, que su excelencia el Presidente en esta crisis se ha llamado por todas partes presidir a la nacionalidad de México.

Su excelencia, pronosticando de previsión bien conocida el provecho inmenso de la comunicación interoceánica del Tehuantepec

había encargado a una compañía competente el poder adecuado para llevarlo al cabo; alentado de este modo al momento de seguirlo con esperanza de suceso se halló impedido.

Por tanto, su excelencia debe congratularse de la ocasión de verificar un monumento tan noble, así estableciendo la confianza de la Nación, cuyo destino se queda en manos de su excelencia.

Refiriéndose el infrascrito a ese asunto de la conferencia anterior, se encuentra constreñido (a) presentarlo a la reflexión de su excelencia porque en el ajustamiento meditado fue de momento, no incluir solamente una, sino todas las materias de discordia entre los dos gobiernos.

Por esto lo juzga propio el infrascrito dirigirle esta breve nota para que se prepare su excelencia considerar el del Tehuantepec, sobre demás asuntos del interés público, que adjuntos con los mapas, el infrascrito tendrá la honra de proponerle (el) miércoles 23 del actual.

El infrascrito se vale de la ocasión (para) trasmitir al excelentísimo señor Presidente los agradecimientos debidos para la bondad manifestada al señor Wilson, además, deseando que el señor referido en ensayar la obra, le hará la justicia que merece el tema elevado y eminente a que va a meter la pluma.

El infrascrito tiene el honor de reiterar al excelentísimo señor Presidente las seguridades de su muy distinguida consideración.

James Gadsden

GADSDEN, DIALÉCTICO INSISTE EN LA MODIFICACIÓN  
DE LA FRONTERA

México, noviembre 29 de 1853

Sr. Manuel Diez de Bonilla  
Ministro de Relaciones Exteriores de México

El infrascrito, enviado y ministro de Estados Unidos de América, después de una dilación de varios meses en responder a las proposiciones para el arreglo de las desavenencias existentes entre ambas repúblicas, con agradecimiento, aunque contrariado en cierto grado, ha sido informado que su excelencia estará preparado dentro de unos días más para nombrar a los Comisionados, con plenos poderes para ajustar las relaciones amistosas entre los países sobre una de las cinco proposiciones, con mapas explicativos, que han sido sometidas al Supremo Gobierno de México.

El infrascrito tiene, sin embargo, que expresar su profunda pena, en consideración a una política que fue más fuertemente recomendada a los Estados Unidos Mexicanos que a los de Norteamérica a los cuales representa. La proposición número uno, que define una línea fronteriza natural impuesta por sus montañas y desiertos y que podría fijar permanentemente todos los asuntos relativos a la frontera que actualmente existen o que pudieran presentarse en el futuro, no han sido acordados como base de las negociaciones que ahora se consumarán. Transacciones recientes en contra, que su excelencia objetó en repetidas ocasiones anticipadamente con justicia y que el gobierno de Estados Unidos, con toda solicitud y vigilancia de sus autoridades públicas, no ha podido detener eficazmente; no se puede prever si su emisión fue instigada tanto por los ciudadanos estadounidenses como por individuos

de todas las naciones, que, embarcados en California fueron erróneamente registrados como ciudadanos de un gobierno vecino. En este momento, ellos pueden haber tomado posesión de uno o más de los estados de esta República que se encuentran descontentos o que fueron, si no sojuzgados, sí derrotados temporalmente. Se esperaba que estos incidentes, tantas veces pronosticados y sin habilidad para prevenirlos, hubieran despertado en el Supremo Gobierno de México un espíritu tanto interno como externo para obstruir o retrasar tales incidentes reconociendo, tan sólo, esa política armoniosa por la cual el gobierno de Estados Unidos, aunque un tanto reticente, estaba dispuesto a asumir las responsabilidades que se suscitaban. Cauteloso, si no prevenido por los sucesos ocurridos con anterioridad relativos a un adelanto público, que se ve impulsado por la brillantez y progreso de la época y que obtiene fuerza de la oposición, el infrascrito confía plenamente en verse correspondido con un deseo o política similares de parte del gobierno Supremo de México, para armonizar y conciliar lo que no debiera ser desviado, frenado o desbaratado. Cualesquiera que sean las influencias que tenga una política así recomendada y calculada, para hacer a un lado y para siempre todas las causas de fricción con referencia a la frontera, estimulada por los ciudadanos de ambos países. El espíritu de engrandecimiento no ha tenido motivo alguno para instigar proposiciones, transfiriendo grandes responsabilidades gubernamentales que Estados Unidos evitaría gustoso, pero que fueron presentados en una forma amistosa, esperándose que así obtendría una respuesta cordial de la otra parte.

Desconfiar de un vecino o sospechar los ocultos deseos de éste para obtener un engrandecimiento territorial basándose en una política engañosa que aconseja con energía la aprobada extensión de dominio a un límite natural y bien definido entre dos Estados vecinos, es motivo diplomático para impedir lo que el destino infalible ha hecho inevitable. Aceptar la ayuda de otras potencias o buscar su cooperación —ya que hay justas razones para creer que así se ha hecho—, reprimir los irregulares designios de individuos extranjeros, porque los estadounidenses, de acuerdo con los ciudadanos mexicanos de los

estados fronterizos, se inclinan día a día, hacia una República más hacia el norte, mostrarán solamente sentimientos alentadores a aquellos quienes justifiquen ante el mundo las agresiones denunciadas y seducidos por la invitación de hermanos quienes, reclamando la favorecida tierra prometida, están dispuestos a compartirla con otros.

La premura con que fue otorgado a intereses británicos un decreto concediéndoles, por tiempo ilimitado, la construcción de un ferrocarril; las ofertas más propicias de ciudadanos de todas las naciones, que tenían interés en embarcarse en dicha empresa; los requisitos a esa comisión, que demuestra la influencia extranjera que excluye —después de haber sido invitados—, toda participación de ciudadanos estadounidenses; los ansiosos esfuerzos para transferir las concesiones, hechas a A. G. Sloo y socios, a control británico, dándole el aspecto de que esta concesión fue hecha por cortesía del Gobierno Supremo de México en sustitución del de Elder a Garay; el hecho de que el repudio a éste último no fue decretado hasta que la propiedad estaba en manos de ciudadanos estadounidenses y después de que el ministro británico se rehusó a sostener y proteger la empresa cuando se encontraba bajo control de un súbdito británico, indican los móviles adversos a los intereses estadounidenses y, más aun, calculados más para estimular el deseo de posesión y mejoramiento, que para rechazar un espíritu de aventura que parece estar tan desprestigiado e invocar la ayuda extranjera.

Los elementos estimulantes de la estructura política del gobierno de los Estados Unidos son populares.

Las irregularidades y lamentables expediciones salidas de sus costas, ya sean compuesta por sus propios ciudadanos o por aquellos que abusan de la protección que les fue otorgada, que han interferido en la política interna y en el manejo de otros países, nunca serán respetadas ni contarán con el apoyo gubernamental a menos que esos arriesgados aventureros, bajo su propia responsabilidad, estén de acuerdo con el espíritu de la época y con las leyes instituidas que regulan y rigen su país. Ese espíritu, aunque errático e impaciente, sólo precipita los hechos por venir. La inclinación en el este no debe ser frenada ni sojuzgada por una resistencia imprudente e ineficaz de la cual solo se deriva un estímulo



adicional hacia una política conciliadora y legítima más adecuada.

El gobierno de Estados Unidos, previendo con sabiduría, preferiría de antemano y a cualquier costo, los medios pacíficos y legales, anticipando resultados inevitables a aquellos que pudieran forzarlo a procedimientos irregulares e ilegales de individuos impacientes y apasionados. Estos últimos se encuentran en conflicto con la ley y es la obligación de todas las naciones, por interés propio, conservar el interés y orden nacionales, tanto dentro como fuera del país.

Los tratados son los estatutos supremos entre las naciones y la prudente visión de un hombre de Estado debe prevenir los ataques en vez de tener necesidad de someterse a ellos. De acuerdo con el proceso y la política con que se hacen las leyes, aquellos que la violan pueden forzar a un país a una insubordinación que ningún poder ha podido contrarrestar.

Recientemente hemos presenciado una advertencia instructiva en una de las islas Antillanas, el destino de la mal aconsejada expedición de López, quien se encontró —además de los inhumanos castigos impuestos a las víctimas— con muy poca simpatía en la República del norte. La anexión de Cuba, motivo de oposición por parte de una cuarta parte de la Unión Americana, mientras que otra parte de igual magnitud demostró indiferencia —esta última suponía ser la más favorable— se ha convertido en el sentimiento primordial de la Unión, estimulado por los intentos extranjeros para influir adversamente a los consejeros españoles y para intervenir en la política de la isla. Estas sospechas han estimulado a tal grado al pueblo, de Estados Unidos para anexar a Cuba como un estado más de la Confederación, que el ministro británico en Washington ha encontrado la ocasión propicia para desaprobar cualquier intento de interferencia por parte de su ilustrada Reina a quien él representa con gran habilidad y cortesía. El talentoso Primer Ministro de Gran Bretaña quien, con una sagacidad ilimitada, se beneficia con las tendencias de la época, sería el primero en reprobar un intento de intervención en las relaciones de dos contiguas repúblicas de Norte América y, particularmente, en una ocasión en que el empeño sincero de ambos países invoca una reconciliación basada en la confianza mutua y la vecindad fraternal de acuerdo con la delimitación fronteriza. El

infrascrito, de acuerdo con la sinceridad de este espíritu amistoso, desea reunirse con los comisionados de los Estados Unidos Mexicanos, estando seguro de que una respuesta adecuada de su parte, puede asegurar la consumación favorable de las negociaciones que están por efectuarse.

El infrascrito ha abrigado la esperanza de que el Supremo Gobierno de México, influido e impresionado por estos factores, haya captado los motivos y sinceridad que en todo momento ha manifestado Estados Unidos en el arreglo de las relaciones amistosas y de vecindad de las dos hermanas repúblicas de América del Norte, sobre una base tan sólida que no deje abierta para el futuro una repetición de la historia texana en los seis estados fronterizos, incluyendo a California del Sur.

Aunque el infrascrito tiene ahora pocas esperanzas de que el Supremo Gobierno de México cambie su determinación de tratar el problema de límite territorial bajo ninguna otra base que la que abarca la proposición cinco con las líneas marcadas en azul en el mapa número tres, acepta esta selección, no sin declarar sincera y honestamente como la ocasión lo requiere, que ningún otro Tratado sobre esos límites puede probar otra cosa que no sea un recurso temporal para reconciliar las diferencias existentes mientras que las causas molestas de una probable línea divisoria permanecen intactas.

Los disturbios causados por los indios y forajidos en la frontera mexicana y las incursiones extranjeras continuarán, se multiplicarán las depredaciones y alarmas. La dispersa población mexicana, incapaz de protegerse a sí misma y sin contar con la colaboración de los emigrados que una política errónea prohíbe, ayudará a incrementar el descontento y cada estado, en cualquier ocasión favorable, adoptará la nacionalidad a la cual, en un pasado, rindieron tributo, buscando nuevas alianzas con el vecino del norte que diariamente ofrece atractivos naturales y políticos.

Por lo tanto, de acuerdo con la invitación de su excelencia para conferenciar con una comisión sobre bases ya aceptadas de ajuste, considera que sería tan apropiado como conveniente presentar con anterioridad los puntos de desacuerdo que existen para su arreglo. Estos tienen su origen en las malas interpretaciones que se han hecho de los artículos 5°, 6° y 11° del Tratado de Guadalupe Hidalgo que, repudiando

con justicia, como lo ha hecho Estados Unidos, las demandas de indemnización por parte de ciudadanos mexicanos que amparados en el artículo 11° han sido objetadas con razón por Estados Unidos, anulan el artículo 6° y definen erróneamente el artículo 5°, se ha propuesto hacer una reconciliación de todos estos malentendidos, cobijándose en el espíritu e intención del artículo 21° que abolirá el artículo 11° y extenderá los límites fronterizos, para abarcar así, todos los objetivos que se propusieron y que, con buena fe, fueron propuestos por Estados Unidos y se incorporaron a las disposiciones de los artículos 5° y 6°.

Su excelencia difícilmente podrá sostener que el derecho de paso para un ferrocarril o camino militar, que se concede en el artículo 6° puede anularse, de acuerdo con su espíritu, a malograrse a causa de una restricción, que seguramente fue sin intento, que destruya lo que ya había sido concedido a Estados Unidos, o que una línea fronteriza ya definida en el artículo 5° fuera restringida o disminuida por una decisión de una de las partes en una forma no reconocida ni sancionada por lo previsto en el Tratado, para determinar y verificar la línea convenida como la definitiva y aprobada por la parte contraria.

Las otras desavenencias se encuentran en las reclamaciones personales de los ciudadanos estadounidenses y es necesario e importante arreglarlas y ajustarlas junto con las diferencias originadas por el Tratado de Guadalupe. Sobresale entre éstas, el derecho de paso en Tehuantepec que fue concedido por lo que se conoce como la concesión Grant que fue legítimamente transferida a ciudadanos estadounidenses y reconocidos como una parte del Tratado de Guadalupe, cuando el comisionado de Estados Unidos propuso incluir, en las negociaciones pendientes y como compensación adecuada, este derecho de paso. Confiando en la buena fe de las declaraciones hechas entonces por los comisionados mexicanos y teniendo interés en proteger legalmente dicha concesión que fue transferida a los ciudadanos estadounidenses, poco después fue manifestado a la parte gubernamental que debía darles protección.

Con este motivo, se convocó una convención entre los dos gobiernos contando con la buena fe de parte del que yo represento, pero, sin motivo o justificación, fue después repudiado por el gobierno que

existía entonces en México.

Como la convención hecha subsecuentemente por el señor Conkling, en la que se reconocía la concesión al señor Sloo y asociados, fue hecha sin autorización y no reconocida por el Presidente de Estados Unidos está por transferirse a intereses británicos, no puede ni será tomada en sustitución de la de Garay, cuya propiedad permanece aún en manos de ciudadanos estadounidenses, los intereses de Estados Unidos con referencia a esta concesión permanecen intactos, por lo que se espera que la concesión sea justamente confirmada a los apoderados estadounidenses bajo la de Garay, para que a esta noble empresa, originada y proyectada por el Presidente, le sea permitido efectuarse bajo los primeros auspicios, como monumento al espíritu patriótico y para alcanzar la sagacidad que en un principio fue concebida.

Junto con esto, existen reclamaciones privadas, que no han sido aún ajustadas, de ciudadanos estadounidenses que suman una cantidad considerable y que se han originado desde el Tratado de Guadalupe y que, por primera vez, no están puestas a consideración del Supremo Gobierno de México. Se propone que estos desacuerdos originados por los tres artículos del Tratado de Guadalupe, que ya se han mencionado, sean allanados para una extensión de territorio que se acuerde y por una suma adecuada que se pague, incluyendo la renuncia de todas las obligaciones que contiene el artículo 11°. Que se confirme la concesión Garay a sus actuales propietarios estadounidenses o que se pague una indemnización justa por los daños y pérdidas que esta determinación pueda ocasionar y que a Estados Unidos le sea deducida una suma adecuada para cubrir las reclamaciones que los ciudadanos estadounidenses hagan en contra del gobierno mexicano. Se ha juzgado de importancia para prevenir futuros malentendidos, establecer cuáles serán los puntos de negociación que la comisión tendrá a su cargo, para que así los encargados mexicanos puedan prepararse y disponerse a conferir y ajustar a satisfacción de ambos gobiernos así como al ministro que tendrá la representación de Estados Unidos.

El infrascrito no puede concluir esta nota preliminar sobre los desacuerdos existentes entre ambas repúblicas vecinas, cuyos intereses

deben ser reunidos por lazos aún más fuertes de humanidad, sin repetir la esperanza de que su excelencia reconsidere los cinco puntos que han sido presentados por Estados Unidos para negociarse sobre las bases en una u otra forma, pero principalmente sobre el punto número uno sobre la fuerte e inalterable línea fronteriza que se marca, a color, en el mapa número uno, como único límite de demarcación entre las dos Repúblicas de Norte América, que no solamente conciliarán los desacuerdos existentes, sino que harán desaparecer todas las causas de futuras divisiones. Un límite, que de manera más efectiva podría detener todo futuro deseo de expansión por parte de todos los ciudadanos oriundos y adoptivos de Estados Unidos y que recibirán de México tales estados que se deseen transferir a otra jurisdicción y los cuales actualmente sólo son una carga y motivo de gastos para México, y los cuales impondrán todas las responsabilidades gubernamentales sobre Estados Unidos, aunados a todos los gastos inherentes a su protección, conservación del orden interior y en los cuales actualmente prevalecen la desolación, depresión y anarquía, que al parecer van en aumento; con lo cual se permitiría a México consolidar su fuerza en los estados más consolidados, populosos y ricos actualmente en su poder, recibiendo así un nuevo impulso en la carrera de su moderno progreso. Las dos grandes y vecinas naciones de amplias capacidades internas, presentarían así un nuevo espectáculo de noble rivalidad y avance incontenible en la ciencia, en las artes e industrias productivas, no obstaculizado por aquellos difíciles feudos que en el pasado interrumpían la tranquilidad vecinal y que del presente podrían continuar dificultándolo, en tanto que los límites naturales que marcan las fronteras apropiadas y perdurables entre ambas naciones, no sean establecidas de una vez para siempre tal y como la naturaleza y una política inteligente parecen definir y aconsejar ampliamente.

Con renovaciones de alta consideración, etc.

James Gadsden  
Ministro de Relaciones Exteriores de Estados Unidos

EL PRESIDENTE SANTA ANNA ACEPTA SE DISCUTA LA  
PROPUESTA DE GADSDEN

México, noviembre 30 de 1853

Sr. James Gadsden  
Ministro de Estados Unidos en México

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores, tiene el honor de dirigirse a su excelencia el señor James Gadsden, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos de América, para informarle que su excelencia, el Presidente de la República, ha tornado en consideración la urgente petición que le fuera dirigida por su excelencia, relativa a la superficie territorial que Estados Unidos necesita para la construcción de un ferrocarril en la frontera norte.

El Presidente está deseoso de atender esta petición en cuanto sea compatible con la seguridad, independencia, intereses y derechos de México. Considera, al mismo tiempo, que no es conveniente que un asunto de tal naturaleza sea negociado directamente con su excelencia, por lo cual ha decidido nombrar una comisión integrada por el infrascrito como plenipotenciario *ad-hoc*, por los señores José Salazar Ilarregui y Mariano Monterde, como expertos y el señor don Lucas de Palacio, como secretario, confiriendo a los tres primeros los poderes necesarios para la negociación y firma del Tratado correspondiente con su excelencia.

Por consiguiente, el infrascrito tiene el honor de informar que, para iniciar los trabajos, sólo espera despachar la correspondencia que saldrá en el paquete inglés el 5 de diciembre próximo; la comisión nombrada estará lista para reunirse con su excelencia en el lugar que se indique, para iniciar las conferencias y poner a su disposición, al mismo tiempo, los puntos de vista de este ministerio, si es que se considera conveniente para los propósitos indicados.

El infrascrito renueva, etc...

Manuel Diez de Bonilla  
Ministro de Relaciones Exteriores de México

## GASDEN ACEPTA INICIAR LAS PLÁTICAS

México, diciembre 2 de 1853

Sr. Manuel Diez de Bonilla  
Ministro de Relaciones Exteriores

El infrascrito, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos, tiene el honor de acusar recibo del despacho de su excelencia fecha 1° de diciembre<sup>10</sup> y de comunicar que por acuerdo de su excelencia, el Presidente, actuará en calidad de comisionado con su excelencia, Manuel Diez de Bonilla, ministro de Relaciones Exteriores y con los señores don José Ilarregui y don Mariano Monterde; don Lucas de Palacio actuará como secretario para conferenciar con el representante de Estados Unidos sobre temas concernientes a la preservación de las relaciones pacíficas entre nuestras dos Repúblicas.

El infrascrito y su secretario, John S. Cripps, tendrán el placer de entrevistarse con la comisión que su excelencia preside, en la fecha que tengan a bien fijar posterior al 5 del corriente y en las oficinas de palacio apropiadas para las conferencias de esta comisión, tal como quedó acordado.

El ministro de Estados Unidos aprovecha esta ocasión para solicitar de los señores comisionados que cargan con la grave responsabilidad de preservar la paz y amistad entre las dos comunidades vecinas, un espíritu que, sobre bases firmes y perdurables, garantice la feliz realización de sus propósitos, de tal modo que no puedan ser perturbados o interrumpidos en el futuro.

---

<sup>10</sup> Seguramente se refiere a la nota del 30 de noviembre que recibió el 1° de diciembre.



Renovando su consideración, etc.

James Gadsden

SANTA ANNA SUEÑA CON LA DICTADURA POR AHORA Y  
EL IMPERIO DESPUÉS

México, 4 de diciembre de 1853

Sr. William L. Marcy  
Secretario de Estado de los Estados Unidos

—Extracto—

Señor:

Ya había yo anticipado a usted lo concerniente a los movimientos hostiles contra México. En toda ocasión, he hecho hincapié en las esferas del Supremo Gobierno en esta capital, de la vigilancia y esfuerzos realizados por el gobierno que represento para impedir todas esas empresas ilegales. En determinada ocasión, proporcioné información al jefe de policía de San Francisco lo que permitió estorbar parcialmente los proyectos de los conspiradores por la aprehensión del Arrow.<sup>11</sup> Si los comandantes de los barcos de guerra hubieran ejercido la misma vigilancia que ejerció el jefe de policía los participantes de la expedición a bordo del Carolina hubieran sido interceptados también. Se dice, sin embargo, que el Carolina fue provista de documentación y bandera mexicanas para escapar de San Francisco.

El grupo que desembarcó, tomó y ocupó por varios días La Paz, capital de la Baja California, ha evacuado ese lugar. No cometieron ningún exceso durante la ocupación y pagaron con largueza los víveres que consumieron.

---

<sup>11</sup> Nombre de un barco.

Desde entonces, se han visto dos embarcaciones sospechosas en Guaymas, quizá sea el Carolina, reforzado por otro más. Si así fuese y la fuerza a bordo la confirma, Sonora estará ahora ocupada por los filibusteros porque, en ese estado, hay una gran simpatía por esa clase de expediciones. El Carolina fue contratado en ese puerto para hacer el servicio que actualmente presta. El ministro de Relaciones Exteriores en esta capital ha sido notificado de todo lo que informo en párrafos anteriores.

Le acompaño a la presente la correspondencia R, que hemos intercambiado con el ministro de Relaciones.

Después de una larga conferencia con su excelencia, el Presidente, se ordenó la reunión de un comité para discutir los desacuerdos existentes entre ambas naciones. Juzgo conveniente, por lo tanto, anticiparme a la notificación de la integración de una comisión, mediante una nota aceptando la invitación para reunirme con dicha comisión y que usted verá en la correspondencia R. Espero aprobará usted, como preámbulo para el inicio de la negociación, el señalamiento de mis desacuerdos y de las razones que han influido la política de Estados Unidos, como base del Tratado el que tendrá que concluirse a pesar de la animadversión de la intervención extranjera.

Me asisten razones para suponer que ha habido interferencias internas en palacio acerca de las relaciones entre ambas repúblicas hermanas y se ha hecho evidente la ansiedad por estimular la desconfianza de México a las instituciones y política de Estados Unidos.

Por lo tanto, consideré conveniente leer al representante del gobierno con quien estuve a punto de tratar, un capítulo del mensaje del Presidente Monroe y profundizar en la política liberal de una época progresista y brillante; me sentí animado a ella por las instrucciones contenidas en correspondencias anteriores Q.<sup>12</sup> Existe cierta predisposición hacia las instituciones y la política que rigen en Estados Unidos, en aquellos que ahora influyen en los grupos dominantes del

---

<sup>12</sup> Probablemente se refiere a las notas del 18 de octubre y 14 de noviembre de 1853, mencionándolas en clave.

Supremo Gobierno que están alentados por ocultas fuerzas extranjeras.

Tenemos muy poco que esperar, tanto de la justicia como de la inteligencia del ministro de Relaciones Exteriores que se encuentra a la cabeza de la comisión nombrada para negociar conmigo; su designación evidencia, en esta crisis, la gran influencia que ejerce sobre el Presidente. Debido a ello temo que la negociación será más prolongada de lo que esperaba, de haber negociado directamente con el Presidente; sin embargo, las conferencias sostenidas con él demuestran hasta ahora, que será posible eliminar los desacuerdos entre ambos países.

Hay que tener paciencia, pues tanto el Presidente como su gabinete, piensan y sueñan solamente con la dictadura, por ahora, y con el Imperio después.

Antes de que esta última se establezca, —se supone que será el 19 de diciembre, seis días después de las fiestas de aniversario y sacramentos a la Virgen de Guadalupe—, se hará la reinstalación de la orden de la Gran Cruz de Guadalupe con 170 Grandes Cruces, aproximadamente, comendadores y caballeros los cuales ya fueron designados en la proclama adjunta del general Manuel María Lombardini; todo esto indica lo que puede sobrevenir.

De usted respetuosamente, etc...

James Gadsden  
Ministro de Estados Unidos en México

NOTAS DE LA CONFERENCIA DIPLOMÁTICA NÚMERO 1,  
SOSTENIDA ENTRE LOS DELEGADOS MEXICANOS  
Y EL MINISTRO GADSDEN

México, 10 de diciembre de 1853

El enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos, general Gadsden, acompañado por el secretario de la legación, se reunió en la oficina de Relaciones Exteriores con la Comisión designada por su excelencia, el Presidente de México. Esta comisión estaba integrada por su excelencia don Manuel Díez de Bonilla, plenipotenciario ad hoc; don José Salazar Ilarregui y el general Mariano Monterde, comisionados científicos revestidos de poder pleno para esta negociación y por el secretario don Lucas de Palacio y Magarola, quienes harían las negociaciones y enmiendas de los términos de un Tratado mediante el cual se ajustarían las propuestas entre las dos repúblicas, para la cesión de una parte de territorio a los Estados Unidos, asegurándose por esta última, lo que debería haber obtenido por medio del Tratado de Guadalupe, es decir, recibir una frontera susceptible a la defensa en contra de los indios como medida de protección de ambos países, así como el derecho de paso de ferrocarriles civiles y militares, por juzgarse medida de igual importancia para los mismos fines y que ya estaba claramente prevista en el artículo 6°. del Tratado de Guadalupe.

Las partes reunidas, presentaron y examinaron sus respectivos poderes. El señor Bonilla observó que, aunque los poderes presentados por el general Gadsden estaban correctos en lo referente a su carácter general y para ejercer sus funciones ministeriales, dudaba aceptarlos por no considerarlos suficientes ya que las negociaciones que estaban por comenzar requerían poderes especiales. El señor Conkling llamó la atención sobre el hecho de que, cuando se efectuó la Convención de

Sloo, él también se encontraba investido de poderes semejantes y, sin embargo, el gobierno de Estados Unidos le había negado la autorización para participar en dicha Convención. El señor Bonilla no aceptó suprimir ni anticiparse a una dificultad semejante. El general Gadsden replicó que el único motivo y objeto de su misión, era arreglar un finiquito de los puntos pendientes entre los dos gobiernos, para lo cual ofreció como prueba la presentación de una carta oficial que le fue dirigida por el departamento de Estado de Washington, en la que se le informaba su designación como ministro ante esta República, precisamente para hacer estas negociaciones. Posteriormente expresó que su gobierno se vería frustrado, por la pérdida de tiempo, si era necesario esperar que llegaran los poderes especiales. El señor Bonilla contestó que estas consideraciones quedarían anuladas si se presentaba una comunicación oficial del general Gadsden, asentando lo antedicho. Bajo este entendimiento, el general Gadsden presentó un proyecto de Tratado y, habiéndose acordado que, tan pronto como el mismo estuviera traducido y estudiado por los comisionados de México, se fijaría una nueva fecha de reunión. La Conferencia terminó.

James Gadsden

Manuel Diez de Bonilla

José Salazar Ilarregui T.

Mariano Monterde

NOTAS DE LA CONFERENCIA DIPLOMÁTICA NÚMERO 2,  
SOSTENIDA ENTRE LOS DELEGADOS MEXICANOS  
Y EL MINISTRO GADSDEN

México, 16 de diciembre de 1853

Por citación, los comisionados nombrados en el informe de la conferencia, por partes separadas, tanto de los Estados Unidos como de México, se reunieron en la oficina de Relaciones Exteriores para continuar la negociación que empezó el día 10 del corriente. Su excelencia don Manuel Diez de Bonilla acusó recibo de una nota oficial del general Gadsden ratificando sus observaciones acerca de la validez de sus poderes.

La discusión se abrió con el punto referente a la línea fronteriza propuesta por el general Gadsden en el artículo 1º del proyecto de Tratado presentado por él, con el propósito de cumplir los objetivos de su gobierno. Las partes, con opiniones ampliamente diferentes, tanto en lo que concierne a la línea de frontera que se proponía, como a la suma que debería pagarse por la cesión de territorio, fundando la diferencia en la extensión de terreno que debería cederse; se llegó a la conclusión que, para evitar cualquier dificultad que pudiera interponerse en este punto, el general Monterde y don José Salazar Illarregui se reunirían en casa del general Gadsden para discutir estos puntos con el comisionado —o apoderado— de los Estados Unidos.

James Gadsden

Manuel Diez de Bonilla

José Salazar Illarregui

T. Mariano Monterde

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO RATIFICA INSTRUCCIONES  
A GADSDEN

Washington, diciembre 22 de 1853

Sr. James Gadsden  
Ministro de Estados Unidos en México

Señor:

En varios despachos ha expresado usted el deseo de recibir nuevas instrucciones en relación con el Tratado a concertarse con México para el arreglo de las dificultades y cuestiones en discusión entre aquél y Estados Unidos. En el mes de octubre salió de ésta para la ciudad de México, el señor C. L. Ward, en calidad de agente autorizado de este gobierno, llevando instrucciones verbales para transmitir a usted sobre los asuntos cuya opinión había solicitado a su gobierno.

Se le encargó pusiera en su conocimiento los puntos de vista de este gobierno referentes al arreglo del problema fronterizo, a cambios de límites y a todas las reclamaciones que los ciudadanos mexicanos hacen a Estados Unidos apoyados en el Tratado de Guadalupe Hidalgo, por una parte y, por la otra todas las reclamaciones de Estados Unidos contra México y sus ciudadanos, derivadas del mismo Tratado. Las sumas de dinero que usted estaba autorizado a ofrecer por los cambios sugeridos en la línea fronteriza eran para cubrir estas reclamaciones de México y sus ciudadanos contra Estados Unidos y las de éste y sus ciudadanos, de acuerdo con el Tratado y sólo debían finiquitarse las concernientes al Tratado.

Existían razones valederas para no entorpecer las negociaciones con otras reclamaciones; la principal es que podrían estorbar y hacer



dilatar un arreglo. Este gobierno solventaría el pago de las reclamaciones para, mediante algún Tratado, exonerar de ellas a México y, en ese caso, sería conveniente disminuir de la cantidad aprobada para una nueva y mejor línea fronteriza, una suma aproximada a la que razonablemente pueden aspirar recibir los reclamantes. Algunas de estas reclamaciones tienen un carácter muy impreciso, por ejemplo la de los propietarios de la concesión Garay. Negándoles México, como lo hace, todo derecho a percibir ninguna compensación, no estará dispuesto a deducir una suma considerable que debe ser pagada por un nuevo territorio que pudiera ceder con el objeto de marcar un mejor límite fronterizo. Al no atender a esta reclamación, Estados Unidos expondrá a este gobierno a una demanda por una suma muy elevada por parte de los apoderados de dicha concesión. Sin existir acuerdo alguno con estos demandantes sobre lo que ellos aceptarían, este gobierno no está dispuesto a asumir el pago mientras no tenga la seguridad de poder obtener el equivalente de México y, si se insiste en una concesión similar, se hará fracasar la negociación.

Las otras reclamaciones, distintas de las que surgieron del Tratado de 2 de febrero de 1848, no son lo suficientemente conocidas como para que este gobierno considere prudente aceptarlas o arriesgar el éxito de la negociación reservando una cantidad que cubra la obligación.

Por estas razones se ha pensado que es mejor no entorpecer las negociaciones relacionadas con una nueva línea fronteriza por la aceptación o el supuesto de otras reclamaciones que no sean las que se derivan de los diferentes artículos del Tratado mencionado.

Queda bien entendido el contenido de su carta confidencial, fecha 20 del presente; el señor Ward lo ha conminado a incluir en las negociaciones sobre límites, el asunto tan debatido de la concesión Garay. Por las razones expuestas se envió al señor Ward no para complicar las negociaciones, sino para informar a usted. Se redactó y se puso en sus manos lo que debía trasmitirle, pero no debió llevar ese escrito a México. En el estado actual de las negociaciones, considero impropio o peligroso extraer de ese escrito lo que se relaciona con las negociaciones para incluirlo en cualquier Tratado que usted pueda concertar.

En el nuevo Tratado figurará un artículo eximiendo a México de todos los daños y perjuicios que Estados Unidos reclama para sí o en nombre de sus ciudadanos, derivados de alguno de los artículos del Tratado de Guadalupe Hidalgo.

En relación con la última de las diversas líneas indicadas, la única que, según usted informa en su último despacho, no tiene ninguna esperanza de lograr, el señor Ward recibió instrucciones de comunicarle lo siguiente:

Aunque sólo se ha hecho un reconocimiento parcial existe una pequeña duda sobre si una línea en el paralelo 720 de latitud daría a Estados Unidos una buena ruta para un ferrocarril del río Grande al Golfo, pero ni una línea desde Frontera o en el paralelo 32° sería un buen límite y si no puede obtenerse ninguno mejor, es importante que con ello se exima a Estados Unidos de las estipulaciones establecidas en el artículo 11° del Tratado de límites existente. Por la eximición de todas las reclamaciones por daños y perjuicios establecidos en dicho Tratado y la eximición del artículo 11° y un límite desde Frontera en el paralelo 320 de latitud, el ministro de Estados Unidos está autorizado a pagar 15'000,000 de dólares. La suma mencionada es el máximo que está autorizado a ofrecer el ministro de Estados Unidos. Si es posible, debe conseguir cada una de las líneas indicadas por una cantidad menor.

Se le ha conferido la necesaria autoridad discrecional para modificar, hasta cierto grado, cada una de estas líneas, sin perder de vista el fin que persigue Estados Unidos al negociar un nuevo límite. Una de las modificaciones posibles la constituye la desviación del meridiano 111 de longitud, con el objeto de pasar por la ruta más corta a la boca del Gila. Con la línea propuesta se garantizaría un límite deshabitado pero daría un trazo difícil y nos privaría de una parte del Golfo de California. Cualquier cambio importante involucra la conveniencia de variar el monto de la remuneración. Esto queda a su discreción, dependiendo, como debe ser, de las ofertas antes especificadas.

Su punto de vista, en relación con el proceder del Presidente de Estados Unidos referente a lo que se llama la concesión Sloo, es correcta. No ha decidido someter al Senado el convenio hecho por su inmediato

predecesor el señor Conkling, y no creo que se haga.

Usted insinúa en su comunicación que sería posible obtener una cantidad considerable de dinero, que el Presidente podría emplear con objeto de facilitar una negociación difícil, pero no es así.

El fondo secreto, bajo control del Presidente, es pequeño. La cantidad destinada anualmente no excede de los 40,000 dólares y la asignación para el presente año fiscal ha sido gastada en parte. Si el Presidente hiciera una solicitud para un gran aumento inmediato, sería necesario explicar al Congreso su empleo detallado. El asunto iría necesariamente a ambas Cámaras y sería objeto de una gran controversia. Sería imposible conservar secreto el fin a que se intenta aplicarlo. Por lo tanto, no puedo prometer que de este modo pueda hacerse algo para facilitar su negociación actual.

Soy de usted, etc.

William L. Marcy  
Secretario de Estado

NOTAS DE LA CONFERENCIA DIPLOMÁTICA NÚMERO 3  
ENTRE LOS DELEGADOS MEXICANOS Y EL MINISTRO  
GADSDEN

Diciembre 22 de 1853

Los comisionados se reunieron en la oficina de Relaciones Exteriores para continuar las negociaciones iniciadas el 10 del presente y que se prolongaron hasta el 16. La discusión fluctuaba todavía sobre la línea fronteriza propuesta por el general Gadsden, quien en la reunión del 16 del presente había planteado en una nota al señor Bonilla la compra de la Baja California. El señor. Bonilla contestó negando tener poder para enajenar esta porción del territorio mexicano, agregando que sus instrucciones lo obligaban a declarar que solamente en vista de la necesidad que Estados Unidos tenía de una porción de territorio, para el camino a construirse, México estaba de acuerdo en no frustrar un proyecto tan beneficioso para Estados Unidos y el mundo entero, y, preservando la paz y el buen entendimiento que existía, aceptaba las proposiciones de Estados Unidos hasta donde fuera compatible con sus intereses, en vista de lo cual presenta la siguiente proposición.

Acatando lo ya establecido en el artículo 5° del Tratado de Guadalupe para las dos Californias, los límites entre las dos Repúblicas continuarían en ese punto en el que la línea corta el río Colorado, siguiendo el centro del canal muy profundo del río hasta un punto distante dos leguas marinas de la parte más al norte del Golfo de California, de allí una línea recta a la intersección de los 31° latitud norte, con los 111° longitud oeste de Greenwich, de allí otra línea recta hasta su cruce con el río Grande o Bravo del Norte en latitud 31° 47' 30", por lo que dichos límites continuarán hacia abajo en el centro del canal más profundo del río hasta donde éste desemboca en el Golfo de México, de

acuerdo con lo que está previsto en el mencionado artículo 5° del Tratado de Guadalupe Hidalgo. El señor Bonilla agregó que formulaba estas proposiciones, en el pleno entendimiento de que el pueblo de Paso del Norte en el departamento de Chihuahua y el Golfo de California íntegro, continuarían estando, como hasta ahora, bajo el dominio de la República Mexicana, como requisito *sine qua non* para la celebración de un tratado. Las partes prolongaron la discusión sosteniendo cada una sus propios puntos de vista y, sin haber llegado a una decisión, determinaron diferir el asunto para la reunión fijada para el día siguiente.

James Gadsden

Manuel Diez de Bonilla

José Salazar Ilarregui

T. Mariano Monterde

NOTAS DE LA CONFERENCIA DIPLOMÁTICA NÚMERO 4  
ENTRE LOS DELEGADOS MEXICANOS Y EL MINISTRO  
GADSDEN

Diciembre 23 de 1853

Por el acuerdo tornado ayer, los comisionados de una y otra parte se reunieron en conferencia para proseguir sus negociaciones.

La discusión fue resumida sobre la parte del proyecto del general Gadsden relativa a la línea fronteriza entre México y Estados Unidos. El general Gadsden preguntó al señor Bonilla cuál era la decisión de México acerca de la proposición hecha por él, a lo que el señor Bonilla contestó que lo que había sido establecido en la conferencia anterior era terminante y definitivo, agregando que con la línea propuesta por él quedaban satisfechas las necesidades de Estados Unidos. El enviado estadounidense observó que se decidiría aceptar ese límite con la condición de que la Laguna de Guzmán quedaría dentro del territorio cedido a Estados Unidos, haciendo que la línea divisoria corriera a una distancia adecuada hacía el sur del Lago, que no tiene ningún valor en sí mismo, pero si la línea divisoria lo atravesara no dejaría lugar para el camino, dado que se había supuesto la necesidad de moverse hacía el sur de dicho Lago, de lo contrario no se lograrían los objetivos de su gobierno, que consistían en alcanzar su frontera más occidental. México aceptó la proposición, quedando establecida en esta forma la línea divisoria entre ambos países.

A continuación el general Gadsden inquirió si en alguna época futura México se opondría a considerar la construcción de un ramal del ferrocarril hasta El Paso. El señor Bonilla replicó que si las condiciones eran aceptables y la soberanía y la jurisdicción del territorio mexicano no se afectaban con esa obra, no sería objetable; pero que esto no podía ser estipulado anticipadamente y que el tiempo decidiría la necesidad de su

ejecución.

El señor Bonilla hizo notar que quedaba entendido que todas las estipulaciones del Tratado de Guadalupe en favor de personas tanto como de propiedades civiles y eclesiásticas, se extendían en forma similar a lo establecido para el territorio en cuestión, pero que solicitaba, además, que todos aquéllos que ahora habitaban dicho territorio quedaran exentos del pago de contribuciones por el término de diez años. El enviado estadounidense observó que no podía conceder esto pues era contrario a las leyes de Estados Unidos y a los derechos de cada estado en particular, que todas las estipulaciones del Tratado de Guadalupe se extendiesen a los ciudadanos y a las propiedades.

El señor Bonilla propuso considerar la cantidad que recibiría México como compensación por la cesión del territorio. El general Gadsden expuso que había sido instruido por su gobierno para ofrecer una sola suma de dinero por los aspectos de la negociación en su conjunto, por lo que sugería que sería mejor ponerse de acuerdo sobre los otros puntos y más adelante volver al asunto de la compensación.

Sobre la forma de establecer la línea, en los puntos que no coinciden con el artículo 5° del Tratado de Guadalupe, el enviado de Estados Unidos observó que algunas dificultades que se habían presentado en el trazado de la línea al discutir el Tratado de Guadalupe debían ser evitadas, sugiriendo el nombramiento de tres funcionarios por cada parte; el señor Bonilla explicó que, a su juicio, el nombramiento de tres funcionarios con iguales facultades e idénticas atribuciones producirían más bien resultados contrarios a los que el ministro estadounidense suponía, mientras que la existencia de un solo comisionado por cada parte aseguraría armonía y rapidez en el trabajo. El enviado estadounidense sugirió que los comisionados nombraran un árbitro o tercera persona en caso de suscitarse algunas diferencias entre ellos; este punto quedó resuelto, porque la comisión mexicana observó que ninguna diferencia podía existir en una mera cuestión de ciencias matemáticas. De esta suerte quedó acordado nombrar un comisionado por cada parte para el establecimiento de la línea divisoria y además que la línea así establecida por acuerdo de los comisionados debería ser

considerada como parte del Tratado, sin necesidad de aprobación ulterior y que dichos comisionados se encontrarían en Paso del Norte tres meses después del canje de las ratificaciones del Tratado, para comenzar sus trabajos.

El señor Bonilla observó, en el curso de la discusión sobre el artículo 2° del proyecto del Tratado presentado por el general Gadsden, que México consintió en la abolición y supresión del artículo 11° del Tratado de Guadalupe por defender la paz y la armonía que nuevamente se habían visto amenazados por las interpretaciones dadas a dicho artículo por una u otra parte, probando que estaban ampliamente compensados por las pérdidas que su gobierno y ciudadanos habían sufrido en el pasado y por las responsabilidades y obligaciones de las cuales Estados Unidos sería relevado en el futuro. El enviado de Estados Unidos replicó explicando que su gobierno había cumplido, tanto como fuera posible, con las estipulaciones de dicho artículo; que nunca admitió la interpretación que México pretendió darle y que, en ningún caso, podía reconocer la obligación de una indemnización por supuestas pérdidas y, aún más, imposibles de discriminar entre pérdidas causadas por incursiones de indios del territorio de Estados Unidos y aquellas causadas por bárbaros dentro de los límites de México.

Una prolongada discusión sobre el mismo tópico hizo que el general Gadsden observara que estaban reproduciendo argumentos que habían sido examinados previamente y que en esa forma no obtendrían ningún resultado, proponiendo, finalmente, que se zanjaran las dificultades, renunciando México a lo estipulado en aquel artículo a cambio de la cantidad que estaba autorizado a pagar por las diversas cuestiones en discusión entre México y Estados Unidos.

El señor Bonilla observó que era lo mismo tratar estos asuntos separadamente o en conjunto, por lo que deseaba establecer que el señor Letcher en 1852 había ofrecido 5'000,000 de dólares, y el señor Conkling 8'000,000 en junio del presente año, por la abolición del artículo 11°, ofertas que México había rehusado por considerarlas insuficientes, hechos que deseaba se tuvieran *in mente*.

El enviado estadounidense dejó establecido que no existía



ninguna prueba de que el juez Conkling hubiese hecho semejante ofrecimiento, sin que pusiera en duda la afirmación del señor Bonilla.

La conferencia continuó algunas horas más y se acordó reanudarla al día siguiente.

James Gadsden

Manuel Diez de Bonilla

José Salazar Ilarregui

T. Mariano Monterde

NOTAS DE LA CONFERENCIA DIPLOMÁTICA NÚMERO 5,  
SOSTENIDA ENTRE LOS DELEGADOS MEXICANOS Y EL  
MINISTRO GADSDEN

Diciembre 24 de 1853

El general Gadsden abrió la conferencia de hoy expresando el deseo de su gobierno, de que se reconozca la llamada concesión Garay, tal como fuera entregada a ciudadanos estadounidenses.

Sólo se trataba de reanudar este asunto incluido en el proyecto de Tratado presentado con anterioridad y de presionar a los comisionados de México, a quienes se había enviado una carta que el señor Bonilla contestó diciendo que, dado que el Congreso de México había declarado formalmente nula e inexistente esta concesión, el gobierno actual no podía reconocerla como válida; que la transferencia era una violación del espíritu y la letra de la misma concesión y, sin el consentimiento de México, que de hecho no lo había solicitado, era ilegal; por los términos de la concesión, los ciudadanos estadounidenses no podían reclamar ningún derecho pues, según sus estipulaciones, no debía cederse a extranjeros; por tanto, repitió que México no podía reconocer esta concesión ni el derecho de que Estados Unidos interviniera en un problema interno y administrativo.

Cuando el plenipotenciario estadounidense presionó sobre el punto, fue combatido enérgicamente por el señor Bonilla, quedando sin perspectivas de reconciliar sus puntos de vista y el último declaró que México deseaba conceder a Estados Unidos el territorio necesario para la construcción del camino que ellos juzguen conveniente, pues, tanto el mundo como la civilización serían beneficiados por él y, en consideración a la paz y armonía entre las dos naciones, consentiría en abolir, a cambio de una adecuada compensación, el artículo 11° del Tratado de Guadalupe, que tan amenazadoras consecuencias había

tenido; que aunque dispuesto a ceder tanto a una república vecina, nunca consentiría en la más mínima degradación que pudiera afectar el honor de su país a lesionar su soberanía; por estas razones no podía aceptar ni consentiría nunca en reconocer la concesión Garay. Con esta resolución, tan radicalmente expuesta, la única posibilidad de resolver el asunto era incluir esta concesión dentro del número de reclamaciones de Estados Unidos; esto no significaba que México reconociera su legalidad o admitiera dicho arreglo, pues con ello se preveía que los poseedores de la transferencia de Garay, antes de cualquier pago como indemnización, debieran ceder a México los títulos y documentos que tienen en su poder como evidencia de la reclamación que pretenden.

Cuando el comisionado estadounidense ofreció nuevamente 3'000,000 de dólares por el derecho de vía tal como se otorgó a Garay y así reclamados por los ciudadanos de Estados Unidos, el plenipotenciario mexicano contestó que, sin tener en cuenta el monto de la oferta, la resolución de México sobre este asunto era inalterable.

El comisionado estadounidense afirmó que no pediría más de 5'000,000 de dólares para la satisfacción de las reclamaciones de los ciudadanos estadounidenses contra México y, aunque dicha suma era la solicitada por los poseedores de la concesión Garay, podría ser reducida. El señor Bonilla observó que si esta concesión fuera examinada de acuerdo con los principios de justicia de la ley de las naciones y de las leyes de México, no tendría valor y en caso de que se devolviera a los tenedores de la concesión la suma que habían desembolsado, Estados Unidos no pagaría mucho. En lo que se refiere a las reclamaciones restantes, calculando sobre la base de aquellas que se habían acumulado antes del Tratado de Guadalupe y las posteriores a esa fecha, no podrían exceder a 2'000,000 de dólares.

Cuando se preguntó al general Gadsden qué suma deseaba pagar Estados Unidos a México por las concesiones que éste haría, contesto que, puesto que el ajuste de ellas aportaría beneficios a ambos países terminando con las diferencias existentes, Estados Unidos, al liberar a México de todas las demandas de los ciudadanos estadounidenses, adeudaría 5'000,000 de dólares y, por los otros puntos convenidos,

pagaría 12'000,000 de dólares, beneficiando así a México en 17'000,000 de dólares.

El señor Bonilla sostuvo que esta oferta era inadecuada y, en el curso de la discusión, al pesar ambas partes las razones en pro y en contra, se decidió finalmente que Estados Unidos pagaría 15'000,000 de dólares por las demás concesiones y 5'000,000 de dólares para satisfacer las reclamaciones privadas, quedando ambos países exentos de toda obligación a partir de la fecha de la firma del Tratado.

Se acordó también que México, al renunciar al artículo 11° del Tratado de Guadalupe, lo haría a condición de que, cuando Estados Unidos tuviera que trasladar a los indios, en ninguna ocasión los pondría en la necesidad de internarse en territorio mexicano para instalarse en él.

Los Tratados de 1831 y 1848 continuarían en vigencia en todo aquello que no fuera anulado por las estipulaciones del Tratado negociado actualmente. El general Gadsden recalcó que los 15'000,000 de dólares deberían ser pagados en México, pero, a petición del plenipotenciario, se concedió que fueran pagados en Estados Unidos, en la forma que sigue: una quinta parte al canjearse las ratificaciones del Tratado, el saldo en mensualidades con interés de un 6% al año, reservándose el gobierno de Estados Unidos el derecho de pagar el monto total en una fecha anterior si así lo decide. El canje de ratificaciones será hecho en Washington, en el término de cuatro meses, a partir de la firma. El señor Bonilla propuso la mutua ayuda naval y militar, para la supresión de incursiones ilegales dentro de los respectivos territorios, medida que, según su opinión, honraría a ambos países y tendría un gran peso político y moral, por lo cual el general Gadsden dio su asentimiento; entonces se acordó que el señor Bonilla sometería a su gobierno el proyecto de un Tratado con los puntos discutidos, con lo cual se terminó la conferencia.

James Gadsden

Manuel Diez de Bonilla

José Salazar Ilarregui

T. Mariano Monterde

NOTAS DE LA CONFERENCIA DIPLOMÁTICA NÚMERO 6,  
CELEBRADA PARA LA CONCLUSIÓN DE VARIOS ASUNTOS  
ENTRE ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO

Diciembre 30 de 1853

Como fuera previamente acordado, los comisionados se reunieron en la legación de Estados Unidos a fin de continuar las negociaciones que se suspendieron el 24. La hicieron por Estados Unidos, James Gadsden, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, acompañado por el secretario de la legación, John S. Cripps; por México, su excelencia don Manuel Diez de Bonilla, ministro de Relaciones Exteriores, el plenipotenciario *ad hoc*, don José Salazar Ilarregui, el general Mariano Monterde, varios comisionados, científicos y el secretario don Lucas de Palacio y Magarola.

Habiendo sido cuidadosamente consideradas y aceptadas por ambas partes las modificaciones convenientes, el proyecto de Tratado mencionado en el informe de la conferencia del 24, fue firmado por duplicado en español y en inglés.

Se decidió, además y se comprometieron ambas partes en consideración a los hechos mencionados por el plenipotenciario, que los términos de este Tratado fuesen conservados en riguroso secreto hasta que Estados Unidos lo ratifique. Los comisionados se separaron después de felicitarse mutuamente por el resultado, tantas veces amenazado por intrigas de especuladores y personas interesadas en obstaculizar el feliz entendimiento entre ambos países, de sus numerosas conferencias.

James Gadsden  
José Salazar Ilarregui

Manuel Diez de Bonilla  
T. Mariano Monterde

## TRATADO ORIGINAL DE LA MESILLA

En el nombre de Dios Todopoderoso. La República de México y los Estados Unidos de América, deseando remover toda causa de desacuerdo que pudiera influir en algún modo en contra de la mejor amistad y correspondencia entre ambos países, y especialmente por lo respectivo a los verdaderos límites que deben fijarse, cuando, no obstante lo pactado en el Tratado de Guadalupe Hidalgo en el año de 1848, aún se han suscitado algunas interpretaciones encontradas que pudieran ser ocasión de cuestiones de grave trascendencia, para evitarlas y afirmar y corroborar más la paz que felizmente reina entre ambas repúblicas, el Presidente de México ha nombrado a este fin con el carácter de plenipotenciario *ad-hoc* al excelentísimo señor don Manuel Diez de Bonilla, caballero gran cruz de la nacional y distinguida orden de Guadalupe y secretario de Estado del despacho de Relaciones Exteriores, y a los señores don José Salazar Ilarregui y general don Mariano Monterde, como comisarios peritos investidos de plenos poderes para esta negociación; y el Presidente de los Estados Unidos a su excelencia el señor Santiago Gadsden, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los mismos Estados Unidos cerca del gobierno mexicano; quienes habiéndose comunicado los respectivos plenos poderes y hallándolos en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

## Artículo I

La República Mexicana conviene en señalar para lo sucesivo como verdaderos límites con los Estados Unidos los siguientes: subsistiendo la misma línea divisoria entre las dos Californias, tal cual está ya definida y

marcada conforme al artículo V del Tratado de Guadalupe Hidalgo, los límites entre las dos repúblicas serán los que siguen. Comenzando en el Golfo de México a tres leguas de distancia de la costa, frente a la desembocadura del río Grande, como se estipuló en el artículo V del Tratado de Guadalupe Hidalgo; de ahí, según se fija en dicho artículo, hasta la mitad de aquel río al punto donde la paralela de  $31^{\circ} 47'$  de latitud norte atraviesa el mismo río, de ahí 100 millas en línea recta al oeste; de ahí al sur a la paralela de  $31^{\circ} 20'$  de latitud norte; de ahí siguiendo dicha paralela de  $31^{\circ} 20'$ , hasta 111 del meridiano de longitud oeste de Greenwich; de ahí en línea recta a un punto en el río Colorado, veinte millas inglesas abajo de la unión de los ríos Gila y Colorado; de ahí, por la mitad del dicho río Colorado, río arriba, hasta donde encuentra la actual línea divisoria entre los Estados Unidos y México.

Para la ejecución de esta parte del Tratado, cada uno de los dos Gobiernos nombrará un comisario, a fin de que por común acuerdo, los dos así nombrados, que se reunirán en la ciudad del Paso del Norte, tres meses después del canje de las ratificaciones de este Tratado, procedan a recorrer y demarcar sobre el terreno la línea divisoria estipulada por este artículo, en lo que no estuviere ya reconocida y establecida por la comisión mixta, según el Tratado de Guadalupe, llevando al efecto diarios de sus procedimientos y levantando los planos convenientes. A este efecto, si lo juzgaren necesario las partes contratantes, podrán añadir a su respectivo comisario alguno a algunos auxiliares, bien facultativos o no, como agrimensores, astrónomos, etc.; pero sin que por esto su concurrencia se considere necesaria para la fijación y ratificación como verdadera línea divisoria entre ambas repúblicas, pues dicha línea solo será establecida por lo que contengan los comisarios, reputándose su conformidad en este punto como decisiva y parte integrante de este Tratado, sin necesidad de ulterior ratificación o aprobación y sin lugar a interpretación de ningún género por cualquiera de las dos partes contratantes.

La línea divisoria establecida de este modo será en todo tiempo fielmente respetada por los dos gobiernos, sin permitirse ninguna variación en ella, si no es de expreso y libre consentimiento de los dos,

otorgado de conformidad con los principios del derecho de gentes y con arreglo a la Constitución de cada país respectivamente. En consecuencia, lo estipulado en el artículo V del Tratado de Guadalupe, sobre la línea divisoria en él descrita, queda sin valor en la que repugne con la establecida aquí; dándose, por lo mismo, por derogada y anulada dicha línea, en la parte en que no es conforme con la presente, así como permanecerá en todo su vigor en la parte en que tuviere dicha conformidad con ella.

## Artículo II

El Gobierno de México por este artículo, exime al de los Estados Unidos de las obligaciones del artículo 11° del Tratado de Guadalupe Hidalgo, y dicho artículo y el 33 del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América, concluido en México el día 5 de abril de 1831 quedan por éste derogados.

## Artículo III

En consideración a las anteriores estipulaciones, el gobierno de los Estados Unidos, conviene en pagar al gobierno de México en la ciudad de Nueva York, la suma de 10'000,000 de pesos, de los cuales 7'000,000 se pagarán luego que se verifique el canje de las ratificaciones de este Tratado, y los 3'000,000 restantes tan pronto se reconozca, marque y fije la línea divisoria.

## Artículo IV

Habiéndose hecho en su mayor parte nugatorias las estipulaciones de los artículos VI y VII del Tratado de Guadalupe Hidalgo, por la cesión de territorio hecha en el artículo I de este Tratado, aquellos dichos artículos quedan por éste derogados y anulados, y las estipulaciones que a continuación se expresan substituidas en lugar de aquellas. Los buques y ciudadanos de los Estados Unidos tendrán en todo tiempo, libre y no



interrumpido tránsito por el Golfo de California para sus posesiones y desde sus posesiones sitas al norte de la línea divisoria de los dos países; entendiéndose que ese tránsito se ha de hacer navegando por el Golfo de California y por el río Colorado, y no por tierra, sin expreso consentimiento del gobierno mexicano. Y precisamente, y bajo todos respectos, las mismas disposiciones, estipulaciones y restricciones quedan convenidas y adoptadas por este artículo, y serán escrupulosamente observadas y hechas efectivas por los dos gobiernos contratantes, con referencia al río Colorado, por tal distancia y en tanto que la medianía de ese río queda como su línea divisoria común por el artículo I de ese Tratado. Las diversas disposiciones, estipulaciones y restricciones contenidas en el artículo VII del Tratado de Guadalupe Hidalgo sólo permanecerán en vigor en la relativo del río Bravo del Norte, abajo del punto inicial de dicho límite estipulado en el artículo I de este Tratado; es decir, abajo de la intersección del paralelo de 31° 47' 30" de latitud con la línea divisoria establecida por el reciente Tratado, que divide dicho río desde su embocadura arriba, de conformidad con el artículo V del Tratado de Guadalupe.

#### Artículo V

Todas las estipulaciones de los artículos VIII, IX, XVI y XVII del Tratado de Guadalupe Hidalgo se aplicarán al territorio cedido por la República Mexicana en el artículo I del presente Tratado y a todos los derechos de personas y bienes, tanto civiles como eclesiásticos, que se encuentren dentro de dicho territorio, tan plena y tan eficazmente como si dichos artículos de nuevo se insertaran e incluyeren a la letra en éste.

#### Artículo VI

No se considerarán válidas ni se reconocerán por los Estados Unidos ningunas concesiones de tierras en el territorio cedido por el artículo I de este Tratado, de fecha subsecuente al día 25 de septiembre, en que el ministro y signatario de este Tratado, por parte de los Estados Unidos,

propuso al gobierno de México dirimir la cuestión de límites; ni tampoco se respetarán ni considerarán como obligatorias ningunas concesiones hechas con anterioridad, que no hayan sido inscritas y debidamente registradas en los archivos de México.

## Artículo VII

Si en lo futuro —que Dios no permita— se suscitare algún desacuerdo entre las dos Naciones, que pudiera llevarlas a un rompimiento en sus relaciones y paz recíprocas, se comprometen asimismo a procurar, por todos los medios posibles, el allanamiento de cualquiera diferencia: y si aun de esta manera no se consiguiera, jamás se llegará a una declaración de guerra sin haber observado previamente cuanto en el artículo 210 del Tratado de Guadalupe quedó establecido para semejantes casos, y cuyo artículo se da por reafirmado en este Tratado, así como el 22°.

## Artículo VIII

Habiendo autorizado el gobierno mexicano en 5 de febrero de 1853, la pronta construcción de un camino de madera y de un ferrocarril en el Istmo de Tehuantepec, para asegurar de una manera estable los beneficios de dicha vía de comunicación a las personas y mercancías de los ciudadanos de México y de los Estados Unidos, se estipula que ninguno de los dos gobiernos pondrá obstáculo alguno al tránsito de personas y mercancías de ambas naciones, y que en ningún tiempo se impondrán cargas por el tránsito de personas y propiedades de ciudadanos de los Estados Unidos, mayores que las que se impongan a las personas y propiedades de otras naciones extranjeras, ni ningún interés en dicha vía de comunicación o en sus productos, se transferirá a un gobierno extranjero.

Los Estados Unidos tendrán derecho de transportar por el Istmo por media de sus agentes y en valijas cerradas, las malas de los Estados Unidos que no han de distribuirse en la extensión de la línea de comunicación y también los efectos del gobierno de los Estados Unidos y

sus ciudadanos que sólo vayan de tránsito y no para distribuirse en el Istmo, estarán libres de los derechos de aduana u otros impuestos por el gobierno mexicano. No se exigirá a las personas que atraviesen el Istmo, y no permanezcan en el país, pasaportes ni cartas de seguridad.

Cuando se concluya la construcción del ferrocarril, el gobierno mexicano conviene en abrir un puerto de entrada, además del de Veracruz, en donde termina dicho ferrocarril, en el Golfo de México o cerca de ese punto.

Los dos gobiernos celebrarán un acuerdo para el pronto tránsito de tropas y municiones de los Estados Unidos, que este gobierno tenga ocasión de enviar de una parte de su territorio a otras situadas en lados opuestos del continente.

Habiendo convenido el gobierno mexicano en proteger con todo su poder la construcción, conservación y seguridad de la obra, los Estados Unidos de su parte podrán impartirle su protección siempre que fuere apoyado y arreglado al derecho de gentes.

## Artículo IX

Este Tratado será ratificado y las ratificaciones canjeadas en la ciudad de Washington, en el preciso término de seis meses, o antes si lucre posible, contado ese término desde su fecha.

En fe de la cual, nosotros, los plenipotenciarios de las partes contratantes, lo hemos firmado y sellado en México, el día 30 de diciembre del año de Nuestro Señor 1853, trigésimo tercero de la Independencia de la República Mexicana y septuagésimo octavo de la de los Estados Unidos.

James Gadsden

Manuel Diez de Bonilla

José Salazar Ilarregui

T. Mariano Monterde

SE DEVUELVE EL TRATADO DE LA MESILLA CON  
MODIFICACIONES

Washington, mayo 6 de 1854

Sr. John S. Cripps  
Encargado Interino de Negocios de Estados Unidos  
en la ciudad de México

Señor:

Varias cláusulas importantes del Tratado negociado por el general Gadsden, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en México, fueron modificadas por el Presidente, antes de ser enviado al Senado. Esta Cámara añadió numerosas enmiendas. Usted recibirá con ésta una comunicación de las enmiendas hechas por el Senado, así como una copia del Tratado tal como quedó modificado por el Presidente y el Senado. El general Almonte, ministro mexicano en ésta, ha sido puesto en conocimiento de las enmiendas y las ha enviado a su gobierno. Se presentaron graves dificultades para obtener que el Senado aprobase el Tratado tal como se presentó, a pesar de que esa Cámara se tomó la libertad de darle la forma más aceptable para él.

Fuera del Senado ha existido aquí gran oposición contra el Tratado y se supone que algunos de los que intentan que fracase, harán esfuerzos en México para que el gobierno de ese país lo rechace. Es muy cierto —y México debería tener conciencia de ello— de que no puede lograr nada más ventajoso.

Al general Gadsden se ordenó regresar a su puesto a la mayor brevedad pero, estando en Carolina del Sur, no podrá tomar el vapor de Nueva Orleáns el día 14; un barco del gobierno lo transportará tan pronto

como sea posible. No hay tiempo que perder para que el asunto quede concluido, a fin de que las ratificaciones puedan ser canjeadas aquí el último día de junio. Si se envía nuevamente el Tratado al Senado para una modificación tan poco importante como la ampliación de tiempo para intercambiar las ratificaciones, es de temer el grave peligro que implicaría una acción desfavorable de dicha Cámara.

Aunque al general Gadsden se le confiara la aprobación del Presidente Santa Anna a las enmiendas del Tratado y su ratificación en su forma actual, usted podría hacerle un buen servicio, antes de su llegada, preparándole el terreno para lograr un resultado favorable. Con ese fin dirigirá todos sus esfuerzos, contrarrestando, hasta donde esté en sus posibilidades, la oposición de aquellos que están interesados en hacerlo fracasar.

No tengo duda alguna de que el general Gadsden será autorizado para asegurar al gobierno mexicano que el Presidente ratificará el Tratado en la forma que el Senado lo modificó y estará preparado para canjear las ratificaciones tan pronto como reciba la de México.

Supongo que el general Gadsden llegará a México con amplios poderes para actuar en este asunto 10 ó 12 días después de que usted haya recibido esta comunicación y confío en que, de parte del gobierno mexicano, no habrá vacilaciones ni dilaciones para llegar a una conclusión venturosa en esta prolongada negociación.

La única cuestión que ese gobierno tiene que decidir es la aceptación o rechazo del Tratado en su redacción actual, puesto que estoy persuadido de que cualquier intento de alterarlo la hará fracasar.

Soy de usted, etc....

William L. Marcy

EL SECRETARIO DE ESTADO INSTRUYE A GADSDEN PARA  
QUE APREMIE AL GOBIERNO ACEPTAR LAS ENMIENDAS AL  
TRATADO

Washington, mayo 11 de 1854

Sr. James Gadsden  
Ministro de Estados Unidos en México

Señor:

Junto con esta comunicación usted recibirá una copia de las enmiendas hechas al Tratado concluido por usted con México el 30 de diciembre pasado. Usted presentará la enmienda.

Puede estar seguro, por lo que se ha enterado, de que no hay esperanza de obtener posteriores enmiendas a un tratado diferente, pues sería rechazado.

Considerando la magnitud de nuestras dificultades con ese país, así como la intención de remover aquellas de carácter amenazador, el Presidente ha tomado la determinación de ratificar el Tratado así enmendado, si fuese aprobado y ratificado por el gobierno mexicano.

Yo confío en que podrá convencer a México de que la suma estipulada para el pago es generosa, considerando las concesiones y garantías hechas por ese medio.

Este es, ciertamente, el punto de vista de este gobierno. Existía una vigorosa oposición en el Senado hacía el Tratado en su forma primitiva y la erogación de la suma requerida, para el cumplimiento de las estipulaciones, probablemente encontrará otra fuerte oposición en la cámara; sin embargo, existen buenas razones para creer que al Presidente se le proporcionarán los medios necesarios para resolverlo.

Si México propusiese hacer algunas alteraciones o dilatase su aprobación a las enmiendas, todas las ideas acerca de alguna modificación al Tratado deben ser abandonadas en el presente, por lo menos.

Yo estoy persuadido de que el Tratado, tal como está, peligraría si fuese enviado nuevamente al Senado para algún cambio de poca importancia.

Usted apremiará al gobierno mexicano a aceptarlo con las enmiendas del Senado.

Será inútil para usted continuar negociaciones con vista a ulteriores modificaciones, a causa de que no hay fundamento para esperar una diferencia esencial en su carácter pudiera recibir la aprobación del Senado, aun cuando el Presidente estuviera dispuesto a mandarlo a ese cuerpo.

Si para cuando el gobierno mexicano ratifique el Tratado, no hubiese razonables probabilidades de que su ratificación pudiera hacerse aquí dentro del término, la ratificación mexicana podría contener una cláusula ampliando el tiempo para el canje. Es posible que el Senado (de los Estados Unidos) consintiera en tal ampliación.

Soy de usted, etc....

William L. Marcy  
Secretario de Estado

GADSDEN PRESENTA AL GOBIERNO MEXICANO EL  
TRATADO MODIFICADO

México, junio 6 de 1854

Sr. Manuel Diez de Bonilla,  
Ministro de Relaciones Exteriores de México.

El infrascrito, enviado y ministro de Estados Unidos, al reanudar sus relaciones oficiales, tiene el honor de someter a la consideración del gobierno de México, por intermedio de su excelencia don Manuel Diez de Bonilla, ministro de Relaciones Exteriores, el Tratado que se concertó en México el 30 de diciembre pasado, tal como lo modificó el Senado de los Estados Unidos. Como su excelencia está enterado, el documento había sido aprobado por el Presidente de Estados Unidos cuando se sometió a la aprobación del Senado. No obstante, la inesperada oposición de una parte de ese cuerpo, nos indujo a elaborar un proyecto de Tratado, una copia del cual comparó el encargado de negocios, señor Cripps, antes de mi llegada a esta ciudad, con la que el general Almonte, ministro acreditado de México en mi país, había enviado al gobierno que representa.

Aunque al Presidente de Estados Unidos contrarió en grado sumo el hecho de que sus consejeros constitucionales no pudieran otorgar su indispensable consentimiento, para que tuviera validez un arreglo que prometía la feliz solución de todos los asuntos que dificultan las relaciones entre las dos Repúblicas vecinas, está dispuesto a dar su aprobación al Tratado, tal como se modificó, en caso de que fuera aprobado y ratificado por el gobierno mexicano, por considerar que es la única forma inmediata de obviar en parte las amenazadoras dificultades que afligen a los dos países.



El infrascrito no considera necesario reproducir aquí la breve conversación que sostuvo con su excelencia el 14 del corriente o referirse a la conferencia previa que mantuvo con el señor Cripps, en la que este último explicó al gobierno mexicano las razones que inducirían al Presidente de Estados Unidos a aceptar el Tratado, tal como lo modificó el Senado del mismo país. El infrascrito confía en que, al haber recibido tan favorablemente los conceptos vertidos en dichas conferencias, su excelencia recomendará una pronta ratificación del Tratado, única condición para que dicho documento se convierta en ley suprema para las dos repúblicas. Cualquiera demora en otorgar dicho asentimiento o cualquier intento por modificar el Tratado para que tenga mayor reciprocidad a resulte más aceptable para México, probablemente haría peligrar la negociación, si el documento fuera enviado nuevamente al Senado de Estados Unidos. Por tanto, el suscrito faltaría a la verdad si asegurara al gobierno mexicano que podrían obtenerse posteriores modificaciones al Tratado, pues no hay la menor esperanza de que un documento esencialmente diferente recibiera la aprobación del Senado, en caso de que el Presidente de Estados Unidos se decidiera a presentarlo a ese cuerpo para su consideración. En consecuencia, el infrascrito expresa su esperanza de que México otorgaría su voluntaria aprobación al Tratado, tal como ha sido sometido a su dictamen y no perderá la última oportunidad para solucionar de inmediato los desacuerdos existentes y para restaurar las relaciones de paz y amistad que ambas Repúblicas están interesadas en mejorar y preservar.

Su excelencia comprenderá la necesidad del infrascrito de recibir una pronta respuesta a esta comunicación, ante la inminente expiración del plazo dispuesto para la ratificación del Tratado, puesto que está deseoso de enviarla a Estados Unidos por conducto de un correo especial que partirá de esta ciudad el viernes por la mañana.

Con la mayor consideración...

James Gadsden  
Ministro de los Estados Unidos en México

SANTA ANNA CONSIDERA EL TRATADO MODIFICADO  
ONEROSO Y OFENSIVO PARA LA PARTE MÁS DÉBIL

México, junio 9 de 1854

Sr. William L. Marcy  
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Señor:

Llegué a la ciudad de México la tarde del 4 del corriente y, en la entrevista del día siguiente, presenté al ministro de Relaciones Exteriores las únicas consideraciones que impulsarían al Presidente de Estados Unidos a aceptar el Tratado negociado, con esta República, tal como fue modificado por el Senado.

El señor Cripps, encargado interino de nuestros asuntos, al recibir la comunicación del departamento de Estado de fecha anterior, había concertado una conferencia con ese ministro y explicado extensamente, por intermedio de su excelencia al Gobierno mexicano, la conveniencia de aceptar y ratificar el Tratado ya modificado, antes de que expiraran las limitaciones fijadas por el Senado para ese propósito. En cada una de estas entrevistas y en una posterior sostenida con el Presidente de México directamente, tanto su excelencia como el ministro expresaron su completo desacuerdo con un Tratado que no era recíproco, sino oneroso y ofensivo en todas sus estipulaciones a la parte más débil; que no solucionaba las dificultades existentes entre las dos repúblicas, como para garantizar una armonía de relaciones en el futuro, sino que renovaría muchas de las más amenazadoras que, por ser reclamaciones y demandas privadas, eran las más difíciles de obviar y, lo que era particularmente excepcional en el 8º artículo asegurara, bajo ciertas contingencias, el

derecho de proteger un interés y una especulación privadas sobre condiciones que implicarían la renuncia al derecho a la soberanía nacional, no sólo en favor de Estados Unidos, sino de cualquiera otra nación con la que México hubiera firmado tratados y que reclamara lo que se hubiera concedido a la más favorecida. Además de serme muy difícil refutar todas estas verdades reconocidas y sorprendentes, no me sentí con el deseo ni la habilidad necesarias para presentar algunas consideraciones a favor o justificación de un contrato con pretendidos acuerdos que, por su parcialidad y falta de reciprocidad, era tan repugnante para una de las partes que todavía no lo aprueba y que era aborrecible a todas las objeciones instadas por los altos funcionarios, que, al cuidar los intereses y la integridad, de México, tenían la grave responsabilidad de provocar con ella una agitación interna cuya solución no podría ser prevista por sagacidad alguna. Por tanto, en lo que se refiere a sostener la política y las instituciones de Estados Unidos, manifestando el más recomendable atributo del poder —la magnanimidad—. en sus relaciones con otros gobiernos y, particularmente, con los más débiles, no quedaba otra cosa sino que esta legación explicara los hechos y presentara las consideraciones contenidas en la correspondencia con el departamento de Estado para lograr el consentimiento de México a las condiciones ofrecidas, no teniendo en cuenta lo inaceptables que sean, sin obstaculizar esta oportunidad que probablemente es la última, de reconciliar, en parte, las dificultades existentes entre ambos países.

Al cerrar las conferencias, el señor Bonilla, ministro de Relaciones Exteriores, me notificó que, al no anticipar mi llegada a México a tiempo para celebrar ningún arreglo sobre el Tratado tal como se modificó y sin saber qué instrucciones podría yo traer, se enviaron al general Almonte, por medio de un agente especial, plenos poderes para actuar en los preliminares; que la presencia de dicho ministro ante el gobierno de Washington y las oportunidades de que disfrutaría para realizar libres y francas conferencias con el Presidente y sus consejeros más influyentes en el Senado, con el fin de obtener modificaciones en el Tratado más aceptables para México, antes de que el periodo fijado para

sus ratificaciones expire, habían influido sobre el gobierno mexicano en las direcciones dadas, para realizar posteriores negociaciones de acuerdo con estos puntos de vista, que probablemente eran los que, dentro del tiempo limitado, mejor calculaban la forma de armonizar las relaciones entre los dos Gobiernos.

Pospuse, por el momento, cualquier actividad posterior en la comisión que se me ha conferido. Adjunto a usted un sumario de las conferencias entre el Presidente de la República y el ministro de Relaciones Exteriores, marcado —f— con la respuesta —f— de su excelencia, el ministro, confirmando lo dicho en esta comunicación.

Respetuosamente, etc....

James Gadsden  
Ministro de los Estados Unidos en México

TEXTO DEFINITIVO DEL TRATADO DE LA MESILLA  
O DE GADSDEN

Antonio López de Santa Anna, benemérito de la Patria, general de división, gran maestro de la nacional y distinguida Orden de Guadalupe, caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III y Presidente de la República Mexicana, a todos los que la presente vieren, sabed:

Que habiéndose concluido y firmado en esta capital, el día 30 de diciembre del año próximo pasado de 1853, un tratado entre la República Mexicana y los Estados Unidos de América, por medio de plenipotenciarios de ambos gobiernos, autorizados debida y respectivamente a su efecto, cuyo tratado, con las modificaciones posteriormente acordadas en él por ambas partes, es en la forma y tenor siguientes:

En el nombre de Dios Todopoderoso, la República de México y los Estados Unidos de América, deseando remover toda causa de desacuerdo que pudiera influir en algún modo en contra de la mejor amistad y correspondencia entre ambos países y, especialmente, por lo respectivo a los verdaderos límites que deben fijarse cuando, no obstante lo pactado en el Tratado de Guadalupe Hidalgo en el año de 1848, aún se han suscitado algunas interpretaciones encontradas que pudieran ser ocasión de cuestiones de grande trascendencia, para evitarlas y afirmar y corroborar más la paz que felizmente reina entre ambas repúblicas, el Presidente de México ha nombrado a este fin, con el carácter de plenipotenciario *ad-hoc*, al excelentísimo señor don Manuel Diez de Bonilla, caballero Gran Cruz de la nacional y distinguida Orden de Guadalupe y secretario de Estado y del despacho de Relaciones Exteriores, y a los señores don José Salazar Ilarregui y general don Mariano Monterde, como comisarios peritos investidos de plenos poderes

para esta negociación; y el Presidente de Estados Unidos a su excelencia el señor Santiago Gadsden, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los mismos Estados Unidos cerca del gobierno mexicano, quienes, habiéndose comunicado sus respectivos plenos poderes y hallándolos en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

### Artículo I

La República Mexicana conviene en señalar para lo sucesivo como verdaderos límites con Estados Unidos los siguientes: subsistiendo la misma línea divisoria entre las dos Californias, tal cual está ya definida y marcada conforme al Artículo V del Tratado de Guadalupe Hidalgo, los límites entre las dos Repúblicas serán los que siguen: comenzando en el Golfo de México, a tres leguas de distancia de la costa, frente a la desembocadura del río Grande, como se estipuló en el artículo V del Tratado de Guadalupe Hidalgo; de allí, según se fija en dicho artículo, hasta la mitad de aquel río, al punto donde la paralela del 31° 47' de latitud norte atraviesa el mismo río; de allí 100 millas en línea recta al oeste; de allí al sur a la paralela del 31° 20' de latitud norte; de allí, siguiendo la dicha paralela del 31° 20' hasta el 111° del meridiano de longitud oeste de Greenwich; de ahí en línea recta a un punto en el río Colorado, 20 millas inglesas abajo de la unión de los ríos Gila y Colorado; de allí, por la mitad de dicho río Colorado, río arriba, hasta donde se encuentra la actual línea divisoria entre Estados Unidos y México. Para la ejecución de esta parte del Tratado, cada uno de los dos Gobiernos nombrará un comisario, a fin de que, por común acuerdo de los dos así nombrados, que se reunirán en la ciudad del Paso del Norte tres meses después del canje de las ratificaciones de este Tratado, procedan a recorrer y demarcar sobre el terreno la línea divisoria estipulada por este artículo, en lo que no estuviere ya reconocida y establecida por la Comisión Mixta, según el Tratado de Guadalupe, llevando al efecto diarios de sus procedimientos y levantando los planos convenientes. A este efecto, si lo juzgaren necesario las partes

contratantes, podrán añadir a su respectivo Comisario, alguno o algunos auxiliares, bien facultativos o no, como agrimensores, astrónomos, etc.; pero sin que por esto su concurrencia se considere necesaria para la fijación y ratificación como la línea divisoria entre ambas repúblicas, pues dicha línea solo será establecida por lo que convengan los comisarios reputándose su conformidad en este punto como decisiva y parte integrante de este Tratado, sin necesidad de ulterior ratificación o aprobación y sin lugar a interpretación de ningún género por cualquiera de las dos partes contratantes.

La línea divisoria establecida de este modo, será en todo tiempo fielmente respetada por los dos gobiernos, sin permitirse ninguna variación en ella, si no es de expreso y libre consentimiento de los dos, otorgado de conformidad con los principios del derecho de gentes y con arreglo a la Constitución de cada país respectivamente. En consecuencia, lo estipulado en el artículo V del Tratado de Guadalupe, sobre la línea divisoria en él descrita, queda sin valor en lo que repugne con la establecida aquí; dándose, por lo mismo, por derogada y anulada dicha línea en la parte en que no es conforme con la presente, así como permanecerá en todo su vigor en la parte en que tuviere dicha conformidad con ella.

## Artículo II

El gobierno de México, por este artículo, exime al de Estados Unidos de las obligaciones del artículo XI del Tratado de Guadalupe Hidalgo; y dicho artículo y el XXXIII del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América y, concluido en México el día 5 de abril de 1831, quedan por éste derogados.

## Artículo III

En consideración de las anteriores estipulaciones, el gobierno de Estados Unidos conviene en pagar al gobierno de México, en la ciudad de Nueva

York, la suma de 10'000,000 de pesos, de los cuales 7'000,000 se pagarán luego que se verifique el canje de las ratificaciones de este Tratado y los 3'000,000 restantes tan pronto como se reconozca, marque y fije la línea divisoria.

#### Artículo IV

Habiéndose hecho en su mayor parte nugatorias las estipulaciones de los artículos VI y VII del Tratado de Guadalupe Hidalgo, por la cesión de territorio hecha en el artículo I de este Tratado, aquellos dichos artículos quedan por éste derogados y anulados y las estipulaciones que a continuación se expresan substituidas en lugar de aquéllas. Los buques y ciudadanos de Estados Unidos tendrán, en todo tiempo, libre y no interrumpido tránsito por el Golfo de California para sus posesiones y desde sus posesiones sitas al norte de la línea divisoria de los dos países; entendiéndose que ese tránsito se ha de hacer navegando por el Golfo de California y por el río Colorado y no por tierra, sin expreso consentimiento del gobierno mexicano. Y, precisamente y bajo todos respectos, las mismas disposiciones, estipulaciones y restricciones quedan convenidas y adoptadas por este artículo y serán escrupulosamente observadas y hechas efectivas por los dos gobiernos contratantes, con referencia al río Colorado, por tal distancia y en tanto que la medianía de ese río queda como su línea divisoria común por el artículo I de ese Tratado. Las diversas disposiciones, estipulaciones y restricciones contenidas en el artículo VII del Tratado de Guadalupe Hidalgo sólo permanecerán en vigor en lo relativo al río Bravo del Norte abajo del punto inicial de dicho límite estipulado en el artículo I de este Tratado; es decir debajo de la intersección del paralelo 31° 47' 30" de latitud con la línea divisoria establecida por el reciente Tratado, que divide dicho río desde su desembocadura arriba, de conformidad con el artículo V del Tratado de Guadalupe.



## Artículo V

Todas las estipulaciones de los artículos VIII, IX, XVI y XVII del Tratado de Guadalupe Hidalgo se aplicarán al territorio cedido por la República Mexicana en el artículo I del presente Tratado y a todos los derechos de personas y bienes, tanto civiles como eclesiásticos, que se encuentren en dicho territorio, tan plena y tan eficazmente como si dichos artículos de nuevo se insertaran e incluyeran a la letra en éste.

## Artículo VI

No se considerarán válidas ni se reconocerán por los Estados Unidos ningunas concesiones de tierras en el territorio cedido por el artículo I de este Tratado, de fecha subsecuente al día 25 de septiembre, en que el ministro y signatario de este Tratado, por parte de Estados Unidos, propuso al gobierno de México dirimir la cuestión de límites, ni tampoco se respetarán ni considerarán como obligatorias ningunas concesiones hechas con anterioridad, que no hayan sido inscritas y debidamente registradas en los archivos de México.

## Artículo VII

Si en lo futuro —que Dios no permita— se suscitare algún desacuerdo entre las dos naciones, que pudiera llevarlas a un rompimiento en sus relaciones y paz recíproca, se comprometen asimismo a procurar, por todos los medios posibles, el allanamiento de cualquiera diferencia y si aun de esta manera no se consiguiera, jamás se llegará a una declaración de guerra sin haber observado previamente cuanto en el artículo XXI del Tratado de Guadalupe quedó establecido para semejantes casos y cuyo artículo se da por reafirmado en este Tratado, así como el XXII.

## Artículo VIII

Habiendo autorizado el gobierno mexicano, en 5 de febrero de 1853, la

pronta construcción de un camino de madera y de un ferrocarril en el Istmo de Tehuantepec, para asegurar de una manera estable los beneficios de dicha vía de comunicación a las personas y mercancías de los ciudadanos de México y de Estados Unidos, se estipula que ninguno de los dos gobiernos pondrá obstáculo alguno al tránsito de personas y mercancías de ambas naciones y que, en ningún tiempo, se impondrán cargas por el tránsito de personas y propiedades de ciudadanos de los Estados Unidos, mayores que las que se impongan a las personas y propiedades de otras naciones extranjeras, ni ningún interés en dicha vía de comunicación o en sus productos se transferirán a un gobierno extranjero.

Estados Unidos tendrá derecho de transportar, por el Istmo, por medio de sus agentes y en valijas cerradas, las malas de los Estados Unidos que no han de distribuirse en la extensión de la línea de comunicación y también los efectos del gobierno de Estados Unidos y sus ciudadanos, que sólo vayan de tránsito y no para distribuirse en el Istmo, estarán libres de los derechos de aduana u otros impuestos por el gobierno mexicano. No se exigirá a las personas que atraviesen el Istmo y no permanezcan en el país, pasaportes ni cartas de seguridad.

Cuando se concluya la construcción del ferrocarril, el gobierno mexicano conviene en abrir un puerto de entrada, además del de Veracruz, en donde termine dicho ferrocarril en el Golfo de México o cerca de ese punto.

Los dos gobiernos celebrarán un arreglo para el pronto tránsito de tropas y municiones de Estados Unidos, que este gobierno tenga ocasión de enviar de una parte de su territorio a otra, situadas en lados opuestos del continente.

Habiendo convenido el gobierno mexicano en proteger con todo su poder la construcción, conservación y seguridad de la obra, Estados Unidos de su parte podrá impartirle su protección, siempre que fuere apoyado y arreglado al derecho de gentes.

## Artículo IX

Este Tratado será ratificado y las ratificaciones respectivas canjeadas en la ciudad de Washington, en el preciso término de seis meses o antes si fuere posible contando este término desde su fecha.

En fe de lo cual, nosotros, los plenipotenciarios de las partes contratantes, lo hemos firmado y sellado en México, el día 30 de diciembre del año de Nuestro Señor 1853, trigésimo tercero de la Independencia de la República Mexicana y septuagésimo octavo de la de Estados Unidos.

James Gadsden

Manuel Diez de Bonilla

José Salazar Ilarregui

T. Mariano Monterde

Por tanto, visto y examinado dicho Tratado, en uso de las facultades que la nación se ha servido conferirme, lo acepto, ratifico y confirmo y prometo, en nombre de la República Mexicana, cumplirlo y observarlo y hacer que se cumpla y observe.

Dado en el Palacio Nacional de México, firmado de mi mano, autorizado con el gran sello de la nación y refrendado por el secretario de Estado y del despacho de Relaciones Exteriores, a los 31 días del mes de mayo del año del Señor 1854, trigésimo cuarto de la Independencia de la República Mexicana.

Manuel Diez de Bonilla

Antonio López de Santa Anna

Y habiendo sido igualmente aprobado, confirmado y ratificado el presente Tratado por su excelencia el Presidente de Estados Unidos de

América, en la ciudad de Washington, el día 29 de junio del presente año,  
mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Dado en el Palacio Nacional de México a 20 de julio de 1854.

Antonio López de Santa Anna

GADSDEN SOLICITA LA PRESENCIA DE FUERZAS NAVALES  
EN AMBOS LITORALES DE “ESTE SUSPICAZ  
E ILUSO PAÍS”

México, septiembre 2 de 1854

Sr. William L. Marcy  
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Señor:

Obra en mi poder una comunicación de nuestro cónsul en Guaymas. El señor Román informa que, desde que se sofocó el motín encabezado por el conde de Raousset, un profundo sentimiento de hostilidad contra los ciudadanos estadounidenses se ha suscitado en esta región. Las depredaciones de los vagabundos en California han estimulado esta desconfianza hasta entre aquellos que se disponían a recibir sus tentativas como libertadoras y amistosas.

La posible exageración del pillaje, tal como ha sido publicada en los periódicos de Cuba y reproducida en los de esta ciudad, no puede haber escapado a su observación. Estas incursiones privadas, que cuentan con el estímulo y la simpatía del gobierno de Estados Unidos, han sido utilizadas igual que muchos de los incidentes de carácter personal, para crear un descontento nacional hacia los estadounidenses y su bárbaro sistema de progreso, tal como fue abiertamente denunciado por el Primer Ministro mexicano.

*El Universal*, periódico semioficial, en otra época propiedad de Bonilla que fue el que más contribuyó a crear esos sentimientos con sus artículos ofensivos contra Estados Unidos y, a pesar de su cambio de propietario, que ha hecho público, continúa insertando vengativos

ataques contra la política y las instituciones de Estados Unidos. Recientemente se les presentó una favorable ocasión para publicar uno de estos ofensivos ataques, dando a conocer una respuesta oficial proveniente de Palacio. Pero hasta la fecha no se ha recibido ninguna respuesta a nuestra comunicación y, a pesar de que *El Universal* amenazó con publicarla, desde entonces ha permanecido en silencio en lo que respecta a nuestro país y a nuestra política.

Existe, sin duda, el firme propósito de crear una desconfianza nacional hacia nuestras instituciones y una hostilidad contra nuestra política y ‘los instintos bárbaros de nuestros ciudadanos’, todo ello con la intención de consumir los designios del ministro por establecer el despotismo en México, haciendo de este país un estado temporal de la iglesia romana de la Virgen de Guadalupe, un representante del absolutismo, opuesto al sistema de avance liberal de Estados Unidos. El conflicto, creado actualmente en Europa entre estos dos elementos, pudiera ser fomentado secretamente en México, respaldado por Guatemala y algunos otros países sudamericanos igualmente engañados, hasta que la ayuda exterior que han estado solicitando con tanto sigilo, estimularía una audaz provocación interna.

El enrolamiento de auxiliares suizos, bajo la promesa de entrega de tierras a la terminación de su servicio militar, progresa merced al trabajo de activos agentes y diariamente son admitidos, con mucha reserva, oficiales españoles en altos cargos del ejército mexicano. Se sobrentiende que al establecerse una monarquía absoluta, la sucesión pasaría de Santa Anna a algún miembro de la real familia española. Es de suponer que con estos recursos diplomáticos y las súplicas de colaboración a la rancia nobleza, los que se inclinan por el absolutismo en Europa, atraerían la dictadura a América. México y la sangre castellana se resistirían al progreso de la fuerza anglosajona, tal como Rusia ensombreció el liberalismo en Europa. Todavía están por verse las consecuencias que aporte la revolución española a los sueños ilusorios de México. Pero cualesquiera que sean los cambios y movimientos realizados por los poderes gobernantes, aunque ilusos de México, impusieron a Estados Unidos la obligación, siempre santificada por el

instinto de conservación, de sostener abiertamente y sin tapujos, al partido liberal de esta mal llamada República, ahora ensombrecida y amenazada por un despotismo y una sojuzgación tales que ni en la negra época del poder jesuítico e inquisitorial se intentaron poner en práctica. Las empresas filibusteras son utilizadas como argumentos para crear la desconfianza y para abusar de los progresos de la libertad.

El sistema estadounidense es lo suficientemente fuerte como para seguir progresando por sí mismo, sin auxiliares engañosos que lo rebajen y lo insulten. Pero la guerra abierta justifica las represalias y, cuando los liberales de México son víctimas de una cruel tiranía por querer emular el progreso y la ilustración de Estados Unidos, una grave responsabilidad impone la obligación sagrada y humana de ayudar y de intervenir. Gran Bretaña ha cedido a Estados Unidos los derechos de la tutela sobre la libertad anglosajona en América y la Federación estadounidense no puede vacilar cuando un elemento político antagónico ha suscitado la lucha por resucitar el oscurantismo en el nuevo mundo, amenazando con apoderarse de otro continente.

Cuando fue enviada a Washington la queja por la violación del bloqueo de Acapulco por el Porthsmouth, no esperé ninguna otra comunicación del ministro sobre este asunto. Adjunto a ésta el documento que he recibido con una copia de la *posdata* de mi última carta a su excelencia, la que fuera incluida al original, después de haber sido transmitida al departamento de Estado. Posiblemente esto podría haberlos animado a contestar, pero, a pesar de que se ha presentado el 25 de agosto a Su Alteza Serenísima, el simple hecho del cambio del depósito de carbón, esta legación aún no ha obtenido respuesta. Sin embargo, el ministro sigue escribiendo animada y agudamente sobre la violación de este bloqueo de papel y amenaza con terribles represalias contra los barcos correos y contra Estados Unidos, si intentan aprovecharse de los privilegios que ha dispuesto el capitán Dorning. A pesar de esto, una comunicación más reciente informa que en ningún momento se ha impedido fondear a los barcos. En una ocasión entraron con el consentimiento de Su Alteza Serenísima, durante el sitio de Acapulco y el comandante del escuadrón del bloqueo estaba tan

convencido de su imposibilidad para hacer arresto alguno, que cuando se decidió a descargar el carbón no se interpusieron obstáculos violentos. Por lo tanto es evidente que la ofensa contra la cual protestó el ministro, es que el capitán Dorming reclama como un derecho lo que ellos desean sea considerado como una cortesía.

Todos estos sucesos y otros que ocurren diariamente, fortalecen la opinión ya conocida por usted sobre la importancia de la presencia de una fuerza naval, en ambas 'fronteras marítimas de este suspicaz e iluso país, como el medio para evitar las cobardes provocaciones que podrían conducir a un conflicto nacional.

Muy respetuosamente.

James Gadsden



## CONTINÚAN LOS INCIDENTES FRONTERIZOS

México, octubre 16 de 1854

Sr. William L. Marcy  
Secretario de Estado de los Estados Unidos

—Extractos—

Señor:

El general Smith, con quien he sostenido una correspondencia regular desde el comienzo de las conmociones políticas en la frontera de Texas, escribe: “El mayor Foster, comandante de Matamoros, abrió la carta que usted me envió y mandó partidas a explorar los puntos de reunión de los rebeldes señalados por los oficiales mexicanos. Le incluyo el informe del oficial encargado de realizar la investigación.

Es indudable que existe gran intranquilidad a lo largo de la frontera, pero nosotros no hemos cometido ningún acto que pueda ser penado por la ley.

Haré todo lo posible por evitar cualquier violación de nuestras obligaciones legales o cualquier ultraje a nuestro honor nacional”.

El general incluye, igualmente, un informe de un oficial estadounidense del Fuerte Duncan, Eagle Pass, quien fuera enviado en cumplimiento de su deber al lado opuesto del río Bravo, a comprar maíz; las autoridades de Coahuila animan y ayudan a los indios para que entren a Texas y protegen a los mexicanos y a los indios cuando cometen robos de ganado y caballos de nuestro lado.

No hay dudas sobre la veracidad de los cargos contenidos en el informe. Cuando estuve aquí, en noviembre pasado, dejé mi escolta y me

alejé para realizar un reconocimiento, Durante mi ausencia el mejor caballo y mula del destacamento fueron robados y conducidos durante la noche al otro lado del río y supe que estaban en poder de una de las autoridades. Una persona, que está aquí y que conoce los animales, los vio en posesión del secretario del general Cardona, quien se los compró al ladrón inmediatamente después de haberlos cruzado, a pesar de que los animales están marcados U. S. y que saben que pertenecen a nuestro Gobierno.

Es muy difícil inculcar en la población de la frontera, el respeto por las leyes políticas de un pueblo que no reconoce ni las más mínimas obligaciones de honor y honestidad. Agregado a estos escandalosos ultrajes, el general Smith me comunica que toda la correspondencia de esta legación al interior de México ha sido abierta y el cónsul informa que, contraviniendo las ultimas restricciones del gobierno mexicano sobre las relaciones entre los dos países, se anima a soldados del ejército de Estados Unidos a desertar con las armas en la mano, como asimismo a los esclavos a escapar de sus dueños, por la libre emisión de Cartas de seguridad con pasaportes para pasar al interior evitando la persecución. Esta agresión sobre la propiedad de personas que están de servicio en Texas, es tanto más extraordinaria e inexcusable, cuanto que al ministro de Relaciones Exteriores le fue previamente suministrada una copia de la circular que esta legación envió a todos los cónsules estadounidenses, definiendo las relaciones de los africanos con Estados Unidos y previniéndoles contra el reconocimiento de estos fugitivos, como ciudadanos estadounidenses, con derecho a reclamar cartas o pasaportes que les permitan atravesar el país. El ministro, al acusar recibo de la circular, prometió tomar nota de los hechos, para que en lo futuro no se expidan cartas ni pasaportes a personas como las arriba mencionadas que vengan de Estados Unidos.

El ministro pareció quedarse sumamente impresionado al pensar en la agitación que se levantaría en Texas al conocer la invitación hecha a los esclavos fugitivos. Fue amonestado duramente por esta legación y en las reuniones de los plantadores se tomó en consideración el aumento de esclavos infieles que fueron invitados a escapar de Texas y se advirtió

que esto era un plan bien calculado para disturbar las armoniosas relaciones políticas existentes en esa región...<sup>13</sup>

Las instituciones y la política de Estados Unidos son objeto de constantes ataques en los diarios semioficiales del día y muchos de los más ofensivos artículos contra un vecino con el cual Su Alteza Serenísima declara el deseo de preservar las relaciones de paz y amistad, son reconocidos como escritos de su Primer Ministro. Incluyo en ésta, otra de dichas publicaciones para ser adjuntada a las trasmitidas anteriormente. A este último funcionario hay que hacerle la justicia de mencionar que en todas las ocasiones escribe y expresa sus opiniones sin temor ni disimulo, y con extremada hostilidad hacia el sistema liberal de la Federación americana.

En consecuencia, una guerra contra dicho sistema, —identificada con el conflicto que ahora sostiene contra los Estados de la anterior Federación mexicana— es la política declarada de este gobierno dictatorial. Por tanto, siendo el exponente del absolutismo restaurado en su persona en América y merced a la traición de la confianza y a la perfidia usadas contra México, ha arrojado el guante contra el progreso y el liberalismo y ha identificado a Estados Unidos con la causa de México. En consecuencia, no debieran existir dudas ni vacilaciones de parte de la administración de Washington en lo que se refiere a la obligación de apoyar a México en su lucha por restaurar la federación de estados, cuya independencia separada ha sido reconocida por tratados, ahora amenazados por la opresión de un usurpador que encarnaría un absolutismo de la Iglesia, el Estado y el Ejército, del que la historia no puede ofrecer un ejemplo similar. Los Estados Unidos no pueden ver con indiferencia semejante abominación política, impuesta sobre nuestra propia frontera con el propósito declarado de contrarrestar y subyugar la propagación del liberalismo anglo-sajón dentro de los Estados

---

<sup>13</sup> En la parte omitida se mencionan la creciente revuelta interna contra la tiranía y el menosprecio del bienestar y de los derechos de los ciudadanos de Estados Unidos en México y las públicas denuncias de Estados Unidos como simpatizantes y hasta colaboradores de los insurgentes de México. (Nota del Dr. Manning).

independientes de México...<sup>14</sup>

James Gadsden

---

<sup>14</sup> En la parte omitida Gadsden vuelve a aconsejar que las tropas de Estados Unidos sean situadas a lo largo de la frontera y que los navíos de Estados Unidos patrullen las costas mexicanas; además informa la pérdida de publicaciones enviadas por el departamento de Estado a la legación y expresa la esperanza de su reposición. (Nota del Dr. Manning).

GADSDEN PROPONE CONFERENCIAS CONFIDENCIALES  
CON EL MINISTRO DE RELACIONES<sup>15</sup>

México, diciembre 27 de 1854

Sr. Manuel Diez de Bonilla  
Ministro de Relaciones Exteriores

México

Sin embargo, el gobierno de los Estados Unidos es popular; y a la verdad, la voluntad del pueblo decide su política; cuando esa voluntad se da a conocer, se hace también sentir y domina al gobierno. De ese modo, lo que en un principio pueden ser actos ilegales y no autorizados de individuos, por medio de representaciones y de celo en sus ilícitos designios, frecuentemente se convierten en voluntad popular y a veces a tal grado, que varían no sólo la política, sino también los administradores de ella. Usted podrá ver un ejemplo de esto en nuestras actuales relaciones con España respecto de Cuba. Hace dos años que la Federación era resueltamente hostil a la agregación de aquella isla o de cualquier territorio separado del Continente; hoy el gobierno de la Unión no sólo trata de su compra, sino que es posible —y Dios no lo permita— que se vea envuelto en una guerra por su adquisición. Veo, por lo mismo, con sentimiento los disturbios y falta de armonía de nuestras fronteras septentrionales y es muy posible que, según las frecuentes quejas de usted, se hayan originado los ilícitos designios filibusteros americanos, de concierto y fraternizando con los “insurgentes” y súbditos de México.

---

<sup>15</sup> El Sr. Alberto María Carreño afirma localizó este documento en el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. No pudimos encontrarlo.

Eso, sin embargo, hace tanto más peligrosas esas conspiraciones, cuanto que los filibusteros de la margen americana del río Bravo apelan al populacho de los Estados Unidos, manifestándole que no hacen más que proceder por simpatía con las provincias o departamentos que desean y procuran su independencia. Ese sentimiento, hablando con lealtad, no sólo encuentra estímulo, sino que va ganando terreno en los Estados Unidos; y un periodo de doce meses puede producir un gran cambio en nuestra política respecto de las provincias septentrionales de México, inclusa la Baja California, como lo ha producido respecto de Cuba. Ese cambio debe aumentar, aún más, los disturbios que prevalecen en aquel rumbo y pueden conducir a consecuencias que habrá que lamentar si no se precaven por ambas naciones.

...Que la corriente política se dirigía a ese fin; que se opuso a la invasión de la capital de México e hizo la proposición de que se terminara la guerra que entonces se hacía, ocupando la línea de la Sierra Madre y entrando en convenios, para la futura armonía de las dos Repúblicas;

...Que se suscitarían nuevas dificultades por los ciudadanos de ambos países, las cuales darían lugar a contiendas, hasta que quedaran conciliadas por un límite natural, fuerte e infranqueable.

...Diversas proposiciones como base de un tratado de límites mejor calculado para perpetuar la armonía en la frontera, que el que definitivamente se convino; pero que se ha mutilado y restringido tanto, que deja en pie muchas de las dificultades que las dos partes contratantes esperaban por fin haber arreglado;

...Estas razones y, estimulado en parte por los temores que tienen de abusos y prematuros procedimientos: el corte de árboles y la ocupación militar —por el general Garland— de un territorio que aún no se había demarcado y que han tenido lugar en La Mesilla, me han inducido a manifestar, en sagrada confianza, que si después de nuevas consideraciones Su Alteza Serenísima se ha persuadido de la verdad y exactitud de las ideas nuevamente expuestas en esta carta, sobre las relaciones entre ambos países, el infrascrito, estaría dispuesto a concluir todas las dificultades y desacuerdos fronterizos que hoy existen y son

motivo de queja, tratando sobre una de las proposiciones sometidas en una ocasión anterior.

Si su excelencia concurriese en las sugerencias contenidas en esta comunicación, será importante que se guarde el más estricto secreto. Para asegurarlo, debemos evitar las fórmulas de una comisión nombrada y que en el público se sepa que hay negociaciones pendientes. El ministro de Relaciones y el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos deberán tener conferencias secretas y arreglar, indudablemente, por medio de memorándums todos los preliminares del Tratado y sólo valerse de secretarios cuando fueren necesarios para extender copias, etc.

Su excelencia se servirá tener presente la conveniencia de una pronta respuesta, negativa o afirmativa a estas sugerencias. Si fuere favorable, todo debe quedar concluido y hallarme en Washington durante el mes de febrero a más tardar, para la aprobación del Senado en su actual periodo de sesiones, que termina el 4 de marzo.

De usted respetuosamente.

James Gadsden

DESPUÉS DE LA PÉRDIDA DE LA MESILLA, LA FRONTERA  
NO DEBE ALTERARSE

26 de enero de 1855

Sr. Santiago Gadsden  
Ministro de Estados Unidos  
México

He dado cuenta al serenísimo señor general Presidente de esta República, de la nota confidencial de V. E. de 27 del pasado y aclaratoria del 1º del actual, en que, con motivo de ciertos rumores que se han hecho circular y tomando por fundamento las diversas y continuadas quejas que ha sido el penoso deber del departamento que está a mi cargo dirigir oficialmente a V. E. por las demasías que incesantemente se cometen contra el territorio de esta República en diferentes puntos de su frontera con Estados Unidos, se sirve V. E. manifestar que estaría dispuesto a conciliar todas esas dificultades si el gobierno de México se prestase a tratar nuevamente, adoptando por base una de las cuatro proposiciones que en el año de 1853 le presentó V. E. para la cesión de una considerable extensión de territorio, mayor o menor, hasta la Sierra Madre, cuyas proposiciones desde luego fueron por dicho gobierno definitivamente desechadas, a su presentación en aquella época.

Vuestra excelencia, por tanto, no hace más que justicia a este departamento cuando en su nota primeramente citada, reconoce que no emanan de él los referidos rumores que han querido circularse sobre negociaciones pendientes para la adquisición de Yucatán y otros territorios mexicanos por parte de los Estados Unidos; rumores cuyo origen ignoraba yo tan completamente como asienta V. E., si bien cuando llegaron a mi noticia, que fue antes de recibir su expresada nota, no pude



menos de deplorarlos como propios de la malevolencia para impugnar a la vez al gobierno de Estados Unidos y al de esta nación, no sólo en la opinión pública de ella, sino en la de todo el mundo.

Antes de tratar del fondo de su dicha comunicación, V. E. me permitirá le manifieste también, aunque someramente, la sorpresa que ha debido causarme el verme atribuidos en ella por V. E. juicios y opiniones respecto de la política de su gobierno, que no le he expresado verbalmente ni por escrito y que, en consecuencia y cualesquiera que sean, no han pasado a ajena calificación ni han podido deducirse, ni pudieron motivar su expresada nota, circunstancia que es por tanto debido consignar aquí.

Ya pasando al asunto principal de ella, cumplo con el acuerdo de Su Alteza Serenísima y con mis propias convicciones, comunicándole su formal y terminante negativa a toda proposición semejante a las presentadas por V. E., por las razones que manifestaré.

No comprenderé entre ellas, señor ministro, las facultades especiales de V. E. para tan grave negociación, ni el giro, curso y resultado que se dio al Tratado que emanó de las negociaciones que se tuvieron a fines de 1853. Vuestra excelencia mismo manifiesta aquella falta de autorización en su nota del 1º y, respecto del último Tratado, si bien disiento totalmente del concepto de V. E. respecto de la suficiencia de sus cláusulas, tanto para dirimir, según lo ha hecho, toda cuestión de límites, como para la cordial conservación y aumento de las relaciones entre ambos países, no puede ocultarse a V. E. que las modificaciones que se le hicieron no correspondieron a lo que el gobierno de México tenía derecho de esperar, en una negociación promovida exclusivamente por parte de Estados Unidos en su propio beneficio y admitida por esta República tan sólo en obsequio de ellos y en bien de la paz.

No ignoro que hay facultad para modificar los tratados por las partes antes de su ratificación y que de hecho se modifican; pero, según el uso general, es sabido que esas variaciones recaen en puntos secundarios y no en los sustanciales, en que se presume perfecta conformidad entre el plenipotenciario que negocia y su gobierno; no obstante lo cual y las muy peculiares circunstancias del caso, se alteró

esencialmente el Tratado de 1853, por la parte misma que lo solicitó, en contra de México solamente, cambiando algunas de sus estipulaciones, reduciendo a la mitad el monte de la indemnización y, últimamente, aun reteniendo una tercera parte de esa mitad hasta la fijación de los límites, que era cuando los Estados Unidos debían entrar en posesión del territorio cedido, lo cual no ha obstado para que recientemente lo ocupe, de un modo ilegal y violento, una autoridad de los propios Estados Unidos. Vuestra excelencia convendrá, pues, en que actos de esa naturaleza, que frustran toda negociación, no pueden menos de ser un retraente para entrar en ellas, así como lo es su carencia de facultades especiales para la de que se trata; pero debo añadir, como la hago del modo más positivo y categórico, que si bien es debido consignar estos hechos para recordación, no son, sin embargo, el motivo en que se funda la negativa de este gobierno, sino que precede de la naturaleza misma del asunto.

Cuando en dos ocasiones únicas se ha desprendido México de una parte de su territorio, lo ha hecho por causas que la razón y una sana política justifican. Fue la primera de todos conocida, por consecuencia de una guerra infeliz; y la segunda, en cierto modo, resultado de aquélla, para quitar hasta la apariencia de justo pretexto a toda diferencia ulterior. Ninguna en rigor de derecho se pudo suscitar en cuanto a las estipulaciones del Tratado de Guadalupe, porque no la admitían ni acerca de la designación de límites, ni en lo tocante a la obligación que contrajeron Estados Unidos respecto de los bárbaros; y así recordará V. E. que consta, demostrado en la correspondencia cambiada sobre el particular, sin que acerca de dicho último punto de disputa nada satisfactorio pudiera replicarse en contrario y sin que ni siquiera hubiera intentado discutirse el primero por parte de Estados Unidos; como que fue reconocido por su propio gobierno y sancionado por aquel Tratado. Esto no obstante, habiendo manifestado Estados Unidos que les era ponderoso e impracticable en toda su extensión el cumplimiento de aquel empeño, por otra parte expuesto a inconvenientes y a ser un semillero de discordias y versando la cuestión de límites sobre una corta extensión de territorio, relativamente de poca importancia para esta República y de

mucha para Estados Unidos con el fin de poder comunicarse por territorio propio en toda la extensión de sus posiciones; y convencido México por el artículo 6° del Tratado de Guadalupe en prestarse a la construcción de una vía con ese fin, y últimamente amenazando ambas cuestiones envolver a los dos países en dificultades de seria trascendencia, una política tan cuerda como leal obligóle a proceder a la celebración del Tratado firmado en 30 de diciembre de 1853.

Así, pues, se hizo; y si bien modificado en contra de México como queda dicho y contra lo que debia esperar, ese instrumento ha llenado todos los altos fines que tuvo por objeto, no sólo dirimiendo las diferencias que entonces existían, sino aun desvaneciendo sombra alguna de justicia para toda otra ulterior. Tal era el fin moral y político de México y ese fin lo ha conseguido de un modo incontrovertible. Ha descargado a Estados Unidos para lo futuro de la obligación que los imponía el artículo 11° del Tratado de Guadalupe; ha cedido, a su elección, el terreno que los era necesario para su fácil y cómoda comunicación desde el océano Atlántico al Pacífico; y dejando ambos países subsistente el Tratado de Comercio y Navegación de 1831, han provisto amplia y cumplidamente al mantenimiento y conservación de sus más perfectas relaciones.

En cuanto a reclamaciones de particulares, V. E., señor ministro, sabe el concepto que de ellas tiene el gobierno de México como clara, leal y extensamente manifesté a V. E. en las conferencias que tuvieron lugar para la celebración del Tratado de 1853. No obstante ese concepto y para dirimir toda cuestión, dejando que por sí mismo las resolviese el gobierno de V. E., se incluyeron expresa y detalladamente en aquel convenio y no es culpa de México que se excluyera de él, como acaso lo fueron por su propio carácter y por la claridad de las reglas a que deben sujetarse. Pero debo aclarar que no hay una de las reclamaciones que se han presentado a este ministerio, que no haya sido inmediatamente considerada, ya haciéndole justicia, si la tenía, ya demostrando que carecía de ella. Ninguna se ha promovido que desde luego no haya sido de ese modo atendida y en muchos casos obsequiada por amistad exclusivamente; estas verdades se encuentran atestiguadas en los

archivos de esa legación y de este ministerio. El gobierno de México, por tanto, declara que reclamaciones justas y fundadas en derecho no existen por parte de los Estados Unidos contra México; pero suponiendo por vía de argumento, que existiesen, el Tratado de 1831 y la ley de las naciones y el uso de que del mismo modo de arreglarlas y dirimirlas, sobre todo, cuando no sólo se han satisfecho los legítimos derechos de Estados Unidos sino aun sus deseos, en los grandes y fundamentales puntos nacionales, con sacrificio por parte de México y con los más sinceros y benévolos sentimientos y, en esa virtud, debo repetir, señor ministro, que aun cuando hubiera tales reclamaciones de particulares, justas y legítimas, que no existen, las leyes que gobiernan y obligan a todas las naciones, marcan los medios rectos de ajustarlas y no autorizan ni a una de las partes para la enajenación de su territorio, ni a la otra para la forzosa ocupación de la nación vecina. Tal es, señor ministro, la razón única y eficiente de la negativa del excelentísimo. señor Presidente de esta República a toda otra cesión de parte alguna de su territorio, según Su Alteza Serenísima manifestó a V. E. verbalmente en las conferencias habidas en 1853 a que V. E. alude, y en que puso de manifiesto las proposiciones que ahora renueva. Su excelencia no se cree autorizado, por las facultades que le ha conferido esta Nación, ni ella consentiría en ninguna otra enajenación, que en las circunstancias dichas no sería sino un indigno tráfico o vergonzoso abandono de su territorio.

Además, señor ministro, tampoco lo permitiría una sana política: porque ¿cuáles son los fundamentos que para tal cesión alega V. E.? Dos únicamente: las ilegales agresiones de aventureros procedentes de Estados Unidos contra el territorio de esta república, es decir, actos de que no sólo no es responsable, sino víctima y única causa que frecuentemente altera la paz en su frontera con Estados Unidos y que, aunque V. E. la conceptúa tan ilícita como realmente lo es, considera que obrando los esfuerzos de los corifeos de esas agresiones sobre las masas de Estados Unidos, pueden convertirse en un sistema político por parte de su gobierno respecto de los departamentos septentrionales de esta Nación; y la necesidad que parece estima V. E. absoluta de límites naturales, fuertes e inaccesibles, entre ellos y los propios Estados Unidos.

En vista de tan franca manifestación, V. E. me permitirá que, respetuosamente, le recuerde el hecho de que los límites que hoy separan a México de Estados Unidos son su mayor parte naturales, bien marcados y definidos; que los que en una inmensa mayoría dividen a las naciones de la tierra son líneas puramente matemáticas y muy raros, relativamente hablando, los naturales cual V. E. los designa; no obstante lo cual son estrictamente respetados sin que en caso alguno se van violados por las naciones a quienes dividen, a no ser en guerra declarada; porque, según V. E. sabe, no son los obstáculos de la naturaleza los que hacen los límites inaccesibles al hombre, sino los que opone el sentimiento del deber y la fe de los tratados.

No desconozco, señor ministro, la influencia de las masas en un sistema radicalmente popular; pero sé también, que frente a ellas existe otra falange, si no tan numerosa, sí de mayor poder moral y que sobre aquéllas preside: un gobierno, que debe ser su firme regulador. Sé que tal sociedad y su gobierno están sujetos a los principios eternos, inmutables de la justicia como ley de su ser, y que si los sustituyen con los disolventes de la simple conveniencia privada, aun suponiéndolos felices en su constante aplicación, concluirían, y muy en breve, por devorar a la Nación misma que fuese capaz de abrazarlos y, finalmente, que en una u otra de las hipótesis que en respuesta a V. E. he debido establecer, son más que suficientes los tratados que ya existen; porque si se respetan aquellos principios, también serán respetados esos pactos y, de lo contrario, ningunos hay que pudieran ser bastantes. Pero en tal caso, la nación agredida no será culpable de suscitar las dificultades a que V. E. alude y que la moral y la humanidad reprueban; y una sana política, el deber y la propia conservación, la obligarían a no fomentar con tratados, semejante sistema, y a contrarrestarlo y defenderse hasta donde alcancen sus fuerzas.

Del acierto de esa resolución es un comprobante el asunto de Cuba, cual V. E. lo establece. México, señor ministro, no podría verlo sin la misma reprobación que el mundo todo, si su pretendida adquisición por Estados Unidos fuese, cual V. E. lo asienta, por meros principios de conveniencia para dichos Estados y por medio de la violencia respecto de

España. Yo no lo calificaré, debiendo suponer que en el caso median otras causas; pero si fuese simplemente cual V. E. refiere, sería la prueba total y más concluyente de que las dificultades no se evitan con los límites por naturales y bien marcados que fueren.

En consecuencia, satisfecha toda legítima pretensión de Estados Unidos y desvanecido hasta en la apariencia todo plausible pretexto de ulterior dificultad mediante el reciente tratado celebrado entre ambos países, México está resuelto a no variarlo, sino a sostenerlo, al propio tiempo que a hacer cuanto estuviere de su parte para precaver todo motivo de disgusto y para más estrechar y afirmar las relaciones entre ambos gobiernos y los ciudadanos de sus respectivos países, guiados por los principios de justicia y por los sentimientos de verdadera cordialidad, de que ha dado cuantas pruebas han estado a su alcance.

Muy distante de haber expresado nunca a V. E. concepto alguno desfavorable a su gobierno, debo decir que no puedo suponerlo regido en su política por principio que ningún gobierno de una nación cristiana e ilustrada reconocería profesar y que, en tal virtud, lo considero guiado por los elevados y retos que las engrandecen y las unen con más seguros vínculos. Considero que estima en todo lo que vale su propio nombre, la santidad de los tratados, la paz de los pueblos y las obligaciones que entre sí los ligan; considero que, celoso de ellas, reprimirá con leyes sabias y con mano fuerte a los individuos que desde su territorio intenten turbar la tranquilidad y armonía en la frontera de los dos países y, últimamente, que cooperando V. E. y yo mismo a estrecharla y aumentarla entre ambos, les prestaremos un servicio que cederá en su mayor utilidad y honor y que tienen derecho a esperar de la confianza que en nosotros han depositado.

Ocupaciones más urgentes me han impedido, señor ministro, responder a V. E. y, al hacerlo ahora con lo expuesto, tengo la honra de suscribirme respetuosamente de V. E.

Manuel Diez de Bonilla

GADSDEN, IRRITADO, HACE GRAVE CARGO A  
SANTA ANNA

México, julio 3 de 1855

Sr. William M. Marcy  
Secretario de Estado de los Estados Unidos

Con fecha 22 de enero último, luego el 29 del mismo mes y 25 de marzo siguiente, esta legación presentó una larga lista de quejas pendientes a la consideración del gobierno mexicano. En diversas ocasiones, cumpliendo los deseos del Presidente de Estados Unidos, para continuar las buenas relaciones con México, se había solicitado atención y, a pesar de ello, no se ha obtenido ninguna respuesta al ministro de Estados Unidos que pueda favorecer las mencionadas buenas relaciones de vecindad y éste no ha obtenido ninguna muestra de buena voluntad de Santa Anna o de su farisaico primer ministro.

Por el contrario, la sinceridad del Presidente de Estados Unidos ha sido frecuentemente puesta en tela de juicio y su ministro ha sido acusado por el ministro de Relaciones de que todas las demostraciones para suprimir los movimientos filibusteros en contra de México y Cuba. Eran sólo disfraces que ocultaban nuestro efectivo y secreto apoyo a hombres sin ley para agredir a México y a los dominios españoles, aliándose con insurgentes —¿traidores?— y bandidos. La desconfianza hacia todos los angloamericanos y los aparentemente sospechosos designios de Estados Unidos, han llevado a este pragmático ministro mexicano a cometer actos de descortesía y violencia hacia los ciudadanos estadounidenses, aun cuando están bajo la protección de cartas de seguridad; ha cometido también ofensivas y arbitrarias restricciones en el intercambio y el comercio, con miras a dañar y también arruinar y sacar

de México, inclusive, a los mismos huéspedes invitados por un vecino “bárbaro”, que se encuentran dentro de solemnes estipulaciones de tratados y garantías de protección. En casi todos los decretos en los que invita a la colonización, los “vándalos” angloamericanos son expresamente excluidos. No se oculta esfuerzo por crear una antipatía nacional entre los ciudadanos de ambos países, por parte de Santa Anna y de su Primer Ministro.

Las estipulaciones del último Tratado, antes de que los dominios comprados pasaran a posesión de Estados Unidos, han sido eliminadas para retirar toda responsabilidad de restringir las incursiones de indígenas al territorio mexicano, a cambio de ello fueron ampliamente recompensadas por cualquier pérdida o reclamación justa a la que tenían derecho. Sin embargo, el ministro de Relaciones ha vuelto a plantar reclamaciones contra Estados Unidos, que ya habían sido resueltas, con el propósito de fomentar un resentimiento entre los afectados.

Todas estas repulsas de justas obligaciones por parte del gobierno mexicano, han sido en perjuicio de su propio pueblo, ya que es sabido que Santa Anna se apropió de una suma aproximada de 600,000 dólares de los 7'000,000 que había recibido, los que destinó a indemnizarse, por las depredaciones cometidas por voluntarios del ejército de Estados Unidos en sus propiedades en Lencero y en Manga del Clavo y, ante la expectación y extrañeza de la población del río Bravo, frontera a los Estados Unidos, ha retenido la suma de los 10'000,000 estipulada en el Tratado y que por derecho corresponde a los afectados de su propio país.

En resumen, los agravios cometidos contra personas y sus propiedades, se aplica tratamiento de población subyugada a los ciudadanos de Estados Unidos; los actos de mala voluntad que diariamente se cometían, estimulaban todos estos insultos y abusos, alegando que ninguna queja podía ser justamente atendida y que ninguna advertencia podría corregir los abusos cometidos a personas y propiedades.

Me sentí en la obligación de interrumpir toda relación diplomática con este Gobierno, hasta que no reaparezca un sentimiento de justicia y de respeto por las estipulaciones del Tratado, buscando una



reconsideración de las ofensas y de los errores que tan frecuentemente han dado lugar a quejas; de lo contrario, el Presidente de Estados Unidos suspenderá toda relación con el gobierno de Santa Anna, quien, en la brutal conducta de las ejecuciones militares de su propio pueblo que lucha por la justa restauración de un gobierno propio y al que ha ensombrecido con sus intentos de imponerse sobre los ciudadanos de Estados Unidos, dentro de poco será considerado como un usurpador militar y bandido que ocupa el suelo de los aztecas, por profanar el nombre de “insurgente” y desconocer las normas civilizadas.

Me causa pena que nuestra Federación siga reconociendo a un usurpador del gobierno mexicano y ser yo un enviado y ministro ante semejante usurpador incivilizado.

Respetuosamente,

*James Gadsden*  
Ministro de Estados Unidos en México